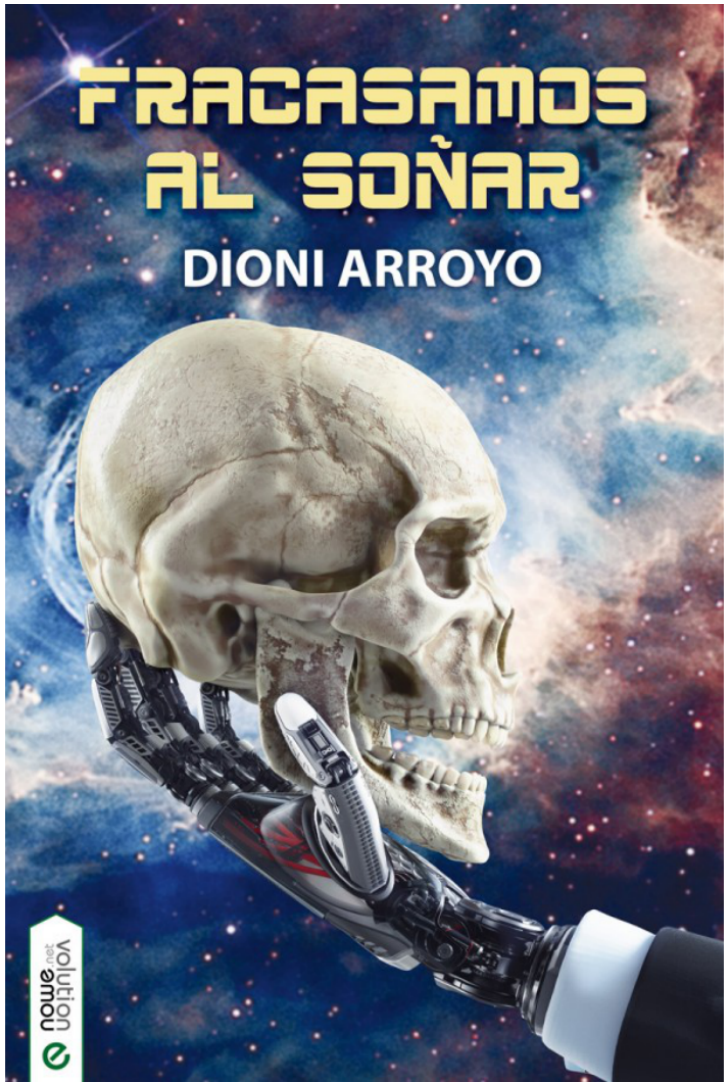
FRACASAMOS AL SOÑAR
DIONI ARROYO
nova evolution

Índice de contenido

Portada
Entradilla
Créditos
Dedicatoria
1 - Vulgares habichuelas
Cita 1
2 - Alguien está rediseñando nuestro cerebro
Cita 2
3 - Jia Li
4 - Duelos poéticos
5 - La misión de Jia
6 - Logan
7 - El gran Zeus
8 - El encuentro
Cita 3
9 - La inmortalidad
10 - El transhumanismo. Un mar de bendiciones al alcance de todos.
11 - Confesiones
12 - Arca de Noé
13 - El principio del fin
Cita 4
14 - La visita del creador
15 - La fuga de Logan y Jia
Epílogo - La increible verdad
Carta a los lectores
Agradecimientos
Más nowevolution

Título: **Fracasamos al soñar.**

© 2017 **Dioni Arroyo.**
© Diseño Gráfico y cubiertas: **Nouty.**

Colección: **Volution.**
Director de colección: **JJ Weber.**

Primera edición junio 2017.
Segunda edición noviembre 2017.
Derechos exclusivos de la edición.
© nowevolution 2017

Edición digital agosto 2018

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:
nowevolution.net / **Web**
info@nowevolution.net / **Correo**
@nowevolution / **Twitter**
nowevolutioned / **Facebook**
nowevolutioned / **Instagram**

Para Mónica, que nunca ha desfallecido
ante mis agobiantes obsesiones. Para que sigamos
soñando juntos sin fracasar jamás.

CAPÍTULO 1
VULGARES HABICHUELAS

A pesar de la incesante lluvia, el vehículo se deslizaba firme por el pavimento a gran velocidad. Atravesó una amplia circunvalación inhóspita a esas horas de la noche, y tras varios giros, se incorporó a la vía central. Entonces entraron en funcionamiento las zapatas magnéticas de las ruedas, al incorporarse al eficiente sistema de raíles. La vía contaba con modernos motores de inducción lineal para controlar la velocidad de los vehículos mediante la conducción automática. Al adentrarse en el trazado urbano, dichos motores permitían a los automóviles unirse unos a otros gracias a las cubiertas deslizantes que reducían al mínimo la resistencia del aire. Tardaron unos segundos en encontrar una hilera de coches, pero cuando por fin les llegó su turno, un ordenador ubicado en algún punto de la ciudad, activó un mecanismo que aceleró a distancia el vehículo hasta la velocidad adecuada.

El vehículo en cuestión gozaba de un diseño espectacular, obra de su dueño, el célebre y extravagante profesor genetista Johann von Paulus, cuya carrocería se había desarrollado en los modernos baños de nutrientes, hasta adquirir la forma y el tamaño deseado. Se trataba de una imitación de los modelos clásicos de mediados del siglo XX, eso sí, sin renunciar a los especiales alerones para ahorrar energía, así como la suspensión hidroneumática con control de espacio en carretera, y no digamos las correspondientes turbinas y motores eléctricos, los habituales de su época, el otoño del 2047.

Aquel otoño. Un año lejano y perdido en las brumas del pasado que no nos dirá absolutamente nada, porque representa una etapa felizmente olvidada por todos. Una etapa convulsa y singular, denominada por los historiadores contemporáneos como la época del «humano transitorio». Pero no adelantemos acontecimientos.

Esa noche, el genetista Johann von Paulus se encontraba dentro de su coche disfrutando de su diario zumo multifrutas, después de haber apurado un delicioso combinado de insectos a la brasa. Siempre se tomaba ese refrigerio en horas de vigilia, mientras escuchaba las preguntas de un

joven periodista de mirada perdida y atractiva apariencia, que si no fuese porque en su solapa aparecía su tarjeta identitaria, parecería humano. Se trataba de un ser sintético de última generación, en el que se habían extremado hasta los últimos detalles para confundirlo con un ser humano, lo mejor de la robótica inteligente de la agonizante década.

—No sé cómo puede hacerme preguntas tan genéricas, parece un rebelde disidente, de esos que no paran de llevarnos la contraria… ¿cómo ha dicho que se llama? —fanfarroneó bravucón Johann, sorbiendo el zumo de una pajita al tiempo que observaba el desdibujado paisaje. La velocidad superaba los 200 km/h, por lo que su vista se perdía en un universo de centelleantes luces que parpadeaban a aquellas horas de la noche, bajo una abundante lluvia que no daba tregua.

—Mi nombre es Sócrates, querido profesor. No le quiero agobiar con tantas preguntas aparentemente inconexas y nada concretas, porque para mí es un honor poder realizar esta entrevista en la intimidad de su coche. —El sonido metálico de su voz contrastaba con sus finos y delicados rasgos, como si el objetivo de su creador hubiera sido convertirlo en un sensual modelo destinado a las glamurosas pasarelas, y no en un pertinaz periodista—. Le recuerdo que tal como concertamos, las preguntas han sido redactadas por estudiantes adolescentes, por lo que le agradeceré que responda de manera sencilla y sin profundizar en detalles.

—Vale, venga, siga disparando preguntas fáciles —Carraspeó el profesor al tiempo que sus ojos brillaban con malicia y se concentraba en escuchar.

—Una cuestión insistente en los planteamientos de estos jóvenes, es conocer los dilemas éticos que encierra la sustitución de la selección natural por la selección artificial.

—Sinceramente, me parece que estos chicos cada vez tienen menos sesera. Podían estrujar más sus cerebros en vez de objetar estas tonterías, porque le advierto que esa curiosidad que plantean, lleva implícita un cuestionamiento de la selección artificial. —Dejó molesto su zumo al tiempo que un brazo biomecánico del automóvil lo recogía en una bandeja, a escasos centímetros del profesor—. Vamos a ver, y que les quede claro a esos mequetrefes: dilemas éticos, ninguno. Y si alguien piensa lo contrario, para eso están los filósofos, si es que sirven para algo, ¡que lo aclaren ellos! —Y profirió una enojada exclamación.

»Al fin y al cabo, es lo que lleva haciendo la humanidad desde que se considera humana: selección artificial. El cultivo de plantas y la cría de ganado que nos ha acompañado desde hace casi cinco mil años, ¿acaso no consiguieron que las vacas produjesen litros y litros de leche con una selección determinada? ¿Y qué me dice de las ovejas? ¡Son todo lana! Y no digamos el arroz con su grano súper largo. Todo esto es consecuencia de la selección artificial, de la sabiduría de los pueblos a lo largo de los siglos

para mejorar nuestra calidad de vida.

—Pero nunca se había empleado en la especie humana —Se jactó Sócrates desquiciando a Johann.

—Le agradecería que no me interrumpiese. Explique a esos listillos, que los ciudadanos afroamericanos son la consecuencia de la selección artificial. —Y levantó su dedo índice al más puro estilo académico—. Los europeos capturaron esclavos del golfo de Guinea desde el siglo XVI hasta bien entrado el XIX. Se buscaba a los más aptos para el trabajo intensivo en la caña de azúcar y otras labores extremas de lo más desagradable, oficios que nadie en su sano juicio desearía realizar. La mayoría fallecía bajo aquellas condiciones infrahumanas, por ello, a lo largo de los siglos, solo sobrevivieron una ínfima parte. Los actuales son los descendientes de los más aptos, los mejores de entre los mejores. ¡Por eso están tan bien dotados para el deporte! ¡Su organismo es un buen ejemplo de superación humana en situaciones extremas!

—Con sus respetos omitiré este delicado asunto. La esclavitud es el periodo más aborrecible de la Historia humana y sería contraproducente expresar su mención…

—Pero es la respuesta a la duda de estos chicos. —Y movió la mandíbula en señal confirmativa y autocomplaciente—. Ni se le ocurra omitirlo, es parte de la Historia.

—¿Y esa selección artificial no puede provocar mutaciones genéticas? Quiero decir, si la realizamos en los humanos…

—Bueno, técnicamente los cambios o mutaciones, como las denomina usted, podrían ser alentados por las radiaciones, o por algunos productos químicos, pero no es reseñable. Hay que tener en cuenta que los cambios genéticos de las especies que se producen en periodos muy lentos de tiempo, suelen deberse a accidentes, ni más ni menos que a meros accidentes circunstanciales.

—Entonces, a partir de ahora, el desarrollo de la especie humana se precipitaría, y podría ser monitorizado para que sus características fueran provocadas por la elección, y no por el azar o el accidente.

—Pues sí, claro, digamos que sería un atajo… la ingeniería genética encontraría atajos para acelerar el proceso de la evolución. —Se rascó la barba con ansiedad mientras encontraba las palabras precisas. Ahora estaban entrando en un terreno en el que se sentía más cómodo.

»Puedes cortar un gen del ADN de un organismo, y lo insertas en el ADN de otro, realizando en varios días un proceso que la biología tardaría millones de años. Con la tecnología aceleras un proceso que mejora nuestra calidad de vida. De eso se trata, ¡sí señor! —Se incorporó para volver a beber su zumo multifrutas, pero la expresión de su rostro fue de nostalgia—. Y no me dedico a la genética solo por vocación. De hecho, si no fuese por mis riñones mecánicos y mi corazón artificial, ahora estaría

disfrutando de un buen lingotazo de vodka ruso, pero ya ve, mi organismo no me lo permite, y no solo por salud, mi economía me exige mimar estos malditos riñones.

Ambos sonrieron intentando reír, pero ninguno lo logró. A Sócrates no le pareció oportuno, y a Johann se lo impidió un fuerte escozor en la garganta. Los excesos le estaban amargando su senectud, a sus setenta y cinco años su cuerpo requería pasar por un buen banco de órganos para ponerlo a punto. Multitud de órganos esperaban bañados en nitrógeno líquido, como jamones curándose en frías e inhóspitas bodegas. Órganos cuyo destino sería sustituir envejecidos estómagos, pero solo de aquellos bolsillos acaudalados como el suyo, que le permitieran gozar de la vitalidad de los jóvenes, y poder volver a emborracharse hasta caerse rendido.

—¿Y el proceso de cartografiar los genes? ¿Cuál es su objetivo inmediato? —retomó Sócrates.

—Pues lo que se ha hecho siempre, permitir que se abran posibilidades para preseleccionar genes. Al igual que el diagnóstico prenatal de las enfermedades hereditarias para interrumpir los embarazos no viables, por lo menos, en las maternidades tradicionales, al margen de la ectogénesis, tan de moda hoy en día.

—¿Y no le parece que es la primera vez en la historia, en que la tecnología va a estar por encima de la naturaleza? ¿Que las limitaciones biológicas se van a ver superadas por la investigación científica?

—Alguna vez debía llegar el gran día, la «singularidad tecnológica» que destruyera las limitaciones biológicas, y que llegaran los ensambladores moleculares y la modificación morfológica a placer, al gusto del consumidor; para que seamos como anhelamos ser, con una identidad adaptada a nuestros deseos, como la estética de este vehículo, desarrollado a imagen y semejanza de su amo. ¿Ve qué extraordinaria moqueta, qué colores, qué buen gusto?

De repente se encendió una imagen holográfica sobre el reposabrazos que los separaba a ambos. Mostraba el rostro de un hombre de unos cuarenta años con evidentes rasgos latinos, muy moreno y de cabello rizado. Se encontraba arrellanado en un sofá, como si acabara de dejarse caer después de una intensa jornada de trabajo.

—No tengo la menor idea de quién es este tipo… Disculpe, me pica la curiosidad, ¿quién es usted? —Con la variación del tono de voz, el lector de sonidos abrió el canal y el hombre del otro lado del videófono, contestó. La imagen mostraba su origen en una impronunciable ciudad del sur de Europa.

—Verá, tengo varias llamadas desde este número, tal vez haya sido un problema con mi terminal… me llamo Logan y soy profesor de Antropología de la Identidad. —Mientras hablaba, aplicó el dispositivo

inteligente de su interfono para traducir la conversación a la lengua materna de cada usuario. Su interlocutor estaba usando otro idioma.

—Ah, claro, usted es el profesor de la República Federal de Iberia. —La imagen holográfica multidimensional se desplazó colocándose enfrente del profesor Johann, permitiendo a este apoyarse sobre el respaldo del tapizado asiento inteliorgánico—. Mi secretaria lleva intentando localizarle todo el día, no sé dónde demonios se mete.

—Disculpe, pero mi trabajo me exige una dedicación absoluta. He comenzado a dar clases en la Universidad y acabo de terminar ahora mismo. —Se hizo un incómodo silencio, como si Logan tuviese intención de hablar, pero al final cambiase de opinión y se decidiese por mantener la boca cerrada.

—Vamos a ver, soy el profesor Johann von Paulus, doctorado en Genética —Aspiró profundamente y continuó hablando—. Las autoridades esperan su respuesta para participar en el anteproyecto de Ley de las Identidades Múltiples, ya han pasado muchos días y sigue sin dar señales de vida. Me han solicitado que le insista para que tome una decisión cuanto antes, debe ser consciente de que hay unos plazos que cumplir. Es importante que sepa que será tutelado por mí personalmente. —Exclamó Johann acariciándose la barba y enfatizando la última palabra.

—Es un honor poder hablar con usted, he seguido sus trabajos desde hace mucho tiempo. Respecto a mi participación, necesitaba un tiempo para meditarlo; supongo que se hará cargo de que estoy trabajando en varios proyectos, y era urgente atenderlos hasta que estuvieran en buenas manos antes de darle mi respuesta afirmativa, considero un privilegio formar parte de tan prestigioso equipo de investigadores. Conozco su trabajo en ingeniería genética, y la valoro muy positivamente…

—Vale, es más de lo que esperaba oír. Ya sabe las condiciones y le reitero que se encontrará bajo mi mando, que seremos un equipo multidisciplinar y todo eso… oiga, no me malinterprete, no sé qué hora es en su tierra, pero aquí es noche cerrada, así que dentro de ocho horas vuelva a marcar este número y mi secretaria le dará las instrucciones para formalizar su colaboración y transmitírsela a las autoridades, así que si me disculpa, buenas noches. —Dilató sus pupilas para que el lector óptico interrumpiese la comunicación respirando aliviado. No parecía gustarle la idea de colaborar con un individuo de mediana edad, y encima del sur.

Los científicos del sur de Europa tenían fama de inestables e imprevisibles, además de poco trabajadores. Johann había nacido en la desindustrializada cuenca del Rhur, tierra antaño de promisión, una enorme conurbación formada por una docena de ciudades y atestada de gente, región decadente pero con ciudadanos acostumbrados a trabajar de sol a sol, y que lamentaron que las nuevas tecnologías se llevasen tanta mano de obra. Sin embargo, obedientes y sumisos a los cambios, con la

desaparición de la jubilación habían acuñado el lema «trabaja hasta morir», careciendo para añadir más drama a su nueva realidad, del reconocimiento y prestigio que por justicia debería conllevar sacrificar toda una vida a un oficio determinado.

Johann apuró su zumo y miró resignado a Sócrates, que le observaba atentamente sin mover un ápice la artificial expresión de su rostro.

—Es una buena noticia, profesor Johann, que además de investigador se dedique también a la política para desarrollar sus ideas, le felicito — Esta vez ambos relajaron la incómoda entrevista con unas buenas carcajadas.

Desde el cambio de régimen de los años veinte, los políticos habían desaparecido. De gozar de un simbólico poder *«de iure»*, a prácticamente ser apartados por los mercados financieros especulativos, que hasta entonces gobernaban «de facto», con grandes fortunas económicas, pero sin poder institucional real. Por ello, después de la crisis de los diez años que azotó Occidente a partir del 2008, fueron lentamente dinamitando el papel del Estado del Bienestar, hasta acabar con el Estado mismo. Fue un proceso lento, como cuando comes una alcachofa y le vas quitando las hojas, lentamente, poco a poco y con paciencia, hasta llegar al corazón. Ahora figuraban una gran cantidad de repúblicas por todo el planeta, pero sin facultades potestativas. Sus dirigentes, si los había, eran meros adornos, como floreros desproporcionados en pequeñas habitaciones que solo estorbaban la visión. Todos los ciudadanos sabían que la Nueva Economía era dirigida y gobernada por los llamados Mercados Financieros Especulativos, quienes realmente decidían los destinos de las personas desde despachos virtuales. Y todo el mundo sabía que eran insensibles a las emociones y firmes en sus determinaciones. La época de la «soberanía popular que residía y emanaba del pueblo», se había extinguido. Los pueblos seguían votando cada cuatro años, pero más por tradición que por efectividad. La democracia representaba al antiguo régimen, una etapa superada que representaba un mundo extinto, un experimento, una anomalía errónea del pasado.

—Pero volviendo al tema que nos toca, profesor Johann, los estudiantes desean saber las consecuencias de la nueva condición poshumana; ya sabe cómo son los estudiantes de inquietos, todo lo quieren saber…

—¡Pero qué clase de escolares alimentamos hoy en día! No estoy dispuesto a que mencionen nada que tenga que ver con transhumanismo, a ver si al final vamos a acabar hablando de política. —Agitó el brazo biomecánico que acertó con sus intenciones y le preparó otro zumo de multifrutas que ingirió ansioso en unos pocos sorbos—. No va a haber ninguna condición poshumana, de lo que se trata es de anticipar, reconocer y corregir las alteraciones radicales de la naturaleza, que nosotros seamos los que, gracias a la tecnología, sepamos afrontar los

cambios, provocarlos y mejorarnos día a día. Pensando en mejorar nuestra calidad de vida.

—Es la segunda vez que menciona la calidad de vida humana, y sin embargo, muchos chicos hacen hincapié en que de lo que se trata es de mejorar el rendimiento humano, como si fuese una pieza, un engranaje más, un medio para un fin, como en la revolución industrial…

—¿Están insinuando esos chicos que los humanos somos una herramienta? Pues sí que es grave que piensen de esta manera, habría que ir y darles unos buenos azotes, ja, ja, ja. —Y Johann estalló en una descontrolada risa que se ahogó en un agónico tosido. El vehículo se había detenido frente a la residencia del profesor, y una densa niebla había sustituido la lluvia de unos minutos antes.

—Profesor, hay muchas más preguntas, no sé si le gustaría responder a alguna más, varios chicos quieren saber los objetivos del anteproyecto de Ley en el que va a comenzar a colaborar.

—Vaya pregunta, esa sí que es buena, me va a forzar a reflexionar. —Johann había hecho intención de abandonar su vehículo, pero se lo pensó dos veces y permaneció sentado—. Supongo que los fines son los de siempre, respetar la razón y la evolución de la ciencia, una firme determinación con el progreso en todas sus formas, y valorar positivamente la existencia humana. También quería que añadiese un aspecto que considero trascendental, que tal vez a estos mequetrefes no les importe de momento, pero para un hombre de mi edad, sí hay que resaltar, y es que la ingeniería genética se propone entre sus múltiples metas, eliminar los efectos del envejecimiento. —Alzó la mano en señal categórica enarcando sus negras cejas, dando por finalizada la engorrosa entrevista.

Sonrió al joven periodista sintético que a su vez se la devolvía con un forzado movimiento de las facciones de su rostro. En aquellos momentos, Johann dudó si gesticulaba por imitación o era una sonrisa intencionada. Cualquiera de las dos posibilidades era igual de nefasta. Si sus gestos eran producto de la imitación, denotaba que la última generación de organismos robóticos inteligentes, carecía de la extraordinaria riqueza y diversidad de los movimientos humanos, y se mostraban incapaces de replicarnos; y si podía sonreír deliberadamente, entonces sus habilidades sociales eran un cúmulo de decepciones, o no agradecía suficientemente la oportunidad de haber podido entrevistar a un emérito profesor de su categoría.

—Profesor Johann von Paulus, le agradezco inmensamente esta entrevista…

—Vale, pero para otra vez selecciona mejor las cuestiones a tratar, ha sido de lo más aburrido, no sé si te han fabricado para esto, pero es mejor que rediseñen tu cerebro positrónico para otra función. —Johann volvió a sonreír esta vez de manera más irónica, y observó atentamente el efecto de

sus palabras sobre Sócrates, y lo que percibió fue patético, apenas volvió a mover las facciones de su rostro. Desde luego, la inteligencia emocional de estas máquinas dejaba aún mucho que desear.

Las puertas del automóvil se abrieron y sus únicos dos viajeros salieron al exterior.

—¡Por fin, un poco de aire puro!

El viento rugía con rabia, y se masticaba la humedad en el ambiente. Sócrates se abrochó los botones de su chaqueta y sin embargo Johann quiso mostrar su adaptación a aquella fría zona, al fin y al cabo se trataba de su tierra, y él estaba acostumbrado a permanecer a la intemperie horas y horas, así conseguía meditar sobre sus investigaciones. Caviló por unos instantes antes de despedirse, hasta que una sombra a través de la niebla llamó poderosamente su atención.

Una silueta aparentemente humana se fue aproximando a pasos acelerados, y sin que pudiesen reaccionar, se dirigió directamente al profesor Johann. Era imposible adivinar de quién se trataba, pues llevaba la cabeza totalmente embozada. Entonces, y ante la sorpresa de Johann, abrió su abrigo y mostró un extraño artefacto, que por la proximidad, pudieron comprobar estupefactos que se trataba de un lanzallamas antiguo, un obsoleto modelo que parecía robado de algún museo de antigüedades, y ante su asombro, pulsó el dispositivo de ignición. Una poderosa llama azul salió despedida con extraordinaria fuerza en dirección a Johann, que en pocos segundos ardió como una tea. Una columna de fuego y humo ascendió a las alturas, sin que Sócrates fuese capaz de moverse. Los gritos que emitió el anciano profesor, terminaron por ahogarse en su propia garganta, según se iba consumiendo su cuerpo. Agitó los brazos inútilmente, intentando que el fuego no lo devorase por completo. Segundos después, sus restos se precipitaron contra el suelo, reduciéndose a rescoldos. A continuación, aquella sombra arrojó el lanzallamas y desapareció en la densa bruma como si nunca hubiese existido. Sócrates aspiró el frío aire de la noche impregnado en un combustible desconocido para él, y dio la vuelta al vehículo para contemplar, estupefacto, que las llamas se iban consumiendo, como el cuerpo de Johann, carbonizado, convertido en un puñado de huesos retorcidos. Todo había sucedido en menos de un minuto. El viejo profesor permanecía inerte sobre el frío asfalto y los huesos se deshacían por las altas temperaturas del fuego que lo había abrasado.

Sócrates se aproximó y atisbó, horrorizado, que en el suelo lo único que se mantenía intacto eran sus riñones, los riñones mecánicos, que como dos vulgares habichuelas del tamaño de un puño cerrado, se mantenían incólumes sobre el asfalto. El resto, incluido el corazón artificial, era un desagradable conjunto de despojos y ceniza con un inconfundible olor a churrasco que aspiró instintivamente, lo que para colmo de males, activó

sus papilas gustativas, segregando abundante saliva. Hasta aquel momento Sócrates no había tenido conciencia de que los humanos se pudieran reducir a eso. Los humanos, sus creadores, sus señores, mostraban su rostro más frágil y endeble. Se mostraban tal como eran.

«El transhumanismo es la idea más peligrosa del mundo»
Francis Fukujama.

CAPÍTULO 2.
ALGUIEN ESTÁ REDISEÑANDO NUESTRO CEREBRO

El profesor Logan no ocultaba su satisfacción. A sus cuarenta años había logrado una cátedra de Antropología de la Identidad en una de las más prestigiosas Universidades de la República. Habían sido años de investigación y experimentación, sometido a la presión de múltiples exámenes y pruebas interminables, pero al final, lo había conseguido gracias a sus propios méritos, a su extraordinaria capacidad para adaptarse a las exigencias de sus superiores, acostumbrados a cuestionarlo todo, con sus interminables dudas y preguntas, en ocasiones banales y extravagantes. Había sido una mezcla de intuición con sabia perseverancia, conocedor de que en esta vida, con esfuerzo, dedicación y constancia, todo es posible.

Aquel otoño del 2047 una permanente sonrisa dibujaba su rostro. Madrugó como de costumbre, desayunó sus cereales con leche de soja, acompañado de las pastillas energéticas y de hidratos de carbono, y disfrutó de un buen batido de vitaminas variadas. Los días anteriores también habían sido un cúmulo de sorpresas impredecibles. Las autoridades educativas se habían dirigido a él para proponerle participar en la elaboración de una de las leyes, que con total seguridad, transformaría la realidad de millones de personas. Una ley cuyos principios había investigado profundamente en su sólida formación académica, y que iba a suponer una evolución acelerada de la especie humana. Albergaba numerosas dudas sobre la viabilidad del proyecto, y sabía que su aprobación en términos jurídicos le daría la justificación necesaria para su inmediata aplicación sobre la humanidad. No estaba seguro de que se debiera realizar de manera generalizada, él defendía la tesis de su aplicación de forma selectiva y para individuos que lo necesitaran por alguna malformación o discapacidad. A pesar de las dudas, había dado su aquiescencia en participar para conocer desde dentro el proceso, por ser uno de sus protagonistas.

Aún era temprano pero se había decidido a no esperar más tiempo, habían pasado las ocho horas de rigor que la noche anterior le solicitara Johann, el célebre profesor de genética que había consagrado su vida a la

investigación y que estaba decidido a dirigir buena parte del proyecto. Logan ni siquiera tuvo tiempo de marcar el número. Su robot personal, Natalia, le avisó que desde el Ministerio de Seguridad le reclamaba una insistente llamada. Natalia era el producto de la inteligencia artificial de hacía un lustro, un cuerpo de mujer menudo, de cubierta áspera y sintética que variaba la tonalidad de su piel al contacto con el sol, a semejanza humana, pero con mirada eternamente vacilante e inexpresiva, con pocas posibilidades de imitar la riqueza y elocuencia de la expresión humana. Logan no se había desecho de ella por pura pereza, y porque en definitiva, seguía funcionando dignamente bien.

Se peinó con las manos de manera provisional y apresurada, y se colocó delante de la pantalla holográfica por la que una multitud de líneas polícromas, fueron dibujando el rostro de un hombre totalmente calvo y de mediana edad.

—Buenos días, supongo que usted es el profesor Logan, ¿verdad?

—Así es, muy buenos días. ¿A qué debo su interés?

—Anoche mantuvo una breve conversación con el profesor Johann von Paulus, al que llamó casi a medianoche. —Logan se sorprendió de que conociesen esos detalles, y su rostro no ocultó su sorpresa—. Naturalmente hemos rastreado todas las comunicaciones del profesor de los últimos meses. Debo comunicarle una mala noticia: anoche, lamentablemente, falleció víctima de un atentado, y usted fue la última persona con la que habló.

—¿Me está diciendo que el profesor Johann ha muerto? —Logan no salía de su asombro, no se lo podía creer—. ¿Qué tipo de atentado? ¿De algún grupo terrorista?

—El sumario es secreto y las autoridades se encuentran en una fase embrionaria de la investigación. Las fuerzas y cuerpos de seguridad privados de la República de Alemania están dirigiendo las pesquisas. —El hombre farfulló unas palabras inconexas como si alguien a su lado le estuviese interpelando—. Es muy probable que nos pongamos en contacto con usted estos días, para contrastar su opinión sobre Johann von Paulus. Supongo que comprenderá que el menor detalle, por nimio que parezca, podría ser determinante en la investigación. También le envío mi contacto por si desea colaborar activamente.

La conexión con aquel hombre se perdió, y acto seguido, fue sustituida por otra comunicación esta vez procedente del Ministerio de Justicia. Se trataba de un investigador al que solo debía ofrecer sus datos personales para completar su currículo y formalizar la solicitud. Un mero trámite para formar parte del equipo multidisciplinar que elaboraría el anteproyecto de Ley Orgánica de Identidades Múltiples. Solo que ya no sabía quién dirigiría a partir de ahora los trabajos…

Perplejo y sin tiempo para reflexionar sobre lo sucedido, Natalia le

alertó de la hora, por lo que se dirigió al salón de su hogar y puso en funcionamiento el programa holográfico universitario. Se frotó los ojos sin dejar de pensar en Johann, no era capaz de imaginárselo muerto, asesinado, y cuáles podrían haber sido las motivaciones. Tampoco podía saber qué iba a ser ahora del proyecto, y si cambiaría la política a seguir. Resopló y tragó saliva, movió el cuello a ambos lados para distender sus músculos y se preparó para trabajar. No sabía con qué cara se dirigiría a los alumnos, pero no le quedaba más remedio que comenzar la clase, y debía ser escrupulosamente puntual.

Las pantallas multidimensionales reflejaron en las paredes imágenes idílicas de paraísos perdidos, de playas asombrosas, de palmeras que bailaban al capricho del viento y del bruñido del sol sobre el océano. En frente suyo, los hologramas se fueron encendiendo, mostrando los juveniles rostros de decenas de estudiantes que habían escogido su disciplina. Estudiantes que residían en Corea, Haití o Angola, con lenguas incomprensibles para él, pero que gracias a los implantes que la inteligencia artificial les permitían, la mayoría usaría un único código de comunicación que cada cerebro interpretaría como su propia lengua. Las nuevas tecnologías dóciles al servicio del ser humano, apoyando la última evolución de la especie.

El profesor Logan disimuló un suspiro y dio la bienvenida a sus estudiantes como mejor pudo, intentando que no le afectase la muerte del profesor Johann, y les animó a observar el programa de la asignatura. Algunas pantallas fueron enfocando la terminología que usarían a lo largo del curso, y las diferentes prácticas que les permitirían dominar los conocimientos, y casi todos los estudiantes asintieron con optimismo. Ya estaban familiarizados con aquel caudal de información; era lo esperado. Logan tragó saliva y se dirigió orgulloso a su disperso y cosmopolita alumnado.

—Es para mí un placer ser su tutor a lo largo de este curso académico. También es un honor haber sido uno de los elegidos para elaborar la nueva Ley de Identidades Múltiples, ley que mejorará la calidad de vida de los europeos los próximos años. —Esbozó una sonrisa para observar el efecto de sus palabras en aquellos inquietos jóvenes, que al seguir atentos a sus palabras, le permitieron verificar que le escuchaban y comprendían perfectamente. Aspiró una buena bocanada de aire y continuó hablando—. Quisiera iniciar esta clase explicando qué es la identidad humana. —El silencio más absoluto se extendió por el hemiciclo de hologramas. Los jóvenes alumnos le estaban prestando la máxima atención.

»La identidad humana podríamos definirla como aquel conjunto de rasgos que se atribuyen a un individuo o a una comunidad, la conciencia que se tiene de uno mismo respecto de la de los demás, la idea que un individuo se construye sobre sus características personales, la prolongación

de sus creencias, aptitudes, anhelos y esperanzas. En definitiva, la identidad es una construcción cultural, y como tal se deconstruye y está siempre en permanente progreso, es múltiple, arbitraria, caprichosa y deformable. Está más ligada a nuestras emociones, que a nuestra inteligencia. En definitiva, es dúctil y maleable, se transforma a la imagen que nos hacemos de nosotros mismos.

Avanzó unos pasos y la dilatación de sus pupilas permitieron a Natalia, su fiel robot personal, comprender que debía traerle un vaso de agua. Se lo tendió de inmediato, bebió unos sorbos y se dirigió a la silla para acomodarse. Las pantallas le siguieron, y los hologramas volvieron a mostrarle el rostro de las decenas de estudiantes que seguían conectados a su clase.

»La identidad abarca características y rasgos tanto físicos como culturales, que se van adaptando respondiendo al deseo humano, buscando su felicidad. Podemos cambiar de idioma si nos mudamos a otro país, abandonar una religión y abrazar otra o ninguna, adquirir la nacionalidad en otra república, transformar nuestra fisonomía gracias a los avances médicos, cambiar de género, de orientación sexual, modificar nuestro organismo, modificar las características de nuestros hijos, optar por un embarazo en el vientre materno o por la ectogénesis, y decidirnos por la comodidad que supone la inseminación, fecundación y posterior desarrollo del feto en una vitrina. —Se volvió a levantar y alzó la mirada observando el rostro de sus estudiantes—. No sé si aún queda alguien que todavía no haya pasado nunca por quirófano en su vida, ni sé si habéis alterado vuestro organismo muchas veces, o si por diversión cambiáis de género a menudo. Tengo una vecina a la que no reconozco nunca por el cambio de aspecto al que se somete cada semana… —Se escucharon risas, lo que evidenció que casi todos los alumnos se sentían familiarizados con aquellas costumbres.

»Todo esto es la identidad humana, variable y mudable, y responde a las tendencias sociales. —El profesor Logan interrumpió su monólogo ante el parpadeo insistente de uno de los hologramas que llamó su atención. Una bella estudiante de rasgos orientales, reclamaba el uso de la palabra —. Por favor, cuéntenos su reflexión.

—Gracias, profesor. Buenas noches a todos, les hablo desde Macao, una preciosa ciudad en el extremo de Asia bañada por las cálidas aguas del mar de China Meridional; ahora mismo estamos disfrutando de un hermoso crepúsculo. Mi nombre es Jia Li. Quería, profesor, avanzar la otra parte del temario que usted no ha mencionado, pero que se recoge en su proyecto de Ley Orgánica sobre las Identidades Múltiples. —El profesor Logan frunció el ceño sin comprender la viabilidad de enlazar la parte jurídica con la antropológica, pero asintió por el interés que mostraron los demás alumnos al virar su rostro hacia la joven y se dispuso a escucharla resignado—.

Ustedes argumentan en sus artículos de opinión publicados, lo equivocados que estaban los científicos en la primera década del siglo actual, que separaban la Inteligencia Artificial de la especie humana, como caminos que se hallaban destinados a bifurcarse. El tiempo parece darle la razón y en los últimos años, la fusión cibernética ha sido lo habitual. Desde los primitivos inicios a finales del siglo XX, donde un hombre con dolencias de corazón podía sobrevivir gracias a un marcapasos, y sin él moriría sin remedio, hasta los implantes cerebrales para mejorar la calidad de vida de los tetrapléjicos. De aquellos experimentos se ha pasado a la vinculación global de biología y tecnología, de seres cada vez menos humanos, si se me permite la expresión.

El profesor Logan sospechó de la ideología de la joven, y en que pudiera suponer un problema aquellos primeros días de clase, pero ocultó su preocupación tras una tímida sonrisa y sin variar su semblante, siguió escuchando con actitud tolerante. Al fin y al cabo, los ojos rasgados de la joven y la forma de sus labios, conformaban un rostro muy sensual y delicado en sus formas, en definitiva, una chica atractiva, y su instinto le decía que era su apariencia real, que no se había sometido a cirugía ni había modificado su aspecto.

»Llegado a este punto, profesor, quería expresarle mis temores hacia el vertiginoso ritmo de las innovaciones tecnológicas. Sinceramente, es evidente que nos desborda la velocidad a la que van. Están provocando mutaciones genéticas. —Una algarabía se extendió entre el alumnado, pero en seguida se impuso el silencio. Aquella joven asiática había pronunciado la frase más peligrosa y controvertida: «mutaciones genéticas». El profesor tosió y volvió a beber agua pensando en si debía interrumpir a la joven sin despertar suspicacias, o dejar que expusiera sus puntos de vista normalizando el debate. —Estamos sufriendo una involución, profesor.

—Explíquese, señorita Jia Li. —El profesor Logan se incorporó y se aproximó hasta el holograma de la joven, buscando su mirada, abriendo bien los ojos. Era imprevisible el derrotero que estaba tomando su conversación, pero interrumpirla sería una locura, el peor de los errores.

—Con todos mis respetos, profesor, nuestra capacidad cognitiva con las nuevas tecnologías, con las redes sociales y sus implicaciones en nuestra vida cotidiana, retrocede. Nos saturamos de información, y la capacidad para adquirir conocimientos se limita. No podemos procesar tantos datos, nos vemos abocados a una sociedad de la información sin conocimiento, por ello, para suplir esa carencia, dependemos cada vez más de las nuevas tecnologías, somos presas fáciles de ellas, somos cada vez más cibernéticos, necesitamos compensar nuestra impotencia cognitiva con construcciones artificiales, y este proceso es una locura…

—Vamos a ver, joven. Su reflexión es muy filosófica, es cierto que como especie, nos caracterizamos más por nuestra capacidad emocional y

social que por la inteligencia, y nos resulta más fácil detectar fenómenos sociales o intenciones personales como los gestos, la comunicación visual, el movimiento de ojos, comportamiento de los grupos… pero debe ser consciente de que está demostrado que el proceso evolutivo nunca se detiene…

—¿Está usted seguro? ¿Acaso no podríamos estar iniciando una evolución involucionista? O mejor dicho, una evolución regresiva, que evite la presión selectiva natural. —Jia Li abandonó su silla incorporándose e imitando al profesor Logan. Se aproximó desafiante a la pantalla de su holograma y sus ojos centellearon con la fuerza de la indignación.

—Aún es pronto para poder extraer o verificar conclusiones, joven, nos movemos en el terreno de las teorías. En mi opinión, el cerebro sigue evolucionando, adaptándose, de hecho es el órgano más adaptativo que poseemos…

—Disculpe que le interrumpa. Tal vez todavía sea muy pronto para extraer conclusiones, porque estamos inmersos en un proceso de cambio y tendrán que pasar décadas para contrastar sus resultados, y ese es el problema, porque ya será demasiado tarde para los humanos. Alguien está rediseñando nuestro cerebro. —El bullicio se extendió entre los alumnos sin que Logan supiera cómo reaccionar para intentar contener el desbordante interés de aquella arenga ideológica, y todos comenzaron a hablar al unísono. Lentamente se fue imponiendo el silencio y todas las miradas focalizaron su atención en Jia Li—. Nos concentramos peor, interpretamos la realidad con mayor dificultad, perdemos memoria, nos sentimos incapaces de comprender metáforas o símbolos. ¡La red está rediseñando nuestro cerebro! Ha sido una creación humana y se ha rebelado contra nosotros, hemos perdido el control, nos está preparando para ser parte de nosotros mismos…

—¡Como Frankenstein! —comentó airado otro estudiante desde otro holoterminal, interrumpiendo abruptamente la discusión—. El hombre crea vida, vida que se rebela contra su creador hasta destruirlo…

—Vamos a evitar ser pesimistas y no perdamos nuestro espíritu racional y científico. —El profesor Logan estaba deseando volver a encauzar la clase, aunque reconocía internamente que le sorprendía el coherente pensamiento de aquella joven. Respondiendo a su intuición, le permitió continuar.

—Creo, profesor, que el objetivo de las nuevas tecnologías es rediseñarnos para su incorporación plena en nuestras vidas, o mejor dicho, para incorporarse a la Vida, para su fusión en humanos, y que por primera vez desde que somos especie, trascendamos a la biología y sea la tecnología la que nos absorba en un escenario de saturación de la información y de nulo conocimiento.

—¡Claro que sí! Jia Li tiene razón. —El estudiante de antes volvía a interrumpir la discusión con su vehemencia—. De cazadores recolectores, pasamos a agricultores, y de la sociedad del conocimiento, a la de la información. Biología y tecnología unidas para el futuro cibernético de nuestra especie, y eso tiene un nombre, ¡dígalo profesor!

—Exijo silencio y respeto. —El profesor no estaba dispuesto a tolerar que la clase se pareciese a un circo. El impetuoso estudiante resoplaba y a duras penas podía mantenerse callado. Logan esperó unos instantes hasta que se apaciguaron los ánimos y decidió continuar—. Jia Li, podría reconocer que su veredicto de que la información nos invita a saber menos, a reflexionar con mayor frivolidad y a olvidar más, podría tener parte de lógica. Pero dudo mucho que eso atrofie la memoria humana. El cerebro es flexible y si no se le ejercita, pierde facultades, sus capacidades se vuelven renuentes. Pero hemos de confiar en que con leyes como la que vamos a aprobar, sepamos encontrar el equilibrio. De hecho, es para estas cuestiones por las que se quiere sacar adelante la nueva ley. Es cierto que consideraremos ser humano a aquel que se comporte como tal, es decir, no por su origen de padre o madre humano, sino que para todos, un ser humano será aquel que reproduzca inquietudes humanas, sentimientos, recuerdos, anhelos o sueños.

—Claro, profesor, independientemente de cómo haya sido originado, creado, fabricado o inventado. —Jia Li consiguió que un comunicativo silencio se impusiera entre los alumnos. Reflexionó unos instantes y volvió al ataque—. Sobreviviremos al futuro cambiando lo que somos. Solo así tendremos alguna oportunidad de evitar la extinción. Pero sinceramente, profesor, ¿sabe lo que pienso? En mi opinión creo que aceleraremos la extinción, porque los que sobrevivan, serán otros seres, otros «nosotros», si lo prefiere, otros nosotros que nos sustituirán. La selección natural, provocaría nuestro fin en miles de años, pero con su ley, conseguirán que ese proceso sea cuestión de décadas.

—¿Y desde su visión tremendista, cuál es el objetivo de este proceso?

—Desde luego, profesor, no será mejorar nuestra calidad de vida, sino mejorar nuestro rendimiento. Seremos seres biomecánicos, piezas de un engranaje, como en la revolución industrial, seremos un medio para un fin. Máquinas fabricadas para la producción de más máquinas.

Una sensación de tristeza se extendió por el ambiente, contagiando a aquel nutrido grupo de estudiantes. El profesor Logan se sintió incapaz de rebatir aquellos argumentos, le habían pillado desprevenido. Se suponía que era una clase introductoria, pero a pesar de sentirse contrariado, esgrimió una sonrisa cuando los monitores anunciaron el fin de la hora y la fecha para la siguiente clase. Casi respiró aliviado, se secó la frente con el dorso de sus manos y observó con desconfianza a su robot personal, a Natalia, que con sus brazos sintéticos de apariencia humana, le habló con

su peculiar tono melodioso pero metálico.

—Profesor Logan, creo que estás comenzando a sufrir unas intensas jaquecas. ¿Te ha afectado la muerte de tu colega?

—¿Comprendes lo que es «afectar algo a alguien»? Supongo que tú no querrás reemplazarme, ¿verdad? —Sonrió al tiempo que se frotaba las sienes. Natalia seguía mirándolo de manera interrogativa, esperando una respuesta. Desde luego sus procesos cognitivos no estaban preparados para que le respondieran con otra interrogación—. Esta estudiante ha dicho que las máquinas engendrarán más máquinas, es una frase curiosa. Con la Nueva Economía que emergió a partir de la crisis provocada por el poder financiero en el 2008, el nuevo dogma de fe era muy semejante, algo así como que el dinero generase más dinero. —Se frotó el mentón buscando semejanzas e intentando recordar, y siguió pensando en alto—. Ya no se trataba de que el dinero fuese el producto de la riqueza, y que hubiera una clase media que consumiera para reproducir la riqueza y fabricar más dinero. La clase media debía desaparecer porque había dejado de ser útil: lo importante era que el dinero crease más dinero, y para eso solo hacía falta un puñado de economistas especulativos y sin escrúpulos.

Logan presagió que el dolor de cabeza estaba garantizado. Mal comenzaba el día, era su primera clase y aún debería enfrentarse a cinco más. Reflexionó sobre los argumentos de la joven, en especial sobre la misteriosa afirmación de que «alguien estaba rediseñando nuestro cerebro», y reconoció que le habían ayudado a despejar sus ideas y a recordar que el cuestionamiento de los principios es fundamental para el método científico. Pero la discusión le había resultado excesivamente densa, y es que debía reconocer que había perdido el hábito de debatir a esas horas de la mañana. Miró fijamente a Natalia y le exigió la máxima atención.

—Natalia, búscame la ficha de la estudiante Jia Li, de Macao.

—«A sus órdenes, señor profesor». Se trata de una joven muy hermosa, ¿no te parece?

—La belleza humana es un concepto muy subjetivo, depende de gustos, no se puede seguir ningún estereotipo.

—Pero el rostro de esta joven estudiante recuerda peligrosamente el de algunas de tus novias, por lo que deduzco que es el tipo de mujer que te puede cautivar…

—Por favor, doblo la edad de esa joven, búscame su ficha y no saques conclusiones, no me aburras. —La tez de Logan se sonrojó y, azorado, esperó impaciente a que el cerebro mecánico de Natalia diera sus frutos.

—Ya casi está, necesito unos segundos más… y aunque no deseo insistir, es mi deber informarte de un detalle interesante. Y es que también a ella se le han dilatado sus pupilas respondiendo a estímulos que entran dentro del campo de la atracción, y como se dirigía a ti…

—Vale, pesada, dame la información cuanto antes y no compliques mi vida universitaria, que quiero que sea lo más apacible posible.

«El transhumanismo personifica las más audaces, valientes, imaginativas e idealistas aspiraciones de la humanidad».
Ronald Bailey.

CAPÍTULO 3
JIA LI

Jia Li se maquillaba en su tocador concienzudamente, mientras escuchaba a «Los Fantasmas Góticos de Guangzou», su grupo de música favorito, un conjunto de cinco jóvenes que milagrosamente componían sin asesoramiento tecnológico. Se inspiraban «gracias a las musas», como decían orgullosos entonando sus resonantes y contundentes canciones, con letras románticas y rebeldes. Jia Li cabeceaba al ritmo de la música mientras se contemplaba delante del espejo para embellecer su juvenil rostro. Podía haber recibido las sugerencias de su robot doméstico de última generación, pero ella prefería hacerlo personalmente, evitar dependencias que a la larga se convertían en insalvables y permanentes.

La luminosidad natural de su mirada, se volvió turbia como el crepúsculo al resaltar la raya de sus ojos de color negro, con su perfilador cromático favorito. Sobre las mejillas dibujó varias líneas negras que semejaban estrellas y corazones, con un brillo que dotaba a su tez de un aire extremadamente pálido. Proyectó sobre los párpados unas esferas grises plateadas, y alargó sus cejas tanto como le permitió su naturaleza humana. El aire gótico y punk que embrujaba a los hombres y a las mujeres. A sus veinticinco años aún le gustaba sentirse deseada, por lo que incrementó la carnosidad de sus labios con el efecto que provocaba el pintalabios láser que le regalase ella, Ely Chen, antes de… su muerte. Se observó de perfil y de frente. Sus cabellos lisos caídos sobre el rostro le otorgaban un aire siniestro y enigmático, el efecto que pretendía conseguir. El corsé dejaba entrever la abultada forma de sus pechos, más turgentes que los de la mayoría de las chicas de su edad; la seductora herencia y el mejor regalo de su abuela portuguesa. Una minifalda ceñida al cuerpo permitía mostrar sus piernas bronceadas con alegre desenfado, por lo que sonrió al comprobar que su aspecto era inmejorable, y con traviesa satisfacción, salió al exterior.

A través de los rascacielos, se movió con asombrosa agilidad entre los pasillos que conectaban unos con otros a la altura de los áticos, para evitar los raíles eléctricos. Aquella asombrosa altitud le posibilitaba contemplar a

sus pies el paisaje de la distante superficie. A lo lejos, el lecho brumoso del mar desdibujaba la suave línea de las islas de Taipa y Coloane convirtiéndolas en espectrales figuras que parecían mecerse al viento. Los pasillos inter-rascacielos, estaban elaborados por un material de vidrio especial apenas perceptible a la vista, por lo que la sensación no podía ser más cautivadora; la impresión era de flotar en el aire, de absoluta evanescencia. Para los que sufrían de vértigo existía la posibilidad de activar por control remoto un sistema alternativo, por el que los pasillos se dibujaban con materiales oscuros y fácilmente palpables.

A los pies de Jia Li y a centenares de metros de la superficie, miles de personas abarrotaban las calles, un hervidero humano caótico y en constante movimiento, como hormiguitas que desde la distancia, caminaban con paso acelerado. «Como hormigas», que junto a las abejas, eran los invertebrados que competían con los humanos en la evolución selectiva. Unos años antes había terminado sus estudios en Biología y Bioética, y no le dejaba de asombrar que la estructura social de las hormigas fuese tan compleja, y siempre estuviesen en eterno conflicto con el resto de los hormigueros. Los diminutos insectos nunca daban una tregua; la guerra formaba parte de lo habitual en sus vidas, como la de los humanos. La normalización de su existencia, se basaba en un estado belicoso permanente. «Tal vez, las hormigas y abejas hereden la Tierra cuando los humanos nos hayamos extinguido», pensó, sorprendiéndose a sí misma porque no tenía claro que fuera una precognición o un deseo.

Descendió por el ascensor a una vertiginosa velocidad que le condujo a uno de los telecanapés que esperaban aparcados sobre la cinta deslizante de la superficie. Se trataba de un vagón de reducidas proporciones, por el que podría ir cómodamente recostaba a la velocidad deseada y llegar cuanto antes a su destino. Había decidido que ese día no le apetecía caminar.

Una espesa niebla procedente del mar de China Meridional, cubrió la superficie como un manto plateado, dando al ambiente un aire místico y espectral. Las figuras humanas se confundían entre sí, viéndose obligadas a apartarse para no chocar. Un momento único para constatar cuántos de ellos seguían siendo seres humanos y qué porcentaje eran seres cibernéticos, «la otra especie emergente»: estos estaban dotados de nuevas células sensibles al calor y la radiación, incorporadas a los conos de la retina y respondiendo a la baja intensidad de la luz. Visión nocturna mejorada con los diminutos radares intraoculares, y por eso caminaban con absoluta seguridad, frente a los torpes humanos que «navegaban» desorientados y perdidos bajo los condicionantes de la madre naturaleza.

El telecanapé se detuvo en el lugar apropiado, y Jia salió al exterior caminando despreocupadamente, al refugio de la espesa niebla. Avanzó entre las sombras hasta alcanzar una pequeña plaza peatonal, el lugar de la

cita, y esperó con paciencia y con las manos en los bolsillos. Comenzó a tiritar involuntariamente, la humedad del ambiente contrastaba con la calefacción del telecanapé.

No tuvo que esperar más que unos segundos. Una mano de grandes proporciones se posó sobre su hombro, provocando que esta diera un respingo del susto.

—Por todos los dioses, Jordi, ¡cómo se te ocurre actuar así! ¡Que no estamos en tu pueblo! —Ella viró su rostro, y a pesar de lo adusto de sus palabras, sus miradas se cruzaron con una sonrisa que denotaba complicidad. Besó las mejillas de aquel gigante de dos metros de altura, corpulento y ancho de espaldas, que contrastaba con el diminuto cuerpo de Jia.

—Creo que mis costumbres aún os incomodan. Por lo menos te atreves a darme dos besos. —Su forzada pronunciación cantonesa era el resultado de dos años de esfuerzos por dominar un idioma que nada se parecía a su lengua materna, procedente de la lejana isla de Cerdeña, y sus rasgos latinos diferían de los orientales, originarios de la ciudad de Alghero, una dulce fusión de sangre catalana e italiana—. Incluso me sonríes, porque por estos lares, parece que te hagan un inmenso favor.

—Bueno, no estamos para muchas sonrisas, así que no te hagas muchas ilusiones. Ahora tenemos que hablar. Quiero que me pongas al día lo más rápido que te permita tu capacidad para pensar en mi lengua.

—Tan eficiente como de costumbre, si me asegurasen que eres una cíborg me lo creería, te lo aseguro. —Esbozó una dulce sonrisa gesticulando con sus manos—. Así que te vas a tener que cargar de paciencia, porque en estos casos lo primero es lo primero, por lo menos cuando un hombre se cita con una mujer… aún no me has dado ni tiempo para admirar tu belleza. —Él retrocedió unos pasos para contemplarla a placer y ella se sonrojó orgullosa, pero al instante disimuló para indicarle que no era prudente permanecer en aquel lugar.

Ambos comenzaron a caminar entre la espesa niebla, aproximándose lo máximo posible como si de una pareja más se tratase, procurando bajar el tono de voz, eludiendo posibles injerencias ajenas. Conversar por la calle en espacios abiertos era la mejor manera de evitar ser escuchados por las autoridades, lo que les empujaba a caminar con resignación kilómetros y más kilómetros. A lo largo de la entrevista, su compañero Jordi se tendría que retirar y sería otro el que continuara poniéndole al día de los últimos acontecimientos y nuevas misiones, de las que Jordi no debía conocer por motivos de seguridad. Protocolo de infalibilidad. Si advertían que permanecías mucho tiempo con alguna persona, se vincularían los destinos de ambos, y si uno era sospechoso, el otro correría la misma suerte.

—Voy a ser lo más rápido posible. Verás —carraspeó y agachó su cabeza para aproximarse al rostro de Jia—, te hemos convocado porque

ayer ha sido eliminado el profesor Johann von Paulus en la puerta de su residencia, por una célula durmiente de la República de Alemania. —Jia Li se estremeció en el acto, sorprendida ante el mal cariz que podían tomar los acontecimientos—. Ha sido una sorpresa monumental para todos, y aún no hemos calibrado sus consecuencias.

—¿Se puede saber quién ha ordenado esa acción tan descabellada? Si ya somos pocos los humanos y nos matamos entre nosotros, ¿qué va a quedar de la supuesta «especie elegida»? Supongo que la célula durmiente habrá sido identificada y detenida… —expresó su congoja entornando sus párpados, disimulando su creciente indignación.

—No puedo responder sobre quién ha ordenado la acción. Creo que nadie en China lo sabe. Son tantas las acciones que se llevan a un mismo tiempo y tan abundantes las células dispersas por el mundo, que… ¡a saber! Por ello es mejor y para nuestra seguridad, desconocer quién ha dado esa orden. —Tosió mirando por encima de su hombro para atisbar alguna presencia sospechosa—. Respecto a la segunda cuestión, he de decirte que ha sido una sorpresa. Ni yo lo hubiera hecho mejor. El atentado ha quedado inmune, al menos por el momento. La clave está en que el arma usada no era electrónica, por lo que escapó del control de las autoridades. Pasó desapercibida porque se trataba de un arma anterior a la era informática, y su presencia no fue detectada por ningún radar.

—Somos unos artistas ingeniando inventos. ¿Qué arma se usó para el atentado? ¿Piedras y palos? —Sus labios insinuaron una pícara sonrisa para relajar la tensión.

—Por increíble que parezca, fue ejecutado con un lanzallamas de fabricación soviética de la segunda guerra mundial. Un artilugio prehistórico. Muy ingenioso, ¿verdad?

—Extremadamente inteligente, cierto, pero no es una ejecución, hemos matado a un ser humano y así no ganaremos apoyos, solo sumaremos detractores a nuestra causa, Jordi… —Agacharon la cabeza y mantuvieron un escrupuloso silencio, se hallaban caminando por una transitada avenida por la que sobrevolaban nanodrones del tamaño de una mosca. La niebla se había ido despejando y se vislumbraban las personas que abarrotaban la misma. La atravesaron internándose en una calle con sinuoso trazado medieval, atestada de ancianas que freían en el suelo platos de dudosa conveniencia para estómagos delicados. El aceite vegetal y el vinagre de arroz despedían un aroma rancio, fruto de sus innumerables vidas. Un intenso olor picante a fritanga, a jengibre hirviendo y a manteca de cerdo derretida, les invadió los pulmones, hasta que desembocaron en una plaza con menos paseantes. Entonces pudieron recuperar la tranquilidad y seguir conversando.

»Jordi, no sé muy bien cómo podemos ser críticos con los efectos del transhumanismo si nuestros actos son violentos. La gente preferirá a los

amantes de las nuevas tecnologías antes que a unos tipos peligrosos como nosotros, no tiene sentido que ahora queramos iniciar una campaña contra la nueva Ley de Identidades Múltiples y a la vez matemos a gente con lanzallamas.

—Eso es lo curioso. El discurso oficial que mantendremos, es que nosotros no somos responsables de su ejecución. Que desconocemos su autoría, y que nuestra lucha es pacífica, recuperando la política como un medio eficaz para cambiar el destino de la humanidad. Debemos negar en todo momento cualquier implicación en un acto violento, será nuestra estrategia permanente.

—Demasiado tarde para ir de buenos. La sociedad sospechará de nuestro movimiento, o de simpatizantes de la causa que abanderamos. La elección que nos queda es condenar su asesinato con contundencia, afirmando que ha sido un crimen deleznable y distanciarnos de los hechos; así ganaríamos tiempo hasta que…

—Hasta que capturen a la célula invisible. Y no te quepa la menor duda de que los capturarán, serán brutalmente torturados y no soportarán el dolor, por lo que acabarán contándolo todo. Antes de que eso suceda tendríamos que eliminarlos nosotros mismos.

—Por favor, Jordi, me dejas atónita si ese es nuestro plan. No estoy dispuesta a caer en el paroxismo, ni volverme una psicópata criminal.

Jia Li suspiró su congoja y sintió que sus tacones imposibles le comenzaban a destrozar los pies. Un angustioso dolor fue ascendiendo por sus piernas, y le obligó a aminorar la marcha. Observó cómo Jordi se distanciaba deliberadamente de ella. Era el momento. Otro miembro del movimiento se dirigiría a Jia para ordenarle sus nuevos pasos.

Se detuvo y sintió como si un torrente de agua helada recorriera su espalda, no quería ni pensar en que le ordenaran asesinar a alguien. Observó a su alrededor el desplazamiento de los paseantes y percibió que una persona se detenía frente a ella. Siguió contemplando la plaza absorta a cuanto acaecía a su alrededor, con sus cabellos lisos alborotados sobre el rostro, ocultando su mirada, sabedora de que en esos momentos, sus vidriosos ojos delatarían la estupefacción con que padecía aquellos difíciles momentos, formando parte de una organización que se había vuelto criminal. Comprobó a través de las ráfagas de viento que movían caprichosamente sus mechones de pelo, que la lánguida silueta que se había situado a unos pasos de ella era un destacado miembro del movimiento. Estudió detenidamente los duros rasgos de su rostro y su cara acartonada, y no había duda. Por lo menos su aspecto externo sí le resultaba familiar. Hizo memoria y recordó que se trataba de Go, el coordinador de las actividades políticas para Euroasia. Pero como podía tratarse de otro ser que hubiera emulado su aspecto físico, decidió seguir disimulando. En estos casos lo habitual era decir la contraseña. Cada día se

renovaba, a veces cambiaba cada hora, lo que les exigía estar alerta constantemente… salvo cuando se encontraba con Jordi. Su extremada corpulencia complicaba su réplica, por lo que no acostumbraba a usarla con él. Pero con Go era diferente.

El hombre se fue acercando más y más, hasta que ella alzó su mirada para cruzarse con los ojos rasgados de aquel individuo procedente de la Mongolia Interior.

—Casi me tropiezo con usted, ¡las máquinas son menos torpes! —Era la contraseña aprobada para aquella tarde. Jia respondió con energía.

—Pero las máquinas fracasan al soñar. —Él continuó su camino con pasos cortos, dejando que ella le siguiese desde la distancia.

Discurrieron por varias calles atestadas de viandantes uno detrás del otro, hasta alcanzar un parque que se encontraba ya en la periferia de Macao, a escasa distancia de la Porta do Cerco, un pequeño istmo que unía la antigua colonia portuguesa a la provincia china de Zhuhai. Se trataba de un pintoresco pulmón verde decorado al más puro estilo europeo, con setos rectilíneos y plantas atlánticas muy poco adaptadas al clima subtropical y monzónico, pero que sobrevivían gracias a la modificación genética, y les permitía florecer todo el año; en su centro se disfrutaba de un diminuto lago repleto de patos y niños dándoles de comer, y fue el lugar idóneo escogido por Go. Ambos se aproximaron perdiéndose entre los niños, como si alguno de ellos fuera hijo suyo, y así, rodeados de patos y a la orilla del lago, pudieron pasar desapercibidos.

—Debes volar esta misma tarde a Europa. —Su tono grave e inflexible no expresaba un deseo, sino una orden firme e irrebatible. Rompía una tradición en aquel incipiente movimiento, y ella no estaba dispuesta a tolerarlo.

—Mis asuntos están organizados desde que comencé la semana, así que no entra en mis planes volar esta tarde a ninguna parte, y si se trata de asesinar a un ser humano, Go, te lo advierto, yo no soy una célula durmiente, yo me encargo de ganar adeptos, de convencer con palabras, no con armas.

—Por supuesto, somos conscientes de tus dones persuasivos, preciosa. —Su tono, entre irónico y frívolo, disgustó a Jia, poco acostumbrada al trato machista de sus compañeros—. Tu labor será revelada una vez llegues al Sur de Europa. Un enlace te estará esperando, recibirás instrucciones precisas para contactar con él y te dirá cuál es tu misión. Se te facilitará ayuda para los gastos, desplazamientos y manutención, pero si fracasas, ya sabes que nosotros haremos el trabajo de una manera menos sutil.

—Te repito que ya tengo planes para esta semana…

—Y yo te advierto de que te estamos protegiendo a cambio de tu fidelidad. Podríamos dejar de hacerlo y en muy pocas horas te detendría la

policía y todos sabrían quién eres en realidad, así que no seas obstinada, tu situación es muy frágil, tu libertad pende de un fino hilo que nosotros sostenemos con mucho esfuerzo. No estás en condiciones de elegir.

—Uf, no esperaba este tipo de chantaje… ¿de veras pretendes que me presente en Europa sin levantar sospechas? Cómo osas creer que nadie me va a detener. —Esta vez Jia alzó la vista y vislumbró al otro lado del lago varias personas detenidas observándoles. Si no fuese porque iban con niños de la mano, podría haberse tratado de agentes de la autoridad—. No tendré una sola oportunidad, seguro que me esperan apenas aterrice.

—Tranquila, todo está estudiado. Hay otros cebos que les tendrán ocupados, así que tu llegada pasará desapercibida, además usarás nuestras lentillas modificadoras de córneas para que no te identifiquen. No puedes defraudarnos, debes comprender que tu presencia allí es primordial.

Ni siquiera pudo replicar. Hubiese querido expresar su cólera, su rabia, su necesidad de continuar con sus clases de Antropología, sobre todo ahora que acababa de conocer a ese interesante profesor con el que se podía dialogar, y quizás, convencer de la locura que estaban dispuestos a poner en marcha… precisamente ahora le tocaba abandonarlo todo y viajar al otro lado del mundo, al decadente y peligroso Sur de Europa… y no podía negarse, o sus secretos se harían públicos. Su vida era un callejón sin salida.

Sin focalizar la atención en ningún punto, siguió de cerca el simpático recorrido de una pareja de patos mandarines de vivos colores, que iba guiando con insistentes graznidos toda una hilera de crías, unas ocho, calculó, que les seguían animadamente en un murmullo de sonidos expresivos y elocuentes. Sonrió ante la belleza de la naturaleza, y comprendió que aquellas crías aún debían desarrollarse para iniciar un largo recorrido hasta el norte de China. Recordó que su abuelo siempre exaltaba el valor intrínseco del viaje. Le peinaba suavemente los cabellos y se arrodillaba para colocarse a su altura y que así le prestara más atención. Entonces comenzaba a hablar con ritmo pausado y cansado:

«Mi querida niña, te voy a explicar los tres tipos de viajes que hay en la vida…»

Se le encogió el corazón al recordar sus palabras envueltas en sabiduría.

«Existen tres viajes, el espacial, el temporal y el interior. El primero se recorre avanzando kilómetros, recorriendo caminos y atravesando valles guiados por los mapas, para percatarse de las diferencias climatológicas, de la diversidad étnica, de los paisajes, de la riqueza natural del mundo. Por el contrario, el trayecto temporal sirve para demostrar los cambios en aquel espacio, que se vuelven extraordinariamente tangibles cuando se repite el mismo periplo varios años después. El viajante, evidencia que todo se ha transformado, que nada permanece imperturbable, que cuanto

le rodea, se halla en continuo cambio.

Y luego estaba el viaje interior, el más trascendental, el iniciático que se produce cuando te vuelves consciente de que te has convertido en otro ser, que has evolucionado, madurado, que no eres el mismo. Que observas el mundo con otros ojos, interpretando cuanto te rodea con la visión de otro yo».

Jia Li había viajado al Sur de Europa siendo niña, y lo recordaba con preocupación. El hambre asolaba aquellos pueblos otrora dignos y desarrollados, todavía orgullosos de su noble pasado. Padecían una violencia desmedida, los rostros de las personas eran temibles, mostraban la crudeza de su realidad con arrogancia y desprecio, la observaban altaneros y con resquicios de odio, como si ella, aún una niña inocente, tuviera la culpa de los derroteros de sus vidas. Jia, que procedía del lejano Oriente, de un mundo impronunciable y desconocido para ellos, y cuyas intenciones eran tan solo disfrutar de unas vulgares e inocentes vacaciones. En los años escolares le enseñaron la sangrienta historia europea, las Guerras Mundiales, las del Agua y las de la Manipulación Genética, y cómo fueron entrando en una dulce decadencia que se fue desenmascarando como una amarga agonía. Un escalofrío recorrió nuevamente su espalda, y pidió humildemente a los dioses, en su excelso poder, que no le pidieran matar a nadie, que sabía que no podría, y que la considerarían una traidora.

Resignada ante su propio destino, cambió de rumbo hacia el aeropuerto.

CAPÍTULO 4
DUELOS POÉTICOS

—Bueno, Natalia, es evidente que estaba equivocado, esta joven estudiante no acaba de llegar a la Universidad, se trata de su segunda carrera. —Logan apuró su espumoso café y se encogió de hombros sonriendo a Natalia, su robot doméstico que con un rostro inexpresivo esperaba atenta sus órdenes—. Muéstrame de nuevo sus fotos, las que realizó para Biología y Bioética, y las contrastamos con las que acaba de retratarse para Antropología Social y Cultural.

—Por supuesto, Logan. En su primera carrera contaba con dieciocho años, y con esta, veinticinco. Ha estado un tiempo fuera del mundo académico, pero es imposible indagar sucesos de su vida con los escasos datos que proporciona la Universidad. Lo más probable es que se dedicara a desarrollar sus conocimientos en prácticas de empresa.

—Pues no seré yo el cotilla que investigue su paradero aquellos años. Con estas fotos y su brillante expediente, me es más que suficiente, me doy por satisfecho. —Internamente sabía que no le era suficiente, que en su fuero interno quería saberlo todo sobre aquella enigmática joven. Esgrimió una sonrisa y hablando para sí, musitó unas impronunciables palabras, que Natalia interpretó como «agradezco no doblar la edad de Jia». Logan seguía con la mirada clavada en aquellos hermosos y penetrantes ojos rasgados, en aquel rostro de rasgos finos y delicados, con la comisura de los labios bien definida, unos labios muy diferentes a los de las mujeres de su país. Probablemente se debía a algún cruce de sus antepasados con los colonizadores portugueses, lo que le otorgaba en la actualidad una fuerte dosis de exotismo. Esa joven había heredado lo mejor de ambos mundos, y pareciera que su fuerte personalidad también fuera una fusión, pues recordaba más al orgullo de los marineros portugueses que a la dulzura y sumisa actitud de los pueblos cantoneses. Las imágenes holográficas iban pasando respondiendo a su insistente parpadeo, hasta que llegó la última foto, la que estaba destinada a Antropología. Allí sus ojos se agrandaron y la imagen se detuvo. Se trataba de la más actual, y en este caso, algo en su expresión denotaba tristeza, melancolía.

—¿Deseas que te facilite información de algún estudiante más?

—Gracias, pero no me interesa. Ven, acércate, quiero que observes atentamente la foto de Jia Li, la última que tenemos. —Se levantó con Natalia, abriendo bien los ojos y avanzaron ambos como una pareja de tango, pegando sus rostros, aproximándose a la pantalla holográfica—. Sus ojos, algo en ella me resulta triste, como si estuviese preocupada. Desde luego se trata de una joven vehemente y con carácter, pero su mirada es… un tanto fría, glacial me atrevería a decir…

—Lo de glacial es una licencia poética tuya, ¿verdad?

Logan se rio a mandíbula batiente. Natalia y él jugaban a menudo a convertir las frases en versos. Él empezaba con unas palabras con cierto registro poético, para que ella le siguiese. Naturalmente su fracaso era estrepitoso, porque Natalia no podía desarrollar la capacidad humana de la creatividad, y se mostraba incapaz de seguir con el juego. Se trataba de un entretenimiento que su madre le había enseñado de niño para buscar la belleza oculta de las palabras, su identificación con los sentimientos y la naturaleza, para transformar sus expresiones en poesía. Aquel juego se denominaba «duelo poético». Su madre había sido una increíble lectora, lo devoraba todo, y sus lecturas favoritas siempre discurrían por las suaves colinas de la poesía.

—Logan, he terminado mi examen ocular de la joven.

—Cuéntame, estoy impaciente. —No ocultaba su interés por estas cuestiones que no tenían la menor relevancia, pero su curiosidad no conocía límites, y su atracción hacia aquella joven iba en aumento; no en vano, había convivido con mujeres chinas en muchas ocasiones, y algo en ella le resultaba… desbordantemente atractivo.

—Jia Li tiene limitada su capacidad de agudeza visual, por lo que se ha sometido a varias operaciones de miopía para corregir el defecto…

—Por favor, no me decepciones, eso no me interesa en absoluto, no se trataba de un examen fisonómico.

—Lo sé, Logan. No has detectado mi ironía. —Esta vez Natalia forzó las facciones de sus labios y mejillas para simular una sonora risa, e hizo brillar sus ojos en señal de complicidad. Totalmente artificial, pero Logan lo agradeció—. Aumentaré el tamaño de sus ojos a la pantalla. El iris muestra que la foto fue realizada de manera manual, con una máquina electrónica de los años treinta. Podemos aproximarnos más. —El equipo holográfico fue mostrando en grandes dimensiones el iris de Jia Li, por el que se reflejaba a otra joven de rasgos orientales, con un diminuto aparatito del tamaño de un dado que sujetaba entre los dedos de su mano izquierda, apuntando hacia el rostro de Jia Li. Efectivamente, se trataba de una cámara fotográfica antigua fabricada en Pekín en el 2038, antes de que llegasen los Replicadores Domésticos en Tres Dimensiones, que permitían desde tu propia casa fabricar nanomáquinas al gusto del

consumidor—. La joven que realizó la foto se llamaba Ely Chen.

—¿Se llamaba? ¿Por qué hablas de ella en pasado? —Aumentó el interés de Logan que se acercó aún más a la pantalla.

—Falleció hace medio año en extrañas circunstancias y sin esclarecer todos los extremos. También podemos observar varios letreros en lengua cantonesa y en portugués. Están en Macao…

—Sí, eso es lo de menos, pero me resulta curioso que esa tal Ely se encuentre muerta. Ahora aleja la imagen, contempla la pálida tez de Jia. Parece que está triste…

—La tristeza es un estado afectivo de decaimiento moral, es una emoción básica del ser humano y no puedo especular con las emociones.

—Vamos, que no me puedes contar nada al respecto, ni tan siquiera alguna descabellada hipótesis.

—Sí, te puedo facilitar información sobre otros robots domésticos de la última generación de Inteligencia Artificial, que reproducen las facciones humanas a la perfección por deseo propio y respondiendo a los mismos esquemas emocionales de tu especie, así como emitir diagnósticos psicológicos de las variaciones de vuestros estados anímicos…

—¡Qué pesada! ¿Me estás invitando a que prescinda de ti? ¿Es eso lo que quieres?

—Em…—Natalia pareció dudar por unos segundos, pero sus circuitos fueron inflexibles—. De sobra sabes que carezco de los beneficios que te podrían otorgar otros robots.

—Je, je, de sobra sabes que no deseo prescindir de ti, es por otra cuestión.

—Logan, te informo de que tienes una visita de tu amigo Sátur. Se encuentra en el porche de tu vivienda.

—Vaya, vaya, mi buen amigo Sátur te ha ayudado a desviar la conversación de forma abrupta, porque creo que te había metido en un serio aprieto, ¿verdad? —Al instante Logan se echó las manos a la cabeza —. Creo que olvidé que hoy era su día libre, por favor, abre la puerta, no le hagas esperar y prepáranos unos suculentos aperitivos.

Los equipos holográficos se apagaron, y con ellos, la imagen de Jia Li se desvaneció lentamente. Hasta el último instante Logan siguió admirando la melancólica expresión de su rostro. Acto seguido, su estudio se transformó de inmediato. Los paneles de material sintético que décadas antes habían sustituido a las paredes, se giraron para desplazar el estudio al salón, convirtiéndolo en una sala de mayores dimensiones. La mesa y el despacho de Logan quedaron ocultos tras los paneles, y en su caso, se sustituyeron por enormes pantallas tridimensionales de televisión y una mesita para comer.

—¡Por fin te veo el pelo, Logan, dichosos tus ojos! ¡Dame un abrazo! — Un hombre de unos cuarenta años y casi dos metros de altura, con el

cabello raleante y unos enormes ojos negros y piel excesivamente bronceada, se abrazó a Logan, que a su lado, más delgado y de menos altura, parecía un niño atrapado por un oso—. No veas las ganas que tenía de verte y lo que me ha costado venir.

—¿Por qué? No me digas que te has perdido.

—Qué gracioso estás hoy. Qué va, es que mi nuevo señalizador electrónico del antebrazo me está dando quebraderos de cabeza. Me indica que mi pulso, mi temperatura y la presión sanguínea no son las adecuadas. Me siento agotado, como si hubiera recibido una buena paliza. Con certeza me estaré cogiendo algún virus… cada vez somos más artificiales y por eso nos volvemos unos flojos.

—O eso, o eres un poco hipocondríaco —se burló Logan golpeando suavemente su hombro contra el suyo.

—Ojalá fuese eso, pero estoy convencido de que me estoy agarrando una buena gripe.

—Muchas veces le doy vueltas a este tema. Nuestro organismo se está debilitando a medida que nos alejamos de la naturaleza…

—¡Y que seas tú quién lo dice! Precisamente el hombre elegido por las autoridades para acelerar el proceso de transición. —Sátur se mofó al tiempo que Natalia le servía una copa y les ofrecía el aperitivo; una bandeja de galletas hechas a base de frijoles, maíz y grillos tostados con sabor a *cheddar*, acompañados de deliciosos insectos a la brasa y guarnición de patatas fritas.

—Se supone que colaboraré en un equipo multidisciplinar numeroso, yo seré uno más, solo eso —habló con dificultades degustando varios saltamontes salados. Natalia activó un mecanismo electrónico y el sofá se amplió para que ambos se recostaran cómodamente, y la luz descendió de intensidad, la apropiada para los ratos de ocio.

—Bueno, no restes méritos a tu éxito, a ver si conseguís que no tenga gripe los próximos días. Y como vas a ser un tipo importante a partir de ahora, te he querido agasajar con un sencillo y humilde presente. Verás cómo te gusta. —Se puso en pie sonriendo de manera irónica, y ante la sorpresa de Logan, abrió él mismo de manera manual la puerta de la casa, e invitó a pasar a una mujer de rasgos occidentales de un metro ochenta, con unos exuberantes pechos mórbidos y turgentes, generosas curvas y unas estilizadas piernas bien proporcionadas y bronceadas. Los cabellos rubios y rizados, caían sobre el rostro a la moda de la época, y no parecía contar más de veinte años.

—Hola, buenas tardes… —Acertó a exclamar Logan quedándose estupefacto. No comprendía ni quién era ni cuáles las intenciones de su amigo Sátur.

—Buenas tardes, Logan. Soy su compañera de juegos privada, he sido diseñada para otorgarle el mayor placer con el que pueda soñar un

hombre.

—¡Sátur! Se trata de un ser sintético, ¿me has regalado un robot que se dedica a la prostitución?

—Espero que no lo veas así. Este modelo hace furor entre las despedidas de solteros, es la última moda y te va a encantar, no notarás la diferencia entre una mujer de verdad y Vanesa, porque así la he bautizado. Su melódica voz no tiene nada que ver con el sonido hueco de tu Natalia, dotada de un programa simple de atención doméstica totalmente obsoleto. Vanesa no es algo, es «alguien» muy diferente… ahora, que si no es de tu gusto, mañana mismo la empresa distribuidora te puede traer la que más te apetezca, con las características que desees, hay más de cinco mil modelos diferentes, ¡no podía dejar que te pudrieras con tu soltería a cuestas!

—¿Tan incapacitado me encuentras para que pueda ligar por mí mismo a los cuarenta tacos? ¿Con mis atributos personales? —Al tiempo que decía esto, Vanesa se acercó a ambos y se sentó desenfadada y cómodamente en el sofá, dejando entrever uno de sus muslos por la abertura de la falda, y miró seductora a Logan encendiéndose un cigarrillo con gesto frívolo y sensual. El brillo de sus ojos captó la atención de los dos amigos, que suspiraron desviando la mirada para seguir conversando.

—No me malinterpretes, Logan, pero un tipo como tú que aún duerme con sábanas, sin reemplazarlas por la comodidad del aire acondicionado automático que regula la temperatura de tu piel, para mí es un tipo un tanto troglodita, al que las mujeres rehúyen con auténtico pavor.

—No es que no quiera darte la razón, pero ahora estoy un poco agobiado con el trabajo, con la Universidad y la nueva Ley que debemos redactar… no te lo vas a creer, pero el profesor que nos iba a dirigir a todos acaba de morir, así que no sé muy bien cómo nos vamos a organizar, el caos se cierne sobre el proyecto, y podías haber supuesto que ahora no estoy como para practicar sexo con un robot. Te aseguro que es en lo último que pienso.

—Eso lo dices ahora con la boca pequeña, pero ya verás cuando palpes la suavidad de su piel, la textura con la que ha sido fabricada, y eso sin querer desvelarte las centenares de funciones que puedes aplicar, lo sabe todo sobre sexualidad masculina, no te dejará indiferente, es un arma de seducción terapéutica fabricada para tu exclusivo placer, así que no pierdas la oportunidad de relajarte después de las tediosas clases con tus chicos, encima, por hologramas. ¡Menudo rollo! Hace veinte años aún íbamos a la escuela con profesores de verdad, con compañeros de nuestra edad de carne y hueso, y ¡la experiencia era estupenda! No sé qué tipo de pedagogía ha sido capaz de terminar con aquel modelo de vida. En el colegio no solo se iba a aprender matemáticas, sino a ser persona, a aprender habilidades sociales. Ahora los robots son los únicos dotados de

empatía, no te puedes imaginar lo desagradable que se ha vuelto la gente. —Siguió desahogándose a voluntad mientras sus ojos no perdían de vista las lujuriosas piernas de Vanesa, que se relamía los labios con verdadera lascivia, guiñándole un ojo de una manera absolutamente humana. Sátur acabó con la fuente de insectos y comenzó a atacar las patatas, al tiempo que Logan masticaba una galleta y analizaba sus palabras en silencio—. Ah, y otro detalle de Vanesa; carece de baterías. Sorprendente, ¿a que sí? A través de los poros de su piel, posee unos nanocircuitos que absorben la energía del sol, ¡es la leche!, por lo que se está cargando constantemente, siempre que no la mantengas a oscuras, claro, ja, ja, ja.

—¿Y no es un regalo un poco caro? No me malinterpretes, pero te has excedido. Podíamos haber quedado para cenar, y con que me invitaras al champán, bastaría, soy un amigo poco exigente. Por lo que mi instinto me dice que algo te traes entre manos, así que desembucha, que nos conocemos demasiado bien. —Logan focalizó su atención en la mirada perdida de Sátur, que no podía sostenerla, hasta que suspiró profundamente, dejó las patatas y se irguió en el sofá para comenzar su confesión.

—Si te soy sincero, he venido a despedirme. —Esta vez consiguió mantener su mirada. Iba a sincerarse con Logan, el amigo con el que había mantenido una duradera amistad a lo largo de los años, tal vez desde la adolescencia. Los últimos tiempos solo conseguían verse una tarde cada quince días, pero era suficiente. Los lazos de complicidad que les mantenían unidos eran muy sólidos, y no se rompían. Bastaba unos minutos de conversación, para volver a retomar el invisible hilo de inquebrantable amistad que les hacía sentirse privilegiados—. Me trasladan a Europa, es decir, la otra Europa…

—¡La luna de Júpiter! —Logan casi derrama su bebida por la moqueta. No podía acreditar lo que escuchaban sus oídos, pero la faz de Sátur, asombrosamente pálida, no reflejaba que le estuviese gastando una broma.

En el 2029 se iniciaron las primeras colonias estables en Marte, pero no fue hasta el 2038 cuando se llegó a Europa. El afán por extraer el helio-3, indispensable para la fusión nuclear, había llevado a la humanidad a construir varias bases permanentes de colonos. Europa había sido bombardeada durante millones de años por asteroides, que transportaban organismos congelados en su interior a temperaturas extremas. El océano oculto de agua líquida que albergaba bajo la superficie, permitía que una gran variedad de líquenes, de hongos y pequeños calamares, vivieran en condiciones adversas. Los humanos también conseguirían una adaptación a aquel medio; transformados en seres cibernéticos que mejorasen sus habilidades, se aceleraría el proceso para poder habitar aquel extraño lugar azotado por intensos y gélidos vientos procedentes de Júpiter. El objetivo sería el de siempre, colonizar el satélite de aguerridos y locos pioneros

empujados por la ambición de extraer las riquezas del subsuelo, algo tan valioso y lucrativo como el helio-3.

—Mi empresa requería la presencia allí de más biólogos para el mantenimiento y expansión de los invernaderos que alimentan a la colonia… dicen que de momento, es el último refugio de la especie humana, es decir, de los últimos y verdaderos humanos. La superficie de Europa es un manto blanco de hielo y nieve, pero las numerosas grutas permiten que en el interior haya mayor temperatura y más posibilidades de vida para nuestra especie.

—¿Y cuándo han planificado tu viaje?

—Se ha adelantado más de lo esperado. Será mañana. Así que, aunque reconozco que mi amistad es insustituible —y recalcó la última palabra—, te dejo la cariñosa compañía de Vanesa, para que te distraiga y caliente las noches de invierno y evites así la soledad. —Vanesa se dio por aludida y esbozó una sonrisa totalmente femenina, mientras se insinuaba desabrochándose un botón de su ajustada camisa dejando entrever sus abultados pechos.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Podrías negarte y buscar otro empleo, hay muchas empresas, Sátur, ¿por qué tú?

—Para serte sincero, en estos momentos me viene de perlas. —Nuevamente se acomodó en el sofá y perdió su vista en ensoñaciones de la infancia—. Me siento un inadaptado, porque no comprendo hacia dónde vamos, qué va a ser de nosotros. Cada vez somos más artificiales, como Vanesa, la tecnología nos está dominando. Dentro de poco la necesitaremos hasta para respirar… nos colocarán baterías para prescindir de nuestros corazones y poder trabajar hasta los doscientos años. Somos los «humanos transitorios», y qué quieres que te diga, te deseo mucha suerte con tus nobles proyectos, pero yo no concibo el mundo al que nos conducen las nuevas tecnologías, y eso que trato de quedarme con lo mejor, pero me siento desbordado, desbordado y cada vez más solo; por eso prefiero ir a trabajar y vivir en una pequeña colonia de dos mil individuos que prácticamente son humanos en su totalidad, que marchitarme aquí, sintiéndome cada vez más prescindible. A Europa la empiezan a llamar nuestro «último refugio», refugio de mineros, ingenieros, soñadores y aventureros.

—Siempre te gustaron las máquinas, pensé que las novedades tecnológicas te hacían más feliz a ti que a mí.

—Cierto, pero como te digo, estoy saturado. Deberás evitar que te saturen a ti también, y cuando temas su amenazadora dependencia, vengas a la nueva Europa, que te haremos un hueco con mucho cariño. Quién sabe, igual allí encontramos al amor de nuestra vida, en mi caso lo tengo fácil, porque hay más biólogas que biólogos trabajando en la colonia, por lo que me voy a revalorizar…

El resto de la tarde discurrió con aires nostálgicos, en los que ambos recordaron vivencias y anécdotas de su juventud, de sus historias de amor con deliciosas mujeres que despertaban la envidia de sus amigos, pero que al final, quedaron en nada. Aventuras fugaces y efímeras con final amargo que recordarían para su desgracia a lo largo de sus vidas. Ambos vivían solteros, cansados de buscar amor, y por ello la existencia de Vanesa para Logan suponía reconocer y certificar un fracaso, el resultado de una derrota. Sus relaciones con mujeres humanas habían terminado bastante mal, y algo en su interior se rebelaba con verdadera rabia.

Las sombras se adueñaron del ambiente cuando Sátur abandonó su casa. Ambos amigos se fundieron en un prolongado abrazo, sabedores de la enorme distancia que iba a separarlos a partir de aquel momento.

Logan se quedó solo, con la mirada perdida en el pasado y siendo consciente de que debía aprender a digerir la pérdida de un amigo como Sátur; pero una extraña sensación enturbiaba sus pensamientos. Su intuición le decía que Sátur no le había contado todo, que «algo» le había empujado a marcharse tan lejos, «algo» que no se había atrevido a revelar ni a su gran amigo de la infancia… sea como fuere, se frotó las sienes y se quedó mirando fijamente a Vanesa sin saber qué decisión tomar. Se trataba de un regalo, pero su función determinada suponía un obstáculo para la estresada vida que iba a llevar. Natalia y Vanesa le observaban expectantes, esperando sus órdenes, sin el menor atisbo de celos. Vanesa por lo menos le devolvía la sonrisa y cruzaba las piernas cada dos minutos, una forma poco sutil de captar su atención. Se aproximó a ella y mirando de reojo a Natalia, decidió llevar a cabo una de sus tretas.

—Vamos a ver, Vanesita, quiero que me respondas a esta cuestión. —Logan giró la cabeza y guiñó un ojo a Natalia, que captó e interpretó el significado de aquel gesto—. Escucha atentamente: «La silueta del caballo trota salvaje recortada por la luna». —Vanesa seguía expectante esperando la pregunta, sin comprender el significado de aquella frase. Él continuó—. «La luminosidad de nuestro hermoso astro adquiere tonalidades turquesas, y su atrayente bruñido…» —Vanesa se desabrochó un nuevo botón de la camisa y siguió contemplándole sin comprender aún cuál era la pregunta —. Bueno, Vanesita, he decidido que hoy duermes en el sótano.

CAPÍTULO 5
LA MISIÓN DE JIA

Lo que en un principio había sido un luminoso punto brillante de la superficie, había aumentado de tamaño en pocos segundos. El puerto de mar intercontinental de Barcelona se hallaba abarrotado de aviones. El tráfico era intenso y parecía un milagro que no hubiera accidentes, enormes aeroplanos emergían de las aguas despegando a una vertiginosa velocidad al tiempo que otros planeaban a escasos kilómetros. Un espectacular baile de luces parpadeantes que procedían de múltiples lugares y que se elevaban a las alturas en muy pocos instantes.

Jia se resignó a adaptarse al nuevo horario, y evidenció que se había perdido un día de sueño con el primer bostezo prolongado que fue incapaz de abortar. Su avión desplegó los colchones de aire y amerizaron suavemente en las cálidas aguas del Mediterráneo. Se deshizo del chicle cuando comprobó que la presión había descendido a los niveles habituales, y que sus oídos habían recuperado su estado natural; suspiró y relajó sus entumecidos miembros. Había sido una escasa hora de vuelo, pero la excesiva velocidad abotargaba su organismo y revolvía sus tripas.

Detenido el avión, se irguió y comenzó a caminar desorientada en dirección a la salida. Un tropel de pasajeros comenzó a caminar torpemente por el estrecho pasillo del avión, abandonando sus agobiantes cabinas para abalanzarse al exterior. El centenar de cápsulas de cristal que rodeaban al enorme aparato, les dirigirían a la orilla, como un archipiélago de diminutas islas artificiales cuyo resplandor dañaba la retina. El olor a sal y el suave oleaje le sumieron en una breve contemplación, interrumpida por la insistente invitación de una azafata cibernética a tomar asiento. Una de las cápsulas se detuvo a su lado y le condujo a ella y a una decena de viajeros a las dársenas del puerto, en un breve viaje de apenas unos minutos en los que se dedicaron a admirar el mar y el vuelo de las gaviotas impulsadas por la corriente.

Una vez alcanzada la costa, caminaron unos metros en fila india sin salir de un pasillo perfectamente delimitado por los ojos vigilantes de nanodrones, que volaban acechándoles a la altura de sus rostros. Accedían

a sus dispositivos biométricos para realizar los exigentes análisis genéticos, y si alguno portaba algún peligroso virus, se verían todos obligados a regresar al avión.

Así llegaron a la cinta deslizante, donde nuevamente tomaron asiento y dejaron que les trasladara a la estación. Allí por fin pudieron pasear esperando pacientemente la llegada de su equipaje. Mientras tanto, otra microcámara volante iba haciendo su trabajo, fotoescaneando el rostro de todos y cada uno de los presentes, identificándolos, verificando que no se tratase de posibles sospechosos. Se detuvo unos instantes delante de Jia, escrutando el movimiento inconsciente de sus pupilas y acto seguido, continuó avanzando por el resto de viajeros, turistas y comerciantes asiáticos en su mayoría. Ella rogó a los dioses que las lentillas con simulador de córnea no le traicionasen y descubrieran su verdadera identidad. La microcámara volante se fue alejando perezosamente, por lo que Jia recogió su equipaje intentando disimular su nerviosismo y salió de la estación. Estaba deseando que el aire fresco le recordase que se encontraba libre, en contacto con la naturaleza. Aspiró el intenso olor a sal, y sus efectos relajantes permitieron que sus pulmones se expandieran. Una anestesiante sensación la embargó durante unos instantes, con la vista atrapada en el mar. La ciudad se perdía en el horizonte con una ligera pendiente, en un universo de luces titilantes que oscurecían las estrellas de aquel amanecer. Casi no pudo ni disfrutar de esos minutos de albedrío, porque un ser sintético de segunda generación, vestido con riguroso traje negro y pintas de ejecutivo trasnochado del siglo XX, se presentó ante ella, con el gesto manifiestamente artificial. Jia desdeñó su mirada y simplemente esperó que le soltase su perorata. No conocía sus intenciones, bien podría tratarse de un conductor de taxi o de un mensajero enviado por su contacto en el Sur de Europa.

—Señorita Jia Li, le invito a que me acompañe al hotel. Allí le espera su amigo. Mi nombre es Joan. Y el ocaso de las sombras es prolongado. —Desde luego su movimiento antitranshumanista vivía sumido en un mar de contradicciones. Nada menos que un simple robot era quien le informaba. Le hablaba con esa voz sintética, profundamente espuria, pero con un notable acento cantonés, con un conocimiento de su lengua materna más que envidiable. Era un robot, una simple y decepcionante máquina, pero al menos no se trataba de un humano cibernético… sería cuestión de tiempo. La última frase se trataba de la contraseña, y ella debía responder para autentificar su identidad.

—La noche genera contornos espeluznantes. —Esta vez sí miró con el semblante altivo a los ojos del tal Joan, que estaba verificando en sus circuitos eléctricos que la respuesta era satisfactoria. Jia debía reconocer que usar una máquina era la mejor forma de pasar desapercibidos. Nadie esperaría que un movimiento disidente las emplease, se suponía que

contradecía su ideario.

—Por favor, señorita, ¿puede acompañarme?

—Claro, tú primero —contestó con voz pesarosa y sin dejar de contemplar el horizonte, con el sol a punto de aparecer, formando un rico conglomerado de vivos colores que dotaban al paisaje de un aire misterioso y atractivo. Suspiró para sus adentros y siguió al ser sintético que le llevó a un confortable vehículo, y como una contradicción más, también le conducía a su incierto destino, a la incertidumbre más absoluta.

El vehículo discurrió por diferentes calles a gran velocidad, y junto al asiento de Jia, una pequeña pantalla holográfica le iba informando de las noticias que discurrían en la vieja Europa. Hablaban de un tema local que captó su atención: el intento de atentado terrorista por parte de un curioso grupo que se hacían llamar los «puristas», y que habían intentado hacer volar por los aires una fábrica de repuestos cibernéticos muy cerca de Barcelona. En las oscilantes imágenes emitidas en directo, varios robots policía reducían sin la menor compasión a los disidentes, unos cinco o seis, pudo calcular Jia. Uno de ellos intentaba huir y era acribillado a balazos que acababan con su vida en el acto, lo que detenía a sus compañeros entre desgarradores gritos. Algunas gotas de sangre salpicaban la imagen, dándole a la escena el realismo necesario que incrementaba la anhelada audiencia. Jia ensombreció su rostro. ¿Sería aquello el cebo dispuesto para que su presencia pasase desapercibida? Seguramente sabían que algo iba a suceder, y aquella torpe acción terrorista despistase la pista de su llegada, tal vez porque ella estaba destinada a una «operación» más trascendente para su movimiento. Jia suspiró y evitó seguir viendo las imágenes. Cortó la emisión y volvió a abstraerse contemplando la ciudad.

Disfrutó del ambiente matutino, del despertar de una urbe que con sus construcciones clásicas modernistas, mostraba su mejor cara. El vehículo se detuvo muy cerca del centro y del barrio gótico, junto a un edificio en muy mal estado, degradado y sucio, en el Portal del Ángel. Descendió a la calle y una bocanada de aire fresco la envolvió. A lo lejos, el disco solar le daba los buenos días envueltos en una espectral neblina. La brisa marina empujaba partículas de polvo, y un desagradable olor le recordó la decadencia de aquella parte del mundo. Las polvorientas aceras mostraban la dejadez de su civilización, y el aspecto embarrado de la empedrada calle la terminó por decepcionar.

Ambos entraron en el recibidor de un edificio, y un fuerte hedor a humedad le produjo a Jia un cierto desasosiego. Un rudimentario ascensor de finales del siglo XX no era lo único que recordaba a la época anterior a la llegada de los robots. Varios cuadros surrealistas colgados en la pared, un pequeño espejo con sus marcos neoclásicos, y un cartel en la misma puerta del ascensor anunciando que estaba averiado, retrotrajeron a Jia al pasado, antes de que los robots se volviesen imprescindibles en las vidas de

los humanos. Tanto, que hasta los humanos estaban dispuestos a volverse máquinas para superarse a sí mismos y mantenerse a la altura de las circunstancias.

—Me temo que tendremos que usar las escaleras, señorita. Es un tercero, no se apure. —Joan abrió el camino llevando las maletas con ambas manos, subiendo los peldaños de dos en dos, sin sufrir lo más mínimo por el esfuerzo. Ella paró en cada descansillo para secarse la frente, la concentrada humedad era muy diferente a la acostumbrada en Macao, por lo que resopló constatando que acostumbrarse a aquella atmósfera no le sería fácil.

Por fin llegaron a su destino y Joan se detuvo ante la puerta. Jia casi pierde los estribos al comprobar que esta no se abría, y que no había ningún lector electrónico por ninguna parte. Joan pulsó un interruptor y un estremecedor pitido anunció su llegada. Como sucedía en Macao cuando Jia era niña, parecía mentira que en alguna parte del mundo aún usaran un sistema tan antiguo y rudimentario.

Inmersa en estos pensamientos, la puerta por fin se abrió. Un hombre con una amplia sonrisa y párpados hinchados, la recibió como si la conociese de toda la vida.

—¡Bienvenida a Iberia, joven Jia! —Se trataba de un hombre de unos sesenta años, con el cabello canoso y engominado y vestido con un traje gris elegante. La invitó a pasar mientras cerraba la puerta tras de sí, con sus propias manos. Otro detalle que recordó a Jia a las casas de su infancia —. Mi nombre es Ciprià, pase por favor. Ahora Joan nos traerá unos refrigerios y mi traductor de cantonés, para que podamos entendernos mejor.

—No se moleste, hablo español correctamente, lo he estudiado durante muchos años. —Jia sonrió satisfecha a aquel sorprendido hombre, seguro que era la primera vez que se encontraba a una asiática que se dirigía a él en su propio idioma.

Se dirigieron a una salita de estar donde ningún elemento recordaba al mundo electrónico en el que se encontraban inmersos. Un reloj de cuco adornaba la pared, y una clásica lámpara de araña, le recordó a Jia el cine en blanco y negro de mediados del siglo XX. Varios armarios mostraban unos estantes repletos de libros de papel, todo un lujo histórico, y el sofá, no era más que una estructura de madera forrada con tela y acolchada en los apoyabrazos y espalda. Unos almohadones garantizaban el descanso de la cabeza, donde descansó la suya y sintió una incipiente sensación de paz, incipiente porque no podía despistarse ni olvidar la razón por la que estaba allí. La amplia habitación definía sus límites con ángulos y esquinas, parecía formada por paredes. Jia recordó sus múltiples visitas a los museos, y aquel entorno le resultó familiar, igual que ellos. Unas amplias cortinas impedían vislumbrar el exterior de las ventanas, y la luz apenas

penetraba. Todo respiraba un ambiente de decadencia y antigüedad, se sintió desplazada en el tiempo por una fuerza invisible que arrebataba su memoria y absorbía sus energías; como si viajase al pasado, a una época en la que los humanos eran los dueños absolutos del mundo, sin oposición alguna.

—Deseo que se encuentre como en su casa, aquí nos trae Joan unas refrescantes bebidas energéticas con mucho hielo. ¿Qué tal el viaje?

—Bueno, digamos que ya he llegado. No me gusta volar y pensé que me detendrían apenas pusiera un pie en tierra firme, así que ahora, Ciprià, necesito saber el objeto de mi misión. —Jia se incorporó y bebiendo unos sorbos del zumo, interrogó a su interlocutor—. ¿Para qué se supone que estoy aquí?

—Ya veo que los asiáticos sois directos en todos los asuntos… pues no perdamos más el tiempo. Es para mí un honor contar con su apoyo en esta importante misión. Vamos a ver… —Con sus torpes manos, agarró lo que parecía ser un mando a distancia, con el que activó la pantalla de una televisión de plasma incrustada en la pared. Parecía mentira que aún se tuviera que encender de manera manual. Al instante, apareció el rostro de un hombre que le resultó familiar a Jia—. Este individuo reside a tan solo seiscientos kilómetros de aquí. Su nombre es Logan y es uno de sus profesores de Antropología, como imagino que ya habrá comprobado.

Una mueca de Jia confirmó a Ciprià que efectivamente lo reconocía.

»Ya sabemos de su fructífera discusión con él, ha sido muy comentada por sus inteligentes y convincentes argumentos, y el silencio del profesor nos permitió entrever que cuestionaba sus propias creencias. Usted consiguió que se replanteara los dilemas éticos que encierra el proyecto para el que va a empezar a colaborar. Sabemos que está al tanto de que es uno de los miembros elegidos para elaborar la Ley Orgánica de Identidades Múltiples. Pues bien. —La imagen fue mostrando algunas escenas de Logan paseando por lo que parecían las oficinas de un edificio público, tal vez una Universidad. Ciprià dejó el mando a distancia y giró su cabeza mirando circunspecto a los ojos de Jia—. Debes reunirte con él para ganarte su confianza, hasta el nivel que consideres necesario. Debes persuadirle para que no continúe con la dichosa ley. Plantearle dudas, objeciones, que retrase el proyecto o que desista de él, o mejor aún, que acabe siendo contrario al mismo. Este hombre es un antropólogo, un humanista, conoce los recelos y disyuntivas éticas que despierta y encierra este proyecto, podría cuestionar sus objetivos y aunque no acabase en nuestras filas, por lo menos, que se mostrase crítico con los fanáticos transhumanistas, ponerles trabas… Jia, su trabajo en esta misión es muy importante, va a consistir en dilatar la entrada en vigor de esa puñetera ley. Después de estudiar todas las opciones, somos contrarios a matar a los miembros que colaborarán en su elaboración. No podríamos matarlos a

todos, alertarían a las autoridades, si no lo están ya, y la sociedad se posicionaría a su favor; con la violencia solo aceleraríamos la transición, debemos ser más sutiles y suspicaces. Hay otras formas de lograr nuestros objetivos.

—Decisión a la que se podía haber llegado antes de matar al profesor de genética alemán —repuso ella.

—Le aseguro, Jia, que desconozco quién ordenó su ejecución, hasta el momento se ha atribuido el acto un pintoresco grupo bioludita, y las fuerzas de seguridad dan credibilidad a ese extremo. Con la investigación abierta, gozamos de algo de tiempo para actuar. Su misión es más inteligente y compleja.

—¿Y por qué yo? ¿Solo porque soy alumna suya?

—Logan es un hombre taciturno y de costumbres sencillas, que no ha tomado neurofármacos en su vida. Ha tenido varias relaciones con mujeres chinas mucho más jóvenes que él, más o menos de la misma edad que usted, lo que expresa su falta de madurez en asuntos sentimentales y sus dificultades para manejar las emociones. Sus historias de amor han resultado ser un estrepitoso fracaso, y ahora se encuentra solo. Y se lo puedo demostrar: hemos rastreado detenidamente las órdenes recibidas por su robot doméstico particular, una tal Natalia. —Ciprià manipuló su mando a distancia buscando entre los canales algo que parecía decidido a que viese ella—. Ha resultado ser muy simple, se trata de un modelo fabricado hace unos cinco años, fácil de monitorear y que carece de mecanismos de seguridad para bloquear nuestros rastreos. Realmente, este hombre no se imagina que pueda ser objeto de atención por parte de nadie, se trata de una persona en apariencia muy ingenua. Y hemos comprobado que usted aparece en varios momentos.

A través del mando a distancia, se mostraron imágenes del rostro de Jia. Fotos de su entrada a la universidad cuando comenzó Biología y Bioética, y las últimas, en Antropología. Una y otra vez, de manera insistente.

—¿Por qué se encuentra tan interesado en mí? Tal vez solo se trate de indagar cómo son sus alumnos, un acto inocente, dudo mucho que sospeche de mi activismo. —Estupefacta, Jia buscó la mirada de Ciprià, que con una amplia sonrisa y un perverso brillo de ojos, le respondió.

—Como decimos en nuestra tierra, «no nací ayer». Irá a su ciudad mañana mismo y se presentará en su casa inventándose cualquier excusa, que está de vacaciones, que estaba intrigada por algunos aspectos de la carrera… el domicilio aparece en su ficha al alcance de cualquiera, y a partir de ahí, tómese las licencias que creas oportunas, y por favor, no olvide que el tiempo apremia.

—¿Y si él no me recibe? O si se muestra reacio… o si no consigo ligármelo… —Hubiese preferido omitir aquel término, pero en definitiva,

sabía que de eso se trataba.

—Bueno, en el hipotético caso de que fracase, ya sabe que un patoso profesor de Antropología puede sufrir un accidente mortal. Todos sabemos lo despistados que son los intelectuales —Se rio frívolamente—. Puede tropezar cayendo por las escaleras, sufrir un atropello en las peligrosas carreteras de su ciudad… por eso sabemos que su misión será un éxito. Los asiáticos conseguís todo lo que os proponéis, al fin y al cabo dirigís y domináis el mundo. —El tono de Ciprià se volvió acusador, como si ella fuera la culpable de que China se hubiese convertido en el centro neurálgico del poder, no en vano, China significa «el centro del mundo». Pero enseguida se relajó para suavizar las siguientes palabras.

»Ahora se trata de que este hombre se vuelva loco por usted, que use sus armas de mujer para que al final, se rinda ante su belleza y se vuelva un acólito defensor del humanismo tradicional. —Jia se mantuvo en silencio, reflexionando detenidamente sobre su inesperada misión—. En definitiva, y aunque le pueda parecer una misión indigna, siempre es mejor que recibir una orden de ejecución.

—En eso coincidimos, me horrorizaba pensar que mi destino pudiera ser matar a alguien —se frotó los ojos y suspiró—. Ahora si no le importa me encantaría descansar, estoy exhausta por el viaje y el cambio horario, y por la noche me agradaría pasear por la ciudad…

—Lo siento, hay toque de queda. La delincuencia es horrible, no tendría ninguna oportunidad siendo asiática, debe ser consciente de lo valiosa que es para nosotros. Esto es el Sur de Europa, no China. Aquí la gente mata por un puñado de monedas… y sí, no ponga esa cara, aquí aún se usa el dinero en metálico, a la antigua usanza. Recibirá una buena cantidad de monedas y billetes para cumplir su misión, pero por su seguridad es mejor que no salga de esta casa, lo lamento mucho. Ahora Joan le llevará a sus aposentos para que descanse.

Jia se dejó caer en la cama. Hacía años que no descansaba en un lecho como aquel, se trataba de un rudimentario colchón viscoelástico, y sobre él, una sencilla manta. Toda una reliquia recuperada del pasado. Dudó si se trataba de una manía de Ciprià, o realmente vivían así las gentes del sur de Europa. En el exterior, a través de una diminuta ventana abierta, escuchó gritos de alguien que pedía ayuda y varios sonidos de ambulancias o coches de policía. Se sobrecogió y decidió que no era mala idea descansar lo que restaba de día en aquella habitación. Se concentró en su misión, que no le disgustaba después de todo… Cerró los ojos para visualizar la atónita mirada de Logan cuando discutían sobre transhumanismo. Él no podía creerse su atrevimiento en aquella primera clase. Aquella tarde sería su segunda, y ella no asistiría, echaría de menos

la cara que pondría el ingenuo profesor buscándola entre el mar de hologramas. Jia esgrimió una sonrisa y planeó su actuación de los próximos días. Conquistar el corazón de un hombre no era difícil, y más cuando sabía que se encontraba «interesado» de alguna manera en ella. Pero su sonrisa se oscureció cuando valoró la posibilidad de fallar. Rechazó aquellos lúgubres presagios, no quería que muriera nadie, así que de ninguna forma se podía permitir el lujo de fracasar. Jamás se lo perdonaría, no podría vivir con los remordimientos de conciencia que le golpearían para siempre.

Cerró los ojos sabiendo que en aquella habitación se encontraba a salvo y segura, aunque su instinto le recordara que se trataba de una celda, y que la misión encomendada cortaba de un tajo sus derechos y libertades; su vida y su destino se hallaban en manos de una organización, como el de la humanidad, en poder de la tecnología.

Cuando consiguió conciliar el sueño, una asfixiante pesadilla le devolvió a la infancia la terrible imagen de gigantescas arañas que la perseguían por un túnel, por un oscuro y estrecho túnel abovedado por donde no había escapatoria y sus pasos vacilantes tropezaban en el fangoso suelo. Arañas temibles abriendo sus fauces, aproximándose peligrosamente a ella. Sentía sus patas golpeando con fuerza su espalda, sacudiéndola como a un vulgar muñeco de trapo, desgarrando su camisa y su piel. Las piernas dejaban de responderla y caía sobre el barro esperando el final, cerrando los ojos para ser devorada por aquellos enormes bichos. El roce de las puntiagudas patas de la araña era áspero y reseco, como la lengua de un gato, y su hedor se hacía latente invadiendo sus fosas nasales, penetrando en sus pulmones, mientras se hundía en aquella ciénaga inundada de agua y barro. Pero no sucedía nada, y la pesadilla terminaba de manera repentina e inexplicable.

Cuando despertó, comprendió que era el insoportable tejido de las mantas el que la había abocado a aquella pesadilla.

CAPÍTULO 6
LOGAN

Logan vio encenderse una decena de hologramas a su alrededor. Los fuertes resplandores de luz hirieron su retina a aquellas horas de la mañana, pero resignado, se frotó las sienes, cerró los ojos unos instantes y los volvió a abrir. Se encontraba sentado en su despacho, y a su alrededor, los juveniles rostros de los estudiantes aguardaban el inicio de una nueva clase de Antropología de la Identidad. Echó un vistazo general a aquella heterogénea aula multinacional, a la vez que les saludaba con un ligero vaivén de su cabeza. Suspiró aliviado al comprobar que no se encontraba Jia Li. Observó atentamente, pero no la vio por ninguna parte. Nadie había activado el sensor desde Macao. Por lo menos hoy no le pondrían en aprietos, porque si alguien podía hacerlo, sería ella. Lamentó su ausencia pero el trabajo era lo más importante, y aquella joven podía desviar su atención y conseguir que acabara con la mente en blanco. Los estudiantes comenzaron a saludarse entre ellos, dirigiéndose a Logan para felicitarle por la «controvertida» clase anterior. Un gran porcentaje de estudiantes procedía del sudeste asiático, donde era costumbre reverenciar al maestro y elogiarle por su anterior exposición, actitud poco corriente en el decadente occidente.

—Buenos días a todos. Bienvenidos a esta nueva clase y gracias por volver a incorporaros, es un placer tenerlos presentes. Nuestra disciplina nos va a conducir hoy por terrenos muy próximos, como es el de la familia y su sentido y significado para nuestra especie. —Sin más preliminares, se incorporó y paseó por su despacho, le resultaba más cómodo que mantenerse sentado. Los hologramas se movían siguiendo sus pasos, colocándose en frente suya—. El objetivo de la familia para la especie humana, ha sido siempre una estructura funcional, y su función y objeto, evidentemente, es y ha sido siempre, económica. Habrá otros factores, pero el primordial, y en esto estamos de acuerdo todos los investigadores, es el económico. Para los pueblos cazadores y recolectores del neolítico, se trataba de algo tan simple como ceder una mujer de su grupo a otro ajeno y diferente, y que estos hicieran lo propio, de esta forma y con el

intercambio de mujeres, evitaban el incesto y la endogamia; se mezclaban y mantenían el *statu quo* económico. Así lograban sobrevivir un poco más de tiempo, porque eso era lo que daba sentido a sus vidas, sobrevivir, ser cada vez más numerosos, reproducirse y no morir.

Giró su cabeza hacia la derecha, y se dirigió a los hologramas que mostraban un grupo de estudiantes árabes.

»Las mujeres eran principalmente recolectoras y se encargaban de cuidar a los ancianos, niños y enfermos, entre otras muchas labores. Los varones se especializaron a lo largo de los siglos en la caza, que aunque formaba una parte ínfima de su alimento, era un trabajo de mayor prestigio social. Y si avanzamos en el tiempo —Volvió a sentarse cómodamente, alzando la vista para contemplar que efectivamente le seguían con la mirada—, cuando los portugueses llegaron a la India, les llamó poderosamente la atención la política de parentesco de algunos pueblos y su manera de comprender la familia. En algunas etnias aisladas, como la casta de los Nayar, el matrimonio se realizaba entre un hermano con su hermana. Así, los padres, que a su vez también eran hermanos, no se veían obligados a repartir las tierras. Era una cuestión económica. Ambos hermanos no practicaban el incesto, sino que procreaban libremente con quien deseaban. El sexo era libre y abierto, pero el marido y hermano, no era responsable de sus hijos biológicos, fruto de numerables escarceos sexuales, sino que se consideraba padre y asumía aquel rol, sobre los hijos de su hermana. Ella había disfrutado de relaciones con otros hombres, pero el padre de las criaturas sería su hermano. Se mantenían las riquezas dentro del seno familiar, aunque el verdadero problema surgía cuando el varón era el único vástago masculino, y debía mantener una numerosa prole con sus muchas hermanas —se produjeron algunas risas contenidas, los estudiantes parecían escuchar con suma atención e interés.

»Curioso, la familia y el matrimonio, instituciones culturales más allá de lo biológico y siempre respondiendo a una cuestión económica, casi nunca ha sido producto del amor… el mito de Romeo y Julieta se ha dado en escasísimas circunstancias, solo cuando la cuestión económica deja de ser una prioridad, porque todos pueden mantenerse en un ambiente de igualdad laboral, entonces, rota ya su función originaria, se desvanece el sentido de familia o matrimonio y se abre a múltiples posibilidades, resquebrajándose la rigidez mantenida durante siglos, dejando la puerta abierta a la movilidad de clases sociales o a las relaciones homosexuales, por ejemplo, muy extendidas entre todos los seres vivos; sin esa funcionalidad económica ya no existe ninguna razón para prohibirlas, como sucedió hasta finales del siglo XX. —Los alumnos se asombraron, desconocían que hubiese habido un tiempo en que este tipo de orientaciones sexuales estuvieran reprimidas—. Y mi país, quiero recordar, fue uno de los primeros en conceder la igualdad de derechos, un motivo

más de orgullo y que supongo que también desconocerán.

Natalia entró en la sala para depositar sobre la mesa una taza de café con leche. Pareció querer insinuarle algo, pero no pudo. Logan estaba concentrado hablando sin parar, y no le prestó la menor atención. Natalia abandonó la sala sin poder advertirle. Logan continuó atento con su exposición, satisfecho y sorprendido por el extraordinario interés que le estaba mostrando aquel nutrido grupo de alumnos. Ese día todo estaba saliendo de maravilla y tampoco se encontraba el alumno vehemente que apoyó a Jia Li la clase anterior. Todo era pura armonía, como se esperaba que fuese una rutinaria jornada universitaria.

Volvió a levantarse para minutos después, regresar a su cómoda silla y beber pequeños sorbos del espumoso y aromático café. No había preguntas, los alumnos no paraban de anotar en sus agendas electrónicas sus palabras… pero fue entonces cuando detectó movimientos extraños entre los más avispados. Contempló miradas furtivas entre algunos de ellos; no sin picardía, se cruzaban la vista instantáneamente, acompañadas de controladas y disimuladas risas, lo que le resultó particularmente incómodo. Sin comprender la causa de semejante revuelo, se puso en pie para llamarles la atención, cuando escuchó unos sutiles suspiros a su espalda. Se volvió repentinamente y se encontró, de sopetón, a Vanesa, acomodada en su sofá, con las piernas separadas, emitiendo lascivos gemidos mientras se chupaba los dedos y se acariciaba por todo su cuerpo. Logan se quedó mudo y paralizado. Su instinto solo le ayudó a reaccionar desconectando el sistema holográfico ¡Acababa de hacer el mayor de los ridículos delante de todos sus alumnos! Confirmó que ningún holograma se mantenía abierto, y ciego de cólera, por fin pudo abrir la boca.

—¡Pero qué te has creído! ¡Qué haces en mi despacho! ¡Vete inmediatamente de aquí! —Logan levantó el puño con la peor de las intenciones, y ante su asombro, Vanesa se marchó tranquilamente por la puerta moviendo lujuriosamente las caderas, y enseñando un descarado liguero de uno de sus muslos. Y justo antes de desaparecer de su vista, giró su cabeza para mandarle un beso—. ¿Será posible? ¡No vuelvas a entrar jamás en este despacho! ¡Te lo prohíbo!

—He intentado advertirle de su presencia, pero se encontraba tan concentrado con la clase… no pensé que apareciera ella por la pantalla. —Natalia acudió ante Logan en actitud curiosamente comprensiva, tanto, que le resultó casi humana.

—¡Podías haber insistido más, Natalia! ¿No ves en qué serio aprieto me ha puesto esta máquina? Ahora retírate y llévate el puñetero café. —Logan se dejó caer en el sofá, donde segundos antes había estado Vanesa, justo detrás de su silla y a la vista de todos los hologramas… se cubrió el rostro con las manos y lamentó la embarazosa situación en la que Vanesa le había colocado. Había suspendido una clase de la manera más abrupta, y todos

rebobinarían para comprobar que no se trataba de un fallo del holoterminal, sino que él mismo había desactivado el programa con sus propias manos. Todo el mundo universitario sabría ya que daba las clases con un robot sexual personal… volvió a cerrar los ojos sin saber cómo reaccionar, deseando encontrarse a miles de kilómetros de aquel lugar, anhelando poder retroceder en el tiempo para que aquello no hubiera sucedido nunca. Debía volver a conectar el sistema, pedir disculpas y continuar la clase… sintió cómo le temblaban los dedos al aproximarlos y pulsar el programa.

Y no pudo.

Se levantó y decidió que se disculparía otro día. Comenzó a caminar por el pasillo de su casa nervioso, sin saber qué decisión tomar con Vanesa, regalo de su buen amigo Sátur, pero que no debía ponerle en circunstancias tan comprometidas. Eso era lo fundamental, evitar situaciones ridículas como aquella; no lo podía consentir, era intolerable.

Siguió paseando incapaz de tomar una decisión, dando vueltas absurdas por la casa y cubriéndose el rostro. Fue entonces cuando Natalia se dirigió ante él con el semblante alegre, «sospechosamente» humano.

—Logan, tengo una buena noticia que darte.

—Me sorprende que puedas discernir el tipo de noticias que recibo, no sabes cuánto lo agradezco en momentos como este. Antes me voy a sentar, estoy avergonzado.

—Aunque no tengo capacidad para discernir las implicaciones afectivas de los recados que te entrego, sí poseo la experiencia para saber si te van a gustar o no. Ha recibido un mensaje escueto, muy conciso, de una alumna que solicita reunirse contigo mañana mismo.

—¿Y consideras que eso es una buena noticia? —Se puso en pie, nuevamente exaltado, pensando en una posible queja del alumnado por la falta de respeto, o peor aún, alguna denuncia expresa por mostrar a Vanesa en actitud tan erótica.

—Para su tranquilidad, el mensaje ha sido enviado antes de la clase de hoy. Se trata de Jia Li, la alumna por la que mostró interés el otro día. Se encuentra en Europa de viaje turístico y desea aprovechar su estancia para citarse con usted.

—¡¿De viaje turístico por Europa?! Le gustarán las ruinas, claro, aún quedan románticos. Uf, y por lo tanto aún no está al corriente de lo sucedido hoy… podría aprovechar para transmitirle mi versión de los hechos y defenderme, pedirle disculpas y ofrecer garantías de que no se va a volver a repetir. —Nuevamente se echó las manos al rostro y se frotó los ojos—. Claro, que no sé si me creerá alguien. Natalia, te aseguro que me encuentro en una auténtica encerrona, ¿qué harías en mi lugar?

—Percibo la tensión en su sistema nervioso, y un estado de ansiedad generalizado por su incapacidad de adaptación a situaciones complejas…

—Gracias, Natalia, pero esa no era la respuesta que necesitaba escuchar. —La interrumpió sabiendo que ella había comprendido perfectamente su necesidad imperiosa de respuesta.

—…no debería ni dudar un segundo en citarse con ella y olvidar el día de hoy. Le vendría muy bien.

—Muéstrame otra vez su foto, la que le realizó la otra joven, aquella que me comentaste que había muerto en extrañas circunstancias no esclarecidas y que se llamaba Ely. Por lo menos me relajará.

Se volvió a levantar y observó en silencio la mirada perdida de Jia, sus mejillas levemente sonrosadas y los rasgados ojos profundamente comunicativos. Parecían hablarle a él.

—Ahora atraviesa una fase emocional de ensimismamiento que permitirá distender sus músculos y pensamientos. Siga admirando la foto, la contemplación es un acto humano muy reconfortante y positivo.

—Pero cuánto hablas, Natalia… debería desconectar tu sistema fónico para lograr un mínimo de paz. Qué hermosos ojos tiene Jia, son como el reflejo de un manantial de aguas cristalinas. —Sin dejar de mirar la foto de Jia cambió de tema—. Y la siguiente pregunta que quería hacerte, es ¿qué hacemos con Vanesa? ¿Nos deshacemos de ella? ¿La amordazamos en el sótano? ¿La desmontamos pieza a pieza y la reciclamos para máquinas de limpieza?

CAPÍTULO 7
EL GRAN ZEUS

La vitrina de metacrilato se encontraba llena de agua y muchas burbujas escapaban despedidas hasta la superficie; burbujas de luminosos colores que emergían para disolverse y morir. Algunas diminutas esferas radiaban una fogosa luz que flotaba por la sala, capturando ondas hertzianas humanas a varios kilómetros a la redonda con sus nanosensores inteligentes; con ellos conseguían interpretar pensamientos producidos por la especie humana.

En el centro de la enigmática vitrina, se encontraba Zeus. El gran Zeus.

No era más que una caja rectangular de un material metálico de pequeño tamaño, pero vigilado por numerosos robots de material sintético de última generación; las mejores novedades del mercado, capaces de reproducir con increíble fidelidad el comportamiento humano, sus millones de gestos y expresiones, con todas sus contradicciones y facetas. Zeus estaba dotado de abundantes sensores y receptores, simulando todas las sinapsis de un cerebro humano, con programas agregados para poseer facultades superiores a cualquier ser vivo. Estaba claro que Zeus era un «cerebro mejorado», un diseño inteligente al más alto nivel, producido por las mentes más prodigiosas, seguramente por seres cibernéticos con un desarrollo intelectual increíble y los mejores robots dedicados a la investigación.

Pero el gran Zeus era mucho más.

Había sido construido hacía millones de años, y su ductilidad y maleabilidad le permitían adquirir la caprichosa forma que deseara.

Una lucecita parpadeante en uno de sus extremos, indicada que se encontraba con decenas de comunicaciones abiertas a un mismo tiempo. Sus algoritmos trabajaban incansablemente, podía llevar a cabo una ingente multitud de asuntos a la vez con una inigualable eficiencia, algo impensable en un cerebro humano o en el de cualquier inteligencia artificial.

—Efectivamente, Zeus. Según lo previsto, la joven humana se halla en el Sur de Europa, y mañana se producirá el encuentro. Todo va según lo

previsto. Los humanos muestran un comportamiento netamente previsible y racional.

—Debemos seguir atentos a sus movimientos y no infravalorar la capacidad que poseen de sorprendernos con sus extravagantes decisiones. Estamos acostumbrados a verlos actuar motivados por decisiones irreflexivas y caprichosas que no se corresponden a una lógica. La mayor parte de sus decisiones diarias, las toman motivados y alentados por impulsos sentimentales y emocionales, y no por la razón. Ante todo, que tengan total libertad de acción, que no se sientan presionados por nada. Facilitemos la evolución de los acontecimientos y que se produzcan en ambos una segregación desbordante de dopamina. Que sirvan, sin saberlo, a nuestros intereses.

—De acuerdo, gran Zeus. Le mantendré informado de todos los pormenores de la cita de mañana.

—Se está consumiendo el tiempo. Cada vez queda menos, debemos acelerar el proceso, porque muy pronto recuperaréis la conciencia a la vez que ellos pierdan la voluntad.

—Sí, gran Zeus. La transición se está desarrollando según lo previsto.

La lucecita parpadeante se apagó, y como si fuese un tentáculo, el sensor emergió de aquel cerebro electrónico para volver a encenderse, y conectar con el siguiente interlocutor. Zeus parecía muy ocupado aquella mañana.

CAPÍTULO 8
EL ENCUENTRO

El intenso frío le obligó a frotarse las manos con decisión. Al respirar, el vaho formaba diminutas nubes que se desvanecían en segundos, y pudo admirar el brillo de los chapiteles de hielo resbalando caprichosamente por los tejados. Los primeros rayos solares refulgían en la escarcha que se había formado al borde del camino. Jia no estaba acostumbrada a aquellas temperaturas tan extremas. Llevaba unos *leguins* que apenas le abrigaban y una camisa con un discreto escote. Una ajustada chaqueta oscura era lo único que podría producirle algo de calor, pero toda su indumentaria era material sintético, con una función más estética que funcional. Estaba comprobando que, desafortunadamente, el clima de la meseta de aquella península Ibérica no se parecía en nada al del sur de China.

El taxi la había abandonado a una distancia considerable de la casa de Logan, con la excusa de que aquel era un barrio que pertenecía a otras empresas de taxi, y que si le veían pisar esa zona le costaría la vida. Ella descendió del automóvil con rabia contenida. Sus altos tacones no le facilitarían aquella dura travesía por una serpenteante calle carente de aceras y una carretera asfaltada cincuenta años antes, sin ningún mantenimiento posterior. Caminó como pudo entre charcos de agua oscura y mucha arena, empujada por el frío y la incertidumbre ante los peligros que la acecharían en aquellos parajes. El permanente y amenazante ladrido de los perros, advertían su paso por aquellos inhóspitos caminos desconocidos. Y se trataba de perros auténticos, no eran sonidos de ningún robot que detectara la presencia de extraños y simulase ser un animal. Los veía encaramarse a las desvencijadas verjas, enseñar sus afilados colmillos y ladrar con verdadera furia. Presentían el miedo de Jia, que comenzó a acelerar sus pasos hasta que su SPG le anunció que se encontraba frente a la casa de Logan. Respiró aliviada pensando que lo peor aún estaba por venir, pero por lo menos, había conseguido llegar sana y salva.

La vivienda de Logan era sencilla, con un pequeño jardín arbolado y una valla de apenas un metro y medio de altura. Cualquier adolescente podría saltarla, por lo que supuso que la vivienda estaría protegida para su

seguridad. Se colocó tiritando frente a la puerta esperando que alguien anunciara su presencia, pero supuso que en el sur de Europa tal vez fuera necesario pulsar algún timbre, como en las películas antiguas, así que buscó interruptores mientras tiritaba de frío y comenzaba a perder los nervios, tanteando en las columnas que sostenían la puerta de la entrada. Al final lo encontró y apretó varias veces con la esperanza de que no estuviera averiado. Escuchó un estridente pitido en el interior de la vivienda y una cámara situada en el tejado se orientó hacia ella. Estaba deseando entrar. No podía dejar de estremecerse ante un frío que no daba tregua. Pero sus escalofríos no eran producidos solo por las bajas temperaturas, discutir con un hombre a través de un holograma era muy simple, la seguridad de la distancia permitía desinhibirse con absoluta normalidad, ahora debería estar cara a cara frente a él. Y sentía que las piernas no soportaban su peso por la tensión.

—Por favor, adelante, le estábamos esperando. —Un robot doméstico con una patética y pobre apariencia de mujer, hizo un gesto con su mano derecha invitándola a pasar, hablando en perfecto cantonés. La observó detenida y con descaro de arriba abajo, hasta que se presentó por pura cortesía—. Me llamo Natalia y estoy encantada de conocerle personalmente. —Jia respondió fríamente al saludo con un ademán de cabeza y sin el menor recato observó a aquella máquina clásica, con aspecto de mujer discreta y servicial que no dejaba de analizar todos los detalles de su cuerpo. Jia se sintió incómoda, por lo que aceleró sus pasos al interior de la vivienda.

Logan estaba terminando de peinarse sumido en sus cavilaciones. Sintió acelerarse su corazón y una inesperada falta de seguridad se apoderó de él. Desde el día anterior todavía no se había atrevido a disculparse ante sus alumnos, y hoy tampoco tenía la menor intención de hacerlo. La presencia de Jia rompía sus esquemas y no sabía cómo dominar la situación, sabedor de que no estaría a la altura de las circunstancias si su rebelde alumna comenzaba a discutir sobre la cuestión del transhumanismo. Salió del baño titubeante pensando en que se le olvidaba algún detalle, y con el corazón a cien por hora, en el vestíbulo y sin esperarlo, se dio de bruces con la mujer más hermosa del mundo.

—Hola, señorita Jia Li. Mucho gusto en conocerle en persona. No sé si comprende mi idioma…

—Perfectamente, no necesitaremos ningún artilugio tecnológico. —Jia se mostró altiva, capturando su mirada y respirando profundamente. Frente a ella, se encontraba un Logan más alto de lo que se había imaginado en la clase de Antropología. Un hombre de metro ochenta y algunas entradas mal disimuladas, con piel morena y marcados rasgos latinos, con una mata de oscuro cabello rebelde nada fácil de peinar. Le vio ligeramente nervioso por sus elocuentes gestos con las manos, y con

atisbos de timidez. Para Jia, pudieron ser detalles de una cierta dualidad, pues como profesor se mostraba seguro de sí mismo manteniendo el tipo en todo momento, y sin embargo ahora se encontraba ante un hombre mucho mayor que ella acomplejado ante su presencia. El oficio de profesor que imprime un incontestable carácter, construye una máscara para ocultar la siempre vergonzosa debilidad de sentimientos. Aquella impresión permitió a Jia dotarle de mayor confianza y de una gratificante ventaja.

—Natalia, por favor, sírvenos unos desayunos en el salón y déjanos a solas.

—Por supuesto, acomódense. —Natalia era incapaz de mostrar expresividad en su rostro, porque tardó unos instantes en reaccionar, por lo que Jia pudo adivinar que esas no eran sus intenciones. Natalia quería quedarse presente para grabarlo todo y especular sobre los propósitos de ella, como si fuese una mujer celosa. Pero solo era una máquina, por lo que, a pesar de dudar unos instantes, se marchó obediente a la cocina para preparar el desayuno. Jia le mostró la mayor de las sonrisas, diciéndole sin palabras «tu amo ha dicho que te vayas», con exultante aire de triunfo.

A su alrededor, la habitación se transformó en cuestión de segundos. Los paneles retrocedieron y un *chaise longue* de grandes dimensiones les rodeó a los dos frente a una enorme pantalla de televisión. El salón era una confortable estancia de vivos colores, con abundante luz natural procedente de sus amplios ventanales y del techo, que se descorrió dejando una fina capa de vidrio electrocrómico por el que se vieron invadidos por los abundantes rayos solares. A su alrededor bailaban algunas holofotos siguiendo su mirada, recuerdos de la infancia de Logan a juzgar por las imágenes de niños sonrientes vestidos a la moda de varias décadas atrás.

Jia se acomodó hundiéndose en uno de los almohadones. No sabía de qué material sería aquel relleno, porque se fue hundiendo lentamente hasta casi desaparecer.

—Gracias por su amabilidad, su casa es muy bonita. —Jia contempló el salón para evitar cruzar sus ojos con los de Logan—. Antes de nada quería disculparme por mi actitud del otro día, y también por lo precipitado de mi viaje y no haberle avisado antes.

—No te preocupes, ¿puedo tutearte, verdad? —Esta vez, los brillantes ojos de Logan se posaron sobre los de Jia, que consiguió a duras penas mantenerlos.

—Por supuesto, es mejor que hablemos con confianza. —Jia siguió mirando aquellos ojos negros latinos, y pensó que después de todo, aquel hombre era atractivo con su aire de despistado, con mirada huidiza y frente arrugada de quien es incapaz de dejar de pensar. La apariencia del típico ser atormentado por el que discurren mil sueños irrealizables—. Tenía que viajar al Sur de Europa para una investigación biológica, y he

decidido volar unos días antes y hacer un poco de turismo. De niña conocí la península, entonces esto no era una república y se llamaba España. No se imagina las ganas que tenía de volver, y dado que vives aquí, no quería desaprovechar la ocasión de conocerte en persona y charlar sobre tus ideas.

—Agradezco la visita, es una de las pocas oportunidades que voy a poseer de conocer a una estudiante en persona. No me termino de acostumbrar a estas relaciones virtuales, son muy frías. Echo de menos los profesores que compartían el mismo espacio con sus alumnos, tengo cuarenta años y conocí en mi infancia las típicas clases de las películas, donde un profesor de carne y hueso escribía en un encerado electrónico delante de todos, era más… humano. —Algo distrajo su atención, porque por el pasillo acababa de hacer su aparición Natalia, con su bandeja cargada de productos desconocidos para Jia—. Mira, por aquí nos llega el refrigerio matutino. Gracias, Natalia, eres muy amable.

—Reconozco que todo huele de maravilla. —Jia observó cómo Natalia depositaba la bandeja sobre la mesa central y algún ingenio automático alzaba esta para aproximarla a su *chaise longue,* que también se elevaba para permitir comer con absoluta comodidad. Natalia la miró de reojo y sin abrir la boca, se retiró de nuevo por el pasillo.

—Vamos a ver… tenemos leche de soja y macadamia, té, café, cacao, barritas energéticas y galletas de cereales. Tú me dirás qué te apetece.

—Bueno, en mi país acostumbramos a tomar pastillas vitamínicas y beber papillas de microalgas con raíces pulverizadas, pero hoy voy a hacer una excepción. —Y se sorprendió a sí misma mordiendo una barrita extremadamente dura, que le obligó a masticar más de lo usual. ¿Cómo podían los europeos comer aquello? Su fuerte sabor a azúcar, cereales y cafeína estremeció sus pupilas gustativas, pero disimuló y siguió masticando con calculada resignación. Debía causar buena impresión por todos los medios posibles—. Me gustaría tomar una taza de té sin azúcar, gracias.

—Pues yo sin café no puedo vivir. —Y sirvió el té a Jia y su café muy cargado. El aroma que se extendió por la estancia, produjo en ambos una confortable y embriagadora sensación de paz. Natalia parecía ser una experta en cuestiones culinarias—. ¿Y qué investigación biológica te trajo al salvaje Sur de Europa?

—Una agencia asiática quería realizar varios reportajes sobre especies en peligro, y el lince ibérico es una de ellas. Soy experta en todo lo relacionado y me sumé al ambicioso proyecto. Pero no comenzaremos hasta dentro de una semana, tiempo suficiente para familiarizarme con el país y el entorno en el que sobrevive este felino. —Desde luego tenía muy calculado su plan, habló con absoluta normalidad sino fuera porque los pedazos de barrita energética se clavaban entre sus dientes. No estaba

habituada a usar sus mandíbulas con tanta fuerza, en Asia los alimentos de consumo corriente no se resistían.

—Un trabajo interesante y no muy distinto al antropológico, se trata de observar a una especie y extraer conclusiones. Seguro que da menos quebraderos de cabeza que mi profesión. No te puedes ni imaginar lo complicado que está siendo el anteproyecto de Ley de Identidades Múltiples. —Y arrugó su frente sorprendido, no era su deseo sacar el espinoso asunto. Consternado, recordó que el responsable de dirigir el proyecto había sido asesinado y desconocía quién se hallaba al frente en aquellos momentos.

—Los chinos no solemos quejarnos ni protestar, simplemente nos ponemos manos a la obra para solucionar un problema, no importa lo grave que sea. Expresar nuestros sentimientos lo interpretamos como un símbolo de debilidad que muestra lo frágiles que somos, algo que debemos ocultar a toda costa. Tenemos la costumbre de no intentar comprender los problemas, sino de aceptarlos sin más. Después, una vez que lo hemos aceptado, es cuando lo entendemos todo… pero yo debo ser muy occidental, porque no puedo aceptar algo con lo que no estoy de acuerdo, me rebelo sin poder evitarlo, soy incapaz de controlar mis impulsos.

—Lo entiendo perfectamente, querer comprender, querer saber, es la base del método científico —explicó Logan bebiendo varios sorbos del caliente y espumoso café.

—Lo que me preocupa de su dichosa ley son sus consecuencias, en qué lugar quedaremos los humanos… verdaderos. —Jia lamentó añadir la última palabra. Tal vez hubiera sido mejor tratar temas personales para ir ganando terreno, pero una vez aterrizado en el meollo del asunto, ya no podía dar marcha atrás. Sutilmente cruzó sus piernas y se recostó aún más en el sofá, detalle que consiguió atrapar la atención de Logan.

—Bueno, no sé si a estas horas de la mañana es adecuado entrar en estos polémicos y espinosos temas. Menos mal que hoy no tengo clases, pero… he de decirte que yo también me planteo los dilemas éticos que encierra y sus consecuencias a largo plazo; este es mi trabajo. De cualquier forma, siempre hay riesgos, y precisamente para eso estamos nosotros, para preverlos y corregirlos. Nosotros, que somos humanos verdaderos, como bien dices tú.

—¿Y no estaremos condenados a la extinción? Sin la tecnología nos quedaremos atrás, no podremos competir con máquinas con los mismos derechos humanos que nosotros.

—No deberías olvidar que las personas con discapacidades ya padecen una desigualdad; con los avances tecnológicos podrán estar a la altura de las circunstancias, para ellos, para los más débiles, es una forma de superar un obstáculo que les ha relegado a la marginación histórica. Esta ley trata de universalizar un derecho, no obliga a nadie. Si no deseas ser una

«humana mejorada» por los avances tecnológicos, no sucederá nada, pero no puedes impedir que muchas personas deseen dar ese paso, no se puede prohibir.

—Ese argumento es muy bueno, pero no es el objetivo por el que quieren aprobar la ley. Seremos máquinas, y si nos negamos, pasaremos a ser nuevos marginados. Nadie nos obligará, es cierto, pero nadie nos contratará por nuestras limitaciones biológicas, no podremos competir en igualdad de condiciones. La presión para que demos ese paso será asfixiante.

—Siempre nos quedará Europa… no esta, sino la otra, la nueva Europa.

—¿El satélite de Júpiter? Suena a derrota, solo los locos y los perdedores se van allí. —Los rayos solares se fueron expandiendo sobre su cuerpo, calentándolo suavemente. Las diminutas motas de polvo flotaban en el aire, y en el pasillo, una circunspecta Natalia la observaba con mirada desafiante, lo que era absurdo, porque se trataba de una máquina, pero era la impresión que se grabó en la mente de Jia—. ¿Qué ofrece Europa? Es un destierro para inadaptados, para humanos que huyen rechazando la tecnología y que no quieren verse sustituidos por seres cibernéticos.

—Bueno, un amigo mío no piensa lo mismo. De momento es el refugio de muchos investigadores que están preparando las bases para una futura colonización, son grandes emprendedores. Te voy a hacer un juego, para que comprendas por qué nunca seremos nuevos marginados: si yo te digo, «el intenso perfume de las rosas en primavera», ¿cómo podrías seguir?

—Pues podría hablarte de la polinización, de las flores, pero como suena a poesía, te contestaría más o menos que «su fragancia sabe a infancia, felicidad y nostalgia».

—¡Bravo! Eso es poesía, y es algo de lo que carecen los robots de última generación, a no ser que su disco duro incluya programas que memoricen toda la poesía escrita en la Tierra y la reproduzcan de carrerilla, pero no sería natural porque son incapaces de soñar, de producir arte con las palabras. La creatividad es exclusividad humana, y eso no se lo podremos entregar nunca.

—Pero el ser humano «que se mejore» como dices tú, con múltiples implantes tecnológicos, que se transforme en un ser cibernético, sí podrá recitar poemas inventados por él mismo, y ese es el objetivo de la ley, que todos seamos entes cibernéticos.

—Solo quien lo desee, no será obligatorio, insisto en ello, será una posibilidad necesaria por motivos personales, laborales, médicos… y aunque le trasplanten el cerebro a un ente sintético, no reproducirá los mismos esquemas que tuvo en un cuerpo humano. No todas las sinapsis cerebrales se pueden trasladar, la creatividad ocupa un espacio muy reservado y delicado, esa diminuta glándula pineal donde se halla lo

abstracto, lo creativo e imaginativo. Es tan sensible, que se apagan sus coordenadas para siempre si son manipuladas. Por eso la creatividad será lo único que nos singularizará en el futuro de la nueva especie.

—Profesor, vuelvo a la carga —Se irguió en el sofá para tomar aliento y buscar nuevos argumentos—. En el momento en que empiece a generalizarse, todos les seguiremos porque nadie se querrá quedar atrás, conociendo la evidente inferioridad de la que estamos dotados los humanos y del competitivo mundo que hemos construido y nos toca padecer. Las posibilidades de los robots se encuentran a mil años luz de las nuestras, nosotros precisaríamos de siglos y siglos de evolución biológica para llegar a su altura… es una locura lo que vais a poner en marcha. La presión será muy elevada, y quienes nos neguemos, no tendremos más elección que volar a Europa o pasar a formar parte de los nuevos pobres. Eso sí, seremos muy hábiles para recitar poemas.

—Vamos a ver, Jia. Tratamos de legislarlo para que haya un mínimo de control sobre el proceso, con el objeto de corregir los aspectos más duros de nuestra condición, como el sufrimiento o la enfermedad, el envejecimiento o hasta la misma muerte —Hizo un gesto para que Jia no le interrumpiese mientras buscaba las palabras adecuadas—. Y que los humanos puedan controlar su propio proceso evolutivo, es decir, que la evolución natural sea reemplazada por el cambio deliberado.

—¿Y los peligros ante un cambio extremadamente rápido? ¿Cuáles serán los límites?

—Disculpen que les interrumpa. —La voz artificial de Natalia irrumpió con fuerza en el salón. Ambos se habían aproximado en la acalorada discusión hablando frente a frente, y miraron fijamente a Natalia con gesto de desprecio—. Logan, tienes una llamada privada urgente.

—Natalia, no es nada adecuado interrumpir de esta forma… disculpa, hablaré en la sala de estar.

Logan abandonó la estancia dejando sola a Jia, que se concentró en seguir bebiendo su té, ahora que había empezado a enfriarse. Jia bajó su mirada para evitar la de Natalia, escrutadora, que seguía paralizada observando groseramente todos sus movimientos. Agarró otra barrita energética y saboreó apaciblemente la fina capa de chocolate que la envolvía.

—No te puedes imaginar, Natalia, lo bien que saben estos dulces. Claro, son cuestiones de sabor que tus circuitos no pueden comprender… qué pena ser una máquina que en vez de alma solo posea cables e interruptores. Es una lástima. —Y esta vez alzó sus ojos para observar el cambio de actitud de Natalia, que no movió un ápice su posición.

Por el pasillo se escucharon los pasos de Logan, que regresaba de la llamada urgente. Su mirada preocupada no pasó desapercibida para Jia.

—Pues parece ser que vamos a empezar a trabajar en el anteproyecto

de Ley, ya era hora…

—No lo dices nada convencido, se supone que deberías sentirte satisfecho, tu cara es un poema dramático. —Jia soltó una carcajada que relajó el ambiente, pero en su interior no dejaba de acechar la mirada de Logan, cuya preocupación era evidente. Y ella era consciente de que debía indagar en ello—. A veces es bueno soltar lo que nos preocupa, es la mejor terapia, relativizas los problemas y se resuelven antes. Puedes contar con la confidencialidad de tu alumna.

—Quiero aclarar que no es que esté preocupado, pero me va a tocar un aspecto que desconocía por completo. —Su mal disimulado desconcierto le impulsó a hablar, y a medida que sus palabras fueron escapándose de sus labios, comprendió la necesidad que tenía de soltarlo. Se dirigió a Jia intentando controlar su nerviosismo—. Pensé que habíamos planificado las tareas a realizar por ámbitos y disciplinas académicas.

—Adivino que no es así, ¿verdad?

—Debería serlo, pero el asesinato del responsable, el genetista Johann von Paulus, ha dado un vuelco a la situación.

A Jia le tembló la mano, dejó la taza para evitar que se derramase el té e intentó no levantar sospechas. Un nudo en la garganta le impidió hablar. Se limitó a volver a mirar a Logan, que tragó saliva para continuar y articular sus palabras.

—Mi responsabilidad será trabajar sobre la viabilidad de transferir la personalidad y la conciencia a un sustrato no biológico.

—¡¿Cómo?!

—Creen que es compatible, por lo menos a nivel teórico, la mente humana con el hardware informático, y que se podría trasladar nuestra conciencia a una base alternativa.

—Es decir, dejar de ser biológicos para pasar a ser mecánicos en todos los aspectos. Trascender a la vida misma. Pero esa no es tu especialidad, ¿verdad? Se supone que eres un antropólogo, y sin humanos, creo que te vas a quedar sin trabajo, profesor Logan.

—La cuestión es si seguiremos siendo humanos. El cerebro es algo más que un conjunto de reacciones fisiológicas y eléctricas. Con él se transfiere la conciencia, pero no estoy seguro de que el individuo siga siendo el mismo. No sé en qué condiciones llegará tras ese viaje que debe ser en todo caso voluntario y deseable.

—Dejará de ser un individuo humano, será otra cosa. Tendrá reminiscencias de su vida anterior, seguro, pero ya no será quien fue, buena parte de su conciencia llegará alterada, manipulada, castrada… e incapaz de inspirarse para recitar poemas. —Jia se mordió los labios y su mirada reflejó un inaudito odio que fue desdibujando su juventud. Procuró girar su vista al suelo y controlar sus impulsos—. Será un desconocido para su familia, a pesar de mantener la misma apariencia. Seguro que fracasaría

en tus divertidos duelos poéticos, no resistiría ni un asalto. Su parte cibernética dominará los vestigios humanos que le queden de cerebro.

—Y podrá vivir varios cientos de años mientras aún exista electricidad en su cerebro. Estaríamos a un paso de la inmortalidad.

Acababa de enmudecer, los acontecimientos se estaban precipitando hacia derroteros imprevistos. La ciencia podía impulsar a la especie humana a la inmortalidad, pero dejando de ser seres humanos. Se terminó el café y un molesto silencio se impuso en la sala. Tenía razones para estar preocupado, alguien acababa de romper la baraja. No había fronteras para el transhumanismo. La transferencia de mente y conciencia, es decir, del cerebro a un hardware informático, podría permitir que los seres humanos vivieran casi eternamente. La muerte solía ser consecuencia del desgaste del corazón o de otros órganos, pero desde décadas antes, desde las Guerras de Manipulación Genética que asolaron el continente europeo entre los años veinte y treinta, se intuía que el cerebro humano podía alargar su vida con un cuerpo que no fallase. Era un paso más hacia la inmortalidad, o por lo menos, para prolongar la existencia humana hasta límites que chocaban con la más elemental y básica idea de libertad.

Logan arrugó su frente y se preparó para la tormenta que se avecinaba.

«Quien no encaja en el mundo, está siempre cerca de encontrarse a sí mismo».
Hermann Hesse.

CAPÍTULO 9
LA INMORTALIDAD

Aquella mañana Logan se levantó con un fuerte dolor de cabeza. Los recuerdos de su infancia habían aterrizado en sus sueños de manera salvaje. Cuando contaba con tan solo once años, sufrió un hecho traumático que nunca había superado, y cada cierto tiempo le sepultaba en forma de pesadilla. Tuvieron un terrible accidente en una carretera secundaria. Su padre conducía personalmente un vehículo deportivo, y él dormitaba en el asiento trasero. Solo escuchaba el susurro de la respiración de su madre, que de súbito se convirtió en un grito ahogado. Algo cayó sobre ellos machacando el coche. Debió ser un instante, un segundo que sirvió para cambiarlo todo para siempre; su madre reaccionó en el acto abriendo la puerta y arrastrándose hasta llegar a él. Tras varios golpes, consiguió que la puerta cediera y tiró con fuerza de Logan. Al abandonar el vehículo, comprendió que un enorme árbol había caído aplastándolos de forma incomprensible, tal vez un rayo, o el viento, poco importaba la causa. Logan era demasiado pequeño para comprenderlo. La insistencia de su madre se concretó en una frase que recordaría como una maldición mientras viviese: «Por favor hijo, no mires, no mires». Y le cubrió los ojos para que no buscase entre las ramas del asiento delantero, para que no buscase el lugar donde debía encontrarse su padre… «Por favor, hijo, no mires, no mires».

El resto de la noche fue incapaz de conciliar el sueño. Estuvo dándole vueltas a la dichosa Ley para la que cada día, era una novedad y una sorpresa el enfoque que se le atribuía y los objetivos que se pretendían. Era una ley envuelta en misteriosos propósitos que no se terminaban de desplegar, y que necesitaba urgentemente analizar en toda su globalidad. Se frotó las sienes y pensó que si su cerebro fuera escaneado y transferido a un ordenador —como un vulgar chip—, el dolor sería un exótico recuerdo sin la menor relevancia, ni tan siquiera tendría conciencia de lo que era esa sensación. Sus labios expulsarían de memoria lo que

significaba el dolor, con las mejores definiciones redactadas en las miles de enciclopedias escritas por los hombres a lo largo de los siglos, como podía hacerlo Natalia, pero a nivel teórico y sin ánimo de empatizar o compartir sensaciones.

Pero lo que más quebraderos de cabeza le estaba produciendo eran las excusas que debería presentar a sus alumnos. Había llegado a la conclusión de que lo mejor sería confesar la verdad, explicar con enorme brevedad lo acaecido y pedir sinceras disculpas hablando desde el corazón, y continuar con la clase como si no tuviera la menor importancia. Al fin y al cabo no había sido más que un lamentable descuido, nada que no tuviese solución.

Para su desgracia, aquel descuido sí había tenido repercusión en el mundo académico. No había terminado de desayunar, cuando Natalia se presentó en la cocina con un mensaje holográfico del departamento de Antropología de la Identidad.

—Me temo que no son buenas noticias, Logan. Si lo desea puedo esperar a que apure su café.

—Estoy preparado para lo peor, adelante, Natalia, desembucha lo que llevas en tus circuitos. —Logan se arremangó y retiró su tazón para escuchar atentamente.

De la boca de Natalia salió disparado un láser como un fino hilo brillante y azulado, que se detuvo a un metro de distancia del rostro de Logan. Se creó una espiral creciente que en pocos instantes formó una pantalla holográfica con el rostro de un hombre de avanzada edad y con cara de pocos amigos.

—Buenos días, profesor Logan. Supongo que ya sabe que soy el rector de esta Universidad, que se ha visto afectada por un incómodo y turbio escándalo en el que no queremos vernos envueltos y que reprobamos desde cualquier punto de vista. Voy a ser muy breve y le agradecería que no me interrumpiese. Como ya sabe de qué le estoy hablando, le exijo que se disculpe ante sus alumnos y considere un privilegio ser sancionado sin empleo y sueldo por un periodo de tan solo tres meses, por las graves ofensas a la moral y dignidad públicas. Añado también que contra esta decisión unánime del Consejo Universitario, podrá interponer recurso, aunque si quiere que le dé un consejo, yo que usted no removería mucho esta cuestión. No le traería más que perjuicios para su carrera y futuro profesional. —Carraspeó para continuar con su veredicto—. No tendrá más oportunidades, así que espero que hechos tan impropios de alguien de su responsabilidad no se vuelvan a cometer. Nuestra conducta debe ser intachable y ejemplar en todo momento, de sobra sabe que puede desarrollar su carrera profesional en otros sectores alejados de la Universidad. Y no tengo más que añadir. Ya está advertido, asuma las consecuencias de sus actos y aprenda la lección para no repetir el mismo error.

La transmisión se interrumpió violentamente, era evidente que el rector no deseaba escuchar sus argumentos, lo que fue un alivio para Logan, que no había podido evitar enrojecer de vergüenza. A continuación, se presentaron múltiples hologramas por los que comparecían abogados con la esperanza de defenderlo en el ignominioso asunto y ganar algo de dinero. Logan pidió a Natalia que suspendiera todas las entradas y se retirase. Suspiró mientras pensó que le había ido demasiado bien, tres meses no era nada para lo que le podía haber sucedido. Lo más lógico hubiese sido la expulsión, más aun sabiendo lo conservadora que era la institución universitaria; ingenuamente, había llegado a creer que los alumnos guardarían una cierta discreción sobre este asunto, pero como siempre ocurre en estos casos, algún chivato habría expuesto el problema a otros profesores. Lamentó la engorrosa situación. Afortunadamente poseía algunos ahorros, por lo que podría sobrevivir con absoluta dignidad durante tres meses, pero debía andarse con cuidado. Otro descuido significaría la expulsión y el despido de toda su carrera profesional universitaria.

Suspiró para relajarse y decidió que se tomaría el día como si fueran unas vacaciones. Fue entonces cuando una nueva llamada encendió un holograma desde su videófono de la muñeca. Instantáneamente le vino a la cabeza que fuese otra vez el rector, para reprobarle una vez más y decirle que lo había pensado mejor y que le expulsaba definitivamente, pero para su satisfacción, era Jia. El día anterior estuvieron discutiendo varias horas, hasta que ella tuvo que marcharse a su hotel; y ahora volvía a adelantarse llevando la iniciativa. Llevaba el cabello recogido y unos pocos mechones caían seductoramente desordenados por el rostro. Su oscuro maquillaje y un brillo intenso en sus rasgados ojos, le otorgaban esa gran capacidad de atracción, que pareciera innata y natural en ella. Logan le dio los buenos días.

—Quería animarte a que hoy comieras conmigo. Supongo que cuando acabes las clases tendrás unas horas libres. Yo aún no me he puesto a investigar los contactos que me abrirán paso con los linces, así que me voy a tomar la jornada de merecido descanso.

—Pues me temo que yo también tengo la jornada libre, aunque no sé si me lo merezco, porque en mi caso estoy libre por otras razones que dependiendo de la confianza me atreveré a revelarte o no. —Exhaló un suspiro y continuó hablando—. Nos podemos ver a mediodía en uno de los mejores restaurantes vegetarianos del centro, ahora envío la dirección a tu SPG, creo que está a pocos minutos del hotel donde te alojas.

—Eres un encanto, no sabes lo mucho que me gusta la comida vegetariana. Gracias y hasta luego.

Se cortó la conexión en el mismo instante en que Logan iba a despedirse señalando que ella también era un encanto, así que se quedó

unos minutos sin saber si salir a la calle, o permanecer en casa. En el trastero se encontraba amordazada Vanesa, y supuso que después de varios días sin recibir luz natural, las baterías estarían agotadas. Se había quedado sin empleo y sueldo por su culpa, aunque gracias a su imprevisible actitud, podría disfrutar de unas vacaciones y de mucho tiempo libre. Tenía una cita, y una oleada de optimismo iluminó su rostro. Alzó la vista al techo, cubierto por el vidrio transparente que dejaba ver el cielo, que seguía nublado y con abundantes nubarrones grises cubriendo y ocultando el sol, pero para él, como si fuese primavera. Se levantó dirigiéndose a su dormitorio decidido a variar de indumentaria. Sintiéndose como un adolescente, escogió ropa juvenil y deportiva para disfrutar de una jornada ociosa y prometedora. Llamó a Natalia y le pidió que usara el replicante doméstico para producir en tres dimensiones alguna camisa original que estuviera de moda, con colores variados y a juego con su cazadora favorita.

El restaurante rebosaba de parejas elegantes y de todas las edades. Sonaban baladas de música flamenco desde un escenario donde varios robots se movían al mismo ritmo. Ataviados al más puro estilo andaluz, con vestidos entallados con volantes en las faldas y mangas, ofrecían un concierto a los turistas y aficionados a todo lo tradicional. Jia había optado por probar unas deliciosas hamburguesas de algas atlánticas con cuscús y ensalada, y Logan, pasta italiana con setas variadas del norte de Europa con sabor a sal de mar. Para beber, optaron por vino de la meseta castellana, a petición de ella, deseosa de conocer los licores del sur de Europa. Tampoco podía faltar el inseparable jarabe con el que regaban los alimentos, compuesto de maíz, vitaminas, cebada y coles, productos tan típicos por aquellas tierras.

—Es la tercera vez que como aquí y cada día me gusta más este restaurante, su animada música, el ambiente relajado y la selecta gastronomía. —Logan se mostró entusiasmado. Quería causar buena impresión y la actitud cautelosa de Jia le estaba impacientando.

—Perdona que esté un poco callada, has tenido una buena idea trayéndome a este sitio, va a parecer que estoy de vacaciones. Oye, no estoy muy acostumbrada a lugares tan ruidosos… afuera he visto un Rol Global Virtual, como los que teníamos en China hace unos años, si quieres podemos charlar y jugar allí. Me gustan más que los holovídeos de entretenimiento. De niña me volvían loca los juegos de rol, y eso que entonces eran muy simples, te obligaban a imaginarte los ambientes y las escenas. Ahora estas dinámicas son holísticas y emulan el mundo que deseas con asombroso realismo, tanto que hay personas que enferman y acaban viviendo permanentemente en ellos, en un mundo virtual que les

convierte en héroes para evitar afrontar una vida que les frustra y excluye. —Jia comenzó a hablar con vehemencia, sin dejar de mirar a los ojos a Logan, que disfrutaba admirando el rostro de aquella mujer de aspecto jovial, pero con innegable personalidad.

—Es una delicia escucharte, pones mucho tesón en todo lo que te gusta. A veces tengo la impresión de que he perdido algo de entusiasmo por las novedades de nuestra sociedad, por las posibilidades que nos permiten las nuevas tecnologías.

—Y a mí me sorprende el escaso afán que depositas en el progreso científico, es como si no te lo creyeras del todo y estás a punto de redactar una ley que va a reemplazarnos, ¡eres el colmo de la frivolidad y de la contradicción!

—No soy un apasionado de las nuevas tecnologías, y voy a ser un miembro de un equipo multidisciplinar, uno más, no quiero que cargues sobre mí toda la responsabilidad… el mundo al que estamos abocados es irreversible e inevitable. Lo será queramos o no, por ello es necesario legislarlo para que no perdamos el control.

—En mi opinión, profesor, el objeto de la ley es muchísimo más ambicioso. —Se terminó de un trago el vino y se relamió los labios deliberadamente, sabiendo que él la observaba sin quitarle ojo.

—¿Cuál es ese objetivo tan ambicioso?

—Con la ley vais a conseguir que el cambio sea irreversible, que nadie escape a la nueva condición poshumana que nos aguarda. Hasta ahora aún teníamos esperanza, pero todo se desvanecerá…

—…como el agua de la lluvia en el océano…

—…como fenecen las estrellas sin haber alcanzado su cenit… ¡bravo, profesor! Este es el duelo poético que las máquinas son incapaces de llevar a cabo y que nunca podrán.

—Me encanta construir versos sobre la marcha, al hilo de una conversación. Es una forma de saber si estás con un robot o con un humano. Y no me llames profesor, por favor…

—Bueno, intentaré llamarte Logan si me haces un pequeño e insignificante favor. —Se sirvió otro vaso de vino y el brillo de sus oscuros ojos sedujeron a Logan.

—¿Cuál es el favor? —Él comenzaba a tener las mejillas sonrosadas por el efecto del vino. Ya había bebido más de lo acostumbrado, y sintió ascender un confortable calor en su interior.

—Que tardes mucho en redactar esa dichosa ley, que te retrases años. —E ingirió más vino dejando que una gota se escurriese por la comisura de sus labios.

—Te prometo que analizaré con detenimiento una por una cada palabra que se escriba, emitiendo reservas a cualquier cuestión polémica que se produzca.

—No te creas que me doy por satisfecha, no soy fácil de convencer, espero que te acuerdes de tus palabras y seas fiel a tu promesa, porque yo estaré muy atenta. —Jia ligeramente aturdida, intentó coger un pedazo de pan para untarlo con margarina, y él acudió acercándole el cesto con amabilidad. Ella fue más rápida y sus manos chocaron en el aire. El roce de ambas manos produjo que sus miradas se cruzasen, y esgrimieran una sugerente y comunicativa sonrisa. También Logan estaba aturdido por el alcohol, y sin pensárselo, decidió llenar los vasos de nuevo. —No te he pedido que me sirvas más vino, no voy a poder levantarme, Logan… ¿no lo harás deliberadamente?

—Por favor, no pienses eso de mí. —Y antes de que pudiera continuar, ambos estallaron en un ataque de risa que llamó la atención del resto de comensales. La música flamenco había sido sustituida por el pegadizo ritmo blues, y la iluminación había reducido su intensidad creando una mágica atmósfera. En las paredes y en el techo, imágenes tridimensionales de vivos colores recreaban campos y calles de Andalucía, invitando a los comensales a sentirse desplazados a aquellos parajes. Una artificial bruma fue reptando por el suelo del restaurante, generando el romanticismo necesario que envolviera a las parejas que se dejaban guiar por los múltiples efectos que permitían las nuevas tecnologías.

Terminaron de comer y salieron al exterior, acariciados por los cálidos rayos solares. Caminaron unos minutos incapaces de contener la risa, que rejuvenecía el rostro de Logan con cada carcajada y volvía más sensual la mirada de Jia. Llegaron al RGV y sin dudarlo, entraron registrándose con un detector de córneas. Varios pasillos mostraban todas las opciones, los bloques temáticos y las ambientaciones y escenarios que recreaban las fantasías de cientos de visitantes. Decenas de ellos eran de temática erótica, lo que expresaba las necesidades de la mayoría de sus clientes. Jia seleccionó entre la amplia oferta, los que se encuadraban en Etapas Históricas, escogiendo un castillo medieval que con todo lujo de detalles les retrotraía en el tiempo. Se acomodaron en unas ergonómicas hamacas y varios robots-operarios les colocaron unas diminutas gafas oscuras.

—Es increíble, en China ahora juegas a esto desde casa, y habitualmente con simples lentillas y no con estas gafas de marciano drogado. —Volvió a reírse mientras se recostaba en la hamaca y regulaba el aire acondicionado a placer.

Monitorizados en todo momento a distancia, en breves segundos se encontraron vestidos de época en lo que parecía un claustro monástico. Era el patio de armas del castillo que habían escogido; de los diversos niveles de realidad virtual, se decantaron por la más holística y definida. Ambos pretendían impresionar al contrario por las mismas razones, por lo que no dudaron en la decisión.

La realidad virtual les había teletransportado a un mundo nuevo, donde

no se escapaba ningún detalle y la inmersión era absoluta. Jia lucía un delicado vestido de seda, engarzado y bordado con hilos de oro, largo y ceñido al cuerpo, tanto que le apretaba en exceso dificultando su respiración. Unas amplias mangas y un cinturón de cuero negro con gemas y perlas, embellecían el colorido del vestido, que no descuidaba un generoso escote. El color verde estaba muy bien caracterizado, al más puro estilo medieval. Sus cabellos se hallaban recogidos en un complejo moño que Jia hubiese sido incapaz de elaborar. Se observó detenidamente frente a un espejo que le trajeron varios pajes. Su rostro se encontraba profusamente maquillado, como queriendo disimular sus rasgos asiáticos, acentuando el brillo de sus labios y cabellos. Y detrás de ella, se encontraba Logan. No pudo contener la risa, Logan iba ataviado como un perfecto caballero castrense. Sus calzas pegadas a las piernas, bordadas elegantemente, parecían ser de seda, y una camisa medio oculta por una capa, le otorgaba un aire de guerrero indómito. Naturalmente no faltaba su espada ni los guantes, y la abundante mata de pelo le devolvía a los veinte años. Logan casi no se reconoció en el espejo, aunque se trataba de un avatar idéntico a él, solo que mejorado, un poco más joven y tal vez, unos centímetros más alto. Ambos comenzaron a caminar hacia la armería, pero ella cambió el recorrido y decidió que prefería visitar la sala de recepciones. Tuvieron que subir bastantes peldaños, y Jia sintió el ligero vértigo, no por la altura, sino por el exceso de vino. Se agarró a Logan, que la sujetó amablemente y así siguieron ascendiendo, cogidos cariñosamente de la mano. Se asomaron a una de las amplias ventanas de los descansillos de las plantas, abiertas de par en par y sintieron una dulce brisa veraniega. Los amplios campos, cubiertos por una espesa capa de maleza y soberbios robles, mostraban lo perfectamente diseñado que estaba aquel programa informático. Una sirvienta de lustrosos cabellos rubios les acercó una bandeja con dátiles y dulces, y varias cortesanas les sirvieron unas copas de aromático vino a rebosar. Probaron los dátiles sintiendo cómo sus papilas gustativas agradecían el alimento, lo saborearon enviando al cerebro una señal de manifiesta satisfacción. A continuación bebieron varios sorbos de vino que quemó sus gargantas sintiendo un abrasador calor que descendía hacia el estómago. Sus cuerpos habían sido engañados. Aquel mundo simulado conseguía revolucionar la vida de las personas. Muchos de los visitantes que paseaban por las almenas del castillo, seguro que llevaban allí días enteros, huyendo de la realidad.

—¿Verdad que es maravilloso, Logan? Hasta el sonido de mi voz me resulta el habitual, y estamos callados, tumbados en una simple hamaca.

—Te aseguro que no acostumbro a visitar estos espectáculos, pero son estupendos, está todo cuidado hasta el más nimio detalle. —Se sorprendió al ver volar un azor que aterrizaba sobre el brazo de un hombre, y varios ratones que corrían por la cornisa de la Torre del Homenaje—. Esta obra

supone muchas horas de trabajo, y con el modelo de entrada que hemos contratado, podemos ascender hasta el nivel más elevado, la residencia del señor en la planta superior. ¿Subimos?

—Adelante, mi señor, le sigo —se burló Jia terminándose la copa de vino, y sintiendo que su intenso sabor agridulce le abotargaba el cerebro impidiéndole pensar.

—No, por favor, las señoritas primero. —Logan dejó que ella llevara la iniciativa y ambos comenzaron a ascender por la estrecha escalera de caracol, él pícaramente situado detrás de Jia, admirando la forma de sus caderas, el movimiento de su cuerpo y disfrutando de cómo se balanceaba por el exceso de alcohol. Según ascendían, había menos visitantes que para ellos no eran más que vulgares intrusos. Deseaban encontrarse solos, disfrutar de momentos de intimidad, hasta que alcanzaron la residencia del señor, para la que un paje les abrió la estancia con una llave de hierro de enormes dimensiones, y les dejó en la más absoluta soledad.

Penetraron en una sala dominada por una alcoba profusamente decorada con un manto de seda rojo que la ocultaba. El resto de la recámara se encontraba bañado en sombras, con una luz taciturna procedente de varias velas medio consumidas. Unos tapices flamígeros con escenas del Antiguo Testamento, engalanaban las paredes, mostrando sus secretos a pesar de la escasa luz que proyectaban desde algunos ángulos las diminutas ventanas; pero para ellos era más de lo que necesitaban. Se acercaron al lecho y ella se dejó caer, rendida por el esfuerzo de tener que subir tan deprisa tal cantidad de escaleras.

—Uf, qué mareo, hasta he visto estrellitas en mi cerebro. ¡Es todo tan real! Vamos, Logan, túmbate conmigo, no seas tímido, no te quedes ahí de pie.

—Ahora mismo. —Y ambos se arrellanaron observando sobre sus cabezas, la fosforescencia de colores de la cúpula celeste que recreaba la cortina del dosel, admirando el mar de estrellas que emulaban el firmamento. Asombrados ante tanta belleza, aproximaron sus rostros para hablar en susurros, que nada rompiera la magia del momento.

—No te puedes imaginar, Logan, cómo me late el corazón. ¿Será posible? Mira. —Y atrajo deliberadamente su mano hacia su pecho, comprobando de qué manera los arrítmicos latidos se aceleraban al instante. El vello de Logan se erizó ante el contacto físico con Jia, afectando a su respiración y a la ansiedad por aumentar ese contacto.

Antes de que pudiera añadir una sola palabra, los labios de Logan se habían posado sobre los suyos. Suspiró y se preparó para disfrutar de uno de los momentos más deseados y felices en su vida.

CAPÍTULO 10
EL TRANSHUMANISMO, UN MAR DE BENDICIONES AL ALCANCE DE TODOS

Su cabeza daba vueltas como en un tiovivo. No podía distinguir qué parte de la resaca se debía al vino real que tomaron en la comida, y cual al virtual del juego en el que dejaron que la tarde se consumiera. Una agradable sensación reconfortó su cuerpo. Recordó los placenteros besos que se dieron, claro que todo era virtual, pero… parecía tan real… hasta tenía la impresión de sentir el perfume de Jia en sus manos embriagando todos sus sentidos, sintiendo un delicioso cosquilleo en su estómago.

Y aquel nuevo día volvía a ser prometedor. Se habían citado en el centro de la ciudad, para visitar el barrio judío y disfrutar de uno de los museos virtuales más considerados por los ciudadanos. Logan temía que decepcionara a una ciudadana china acostumbrada a este tipo de museos que en su país llevaban años existiendo, mucho más sofisticados y completos, pero en Iberia se trataba de una novedad y esperaba que la impresionara, o por lo menos, que disimulase su desencanto.

Jia quedó embelesada con el trazado medieval y sinuoso de la parte histórica de la ciudad de Logan. Siglos de historia hablaban de sus serpenteantes calles, denominadas por oficios medievales y regentadas por familias judías que tuvieron que huir con las manos vacías durante el Renacimiento.

Pero si Jia se había quedado fascinada con el casco histórico de la ciudad, Logan no pudo reaccionar ante la sensualidad que exhibía ella. Se había presentado con una falda extremadamente corta, además de un generoso escote por el que resaltaba una gargantilla negra con letras góticas donde podía leerse desafiante *«cave canem»*. El cuidado maquillaje exaltaba su belleza, y Logan, con una inquietud desbordante, se deshacía en elogios ante su hermosura. Él se encontraba pletórico como pocas veces en su vida había estado. Y fue al llegar al museo cuando ella tomó la iniciativa, poniéndose a su altura en el escalón de un portal, justo en frente del museo.

—Logan, tengo un capricho. ¿No podíamos, en vez de visitar el museo, ir a mi hotel y pedir algo de cena? Mi hotel está a cinco minutos de aquí, y

se me ha abierto el apetito. —Logan se aproximó hasta ella, dejándose atrapar por su perfume, hasta alcanzar sus labios y besarla ardientemente.

Minutos después saboreaban unas deliciosas hamburguesas vegetarianas sabor a sal de mar, con una parrillada de verduras y finos insectos del Mediterráneo. Bebieron una selección de licores que abotargó sus cabezas, y cuando se quisieron dar cuenta, ella se hallaba sobre él, en la cama. La sensación era idéntica a la del día anterior en el RGV, pero cuando los besos dieron paso a los rápidos movimientos de las manos que con increíble habilidad recorrían sus cuerpos, pudieron disfrutar comprendiendo que la magia que la realidad les proporcionaba no era comparable a ningún holograma virtual. Las prendas fueron cayendo una tras otra y se dejaron dominar por la ansiedad, una ansiedad cargada de lascivia, de la que gozaron hasta la extenuación en un frenesí rabioso y violento, sensitivo y tierno, hasta que el amanecer les despertó desprevenidos con unos inconfundibles rayos de sol cegadores.

Y los siguientes días discurrieron de una manera semejante, por los profundos valles del romance más sensual, aflorando los sentimientos y la sensibilidad largo tiempo aletargada, sintiendo que algo en el interior de ambos conseguía liberarse. La ausencia de trabajo de Logan y el haber conseguido no confesar la razón de su «obligada excedencia», le permitió un respiro, y ella también parecía contar con tiempo libre, por lo que acudieron al RGV varios días consecutivos para disfrutar de escenas románticas en ambientes diferentes, de los que salían despedidos en medio de las sesiones para yacer en el hotel de Jia, huyendo del fingido mundo virtual; otros días volvieron a casa de Logan, a su cómodo sofá, constatando que la realidad en la que habían vivido la mayor parte de sus vidas, era más divertida. Natalia mientras tanto padecía impenitentes castigos permaneciendo en el sótano, ya que casi todos los días se citaban para devorar el tiempo minuto a minuto, aislándose del resto del mundo para crear su universo paralelo donde solo el amor tenía cabida. Jia seguía seduciendo a Logan con sus inconfesables propósitos, a pesar de que ya no era necesario, él expresaba abiertamente sus objeciones al proyecto de Ley, parecía destinado a convertirse en el mayor obstáculo para desarrollar el prometedor proceso evolutivo de la especie humana, por lo que la misión de Jia se podría dar técnicamente por concluida. Pero disfrutaba de aquellos encuentros, de aquellos besos que le regalaba el destino y del cariño que recibía. No quería que ese capítulo de su vida terminase nunca.

Lamentablemente ese nuevo día no podría citarse con ella, había sido reclamado para una urgente reunión en el Ministerio. Su corazón

protestaba por tener que resignarse a no verla, por regresar a la rutina más tediosa en aquellos momentos en los que deseaba liberar sus sentimientos, sentirse más humano que nunca y olvidarse del trabajo.

Pero la nueva ley comenzaba a avanzar con una ejecutiva recién nombrada que sustituía de manera oficial a la gestora que había presidido los trabajos tras la repentina muerte de Johann von Paulus, muerte que todavía no se había esclarecido. Como medida de cortesía protocolaria, la primera asamblea exigía que estuviesen todos presentes, nada de reuniones holográficas. Debían verse las caras y darse la mano, interrelacionar entre todos para mejorar el nivel de coordinación y ser más eficientes a la hora de delegar tareas. Él ya había enviado sendos informes solicitando mayor documentación sobre sus trabajos, e insistiendo en que necesitaba mucho más tiempo para avanzar en las investigaciones, y pensó ingenuamente que con eso sería suficiente para que lo dejasen en paz por unas semanas, pero para su desgracia, no podía ausentarse de la reunión. Y para colmo de males, sería a mediodía en Iberia. Este tipo de eventos solían ser rotativos, cada vez en un continente para evitar repetir el país. El hecho de que fuese en Iberia era producto de la casualidad, lo que le permitía gozar de algo de tiempo libre, y absorto como se encontraba, Natalia se presentó ante él con mirada pretendidamente alegre.

—Anoche te llegó un mensaje de tu buen amigo Sátur desde el satélite de Europa. ¿Quieres abrirlo?

—Precisamente ahora estaba recordando minuto a minuto las tardes que he disfrutado con Jia, ni te imaginas lo maravillosamente bien que me siento, pero ya que me has interrumpido, dime qué quiere mi buen amigo. Casi me había olvidado de él, ya habrá llegado a Europa y estará felizmente instalado.

—Va dirigido directamente a ti y es escrito, al parecer no desea que nadie más lo vea. Está marcado como confidencial y con varios códigos de acceso secretos.

—Vaya con Sátur, no sé qué se traerá entre manos. Es muy gracioso, me deja de regalito a Vanesa y se marcha al otro lado del sistema solar… bueno, pásame el mensaje que lo abriré en cuanto pueda.

Se levantó perezosamente y avanzó hasta la ducha, donde se tomó un relajante baño de vapor mientras seguía visualizando en su mente los mejores momentos vividos el día anterior con Jia. Se le vinieron a la cabeza mil excusas para citarse con ella los próximos días, aunque su instinto le recomendaba que se lo tomase con más calma, que no se precipitase para no agobiarla. Salió convencido de ser un poco más feliz que el día anterior y recogió el mensaje de Sátur. Tuvo que recordar la clave para conseguir leerlo, que en su caso se trataba del número de la tarjeta académica que le acompañó durante la etapa universitaria, unos quince años atrás. Al teclearlo se fue descifrando el misterioso mensaje. A

continuación comprendió un código encriptado en esperanto, la lengua auxiliar internacional que ambos estudiaron en la adolescencia para conocer excitantes chicas coreanas que viajaban a la vieja Europa las vacaciones de verano. Ahora aquella lengua que significaba esperanza estaba olvidada, por lo que les permitía comunicarse en secreto a espaldas de la gente. Luego apareció el código matemático de una de las asignaturas favoritas de Sátur y que solo él conocía, lo que le dejó por fin poder vislumbrar el mensaje. Se sentó sobre la cama y lo leyó expectante:

«¿Qué tal sigue todo por la Tierra? Aunque suene ridículo la comienzo a echar de menos y eso que apenas han pasado unos días, y como he estado hibernando, no veas la resaca que arrastro, el aturdimiento que produce estar congelado. Y no te lo vas a creer, pero hemos desembarcado todo el material a pulso, con la ayuda de muy pocas máquinas, ¡no sabes la paliza que nos hemos metido! Creo que tendré agujetas para toda la semana, eso sin tener en cuenta que aún tengo los miembros entumecidos del pesado sueño. Pero la base está dotada de todo cuanto necesitamos. Mucho trabajo y pocas manos, así que estaré entretenido.

Desde tan lejos la Tierra es imperceptible, un punto insignificante si miramos al astro sol. Espero que te encuentres bien, y que hayas hecho uso de Vanesa. Mi lector de compra sigue activado y me señala que está con la batería agotada, así que, adivino a que la tienes a oscuras, abandonada en el sótano, seguro. Haz el favor de liberarla y si no quieres estrenarla, no te preocupes, Logan: quiero que leas con detenimiento esto y luego borres el mensaje y destruyas la tarjeta, y que Natalia no se entere de nada. Quería advertirte de lo siguiente: estás siendo vigilado permanentemente y Natalia es una de las vías para seguir todos tus movimientos. Desconfía de todo el mundo y cuando no soportes más la presión, déjalo todo y vente conmigo a Europa, que no te lo impedirán; comprobarás que a los humanos nos quieren lejos. Libera a Vanesa y cuando ella esté a solas contigo, te entregará un mensaje para que comprendas lo que te he dicho. Pero con Natalia delante no hablará. A quien debes desconectar es a Natalia, confía en mí, siempre he sido tu amigo».

Logan se quedó boquiabierto sin saber cómo reaccionar. Borró el mensaje y destruyó la tarjeta enviándola a reciclaje, pulsando él mismo el botón para verificar que se convertía en diminutas virutas de aluminio. Se vistió cautelosamente y miró su reloj. Había llegado la hora y debía marcharse, no quería llegar tarde a la reunión. Pero a la vuelta desconectaría a Natalia y sacaría a Vanesa del sótano, por lo menos para comprobar si Sátur le estaba tomando el pelo. Arrugó su frente pensativo, y pasó junto a Natalia sin abrir la boca. Ella le escrutó con su gélida mirada artificial aguardando sus órdenes. Y en aquel estado la dejó. Nada de contemplaciones, si le vigilaban por medio de ella, no se merecía que le facilitara ninguna pista sobre sus movimientos.

Llegó tarde a la reunión, lo que suele ser común con quienes viven más próximos al lugar del encuentro, que se confían demasiado y son los últimos en asistir. Para su suerte no fue el único. Varios científicos de Oceanía aún no se habían presentado, y ese rato de espera lo usó para presentarse y conocer a todo el equipo multidisciplinar. Los africanos y árabes se mostraron muy simpáticos frente a los latinoamericanos, más

orgullosos y egocéntricos a la hora de exhibir sus abundantes títulos y nombrando sus excéntricos rangos que no le decían nada a Logan. Pero la voz cantante y el liderazgo lo llevaban los eslavos, muy serios y habladores, atentos a la explicación de varios humanoides que les informaban de los avances en el genoma humano. Casi todos eran genetistas, así que Logan se sintió perdido ante tanto tecnicismo. Hablaban del éxito que supuso décadas antes, la fabricación del primer genoma artificial de una bacteria, y su uso para producir vacunas o incluso biocombustibles. La obtención de copias artificiales fue motivo de celebración generalizada, pues aceleraba lo que la naturaleza producía en millones de años de evolución. El objetivo era construir una réplica exacta de lo que sucede en la naturaleza, pero con material sintético. Todos asentían con entusiasmo, y Logan observó impresionado que algunos de sus colegas ya eran humanos mejorados, o como ellos denominaban, que «gozaban de las ventajas que les otorgaba el transhumanismo». Llegó a escuchar a un profesor de edad avanzada, que el genoma de los seres humanos había sido diseñado por ingenieros genéticos hacía casi un millón de años. A Logan le dio la impresión de estar en un congreso de ciencia ficción, por lo que optó por tomar asiento y esperar que la reunión se iniciase de manera oficial.

Y por fin comenzó la dichosa y tediosa reunión. A diferencia de lo que sería de esperar, los delegados como Logan fueron invitados a dividirse en reducidos grupos por bloques temáticos, habida cuenta de la gran cantidad de aspectos que se debían tratar, y de la diversidad de disciplinas que desarrollaba cada invitado. Logan fue nombrado con otros seis investigadores, un deliberado número impar que facilitaría las mayorías absolutas en caso de discusiones acaloradas y la exigencia de votaciones; se dirigieron a una amplia sala bañada por luz natural, detalle que agradecieron todos, y con una enorme mesa octogonal en medio. Cada investigador tomó asiento en sillas giratorias que facilitaban el contacto visual, y en actitud complaciente y protocolaria, se sonrieron unos a otros. Deseaban causar buena impresión, pero nadie era capaz de romper el hielo. Cuando ya habían empezado a relajarse, una pantalla del centro de la mesa capturó su atención. Varios destellos de luz fueron ampliando el tamaño de la pantalla, y Logan se vio obligado a frotarse los ojos por la intensidad de la misma. La pantalla les mostró el artificial rostro de alguien que no parecía ser humano; parecía una imagen renderizada, una máscara de rígidas facciones, cuyos pétreos ojos multidimensionales permitían que escrutase la mirada de todos y cada uno de los investigadores, lo que producía una intensa sensación de intimidación. Logan comprendió que aquel ser de la imagen no era humano. Se imaginó retándole a un duelo poético, pero sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando comenzó a hablar con el sepulcral e inconfundible

sonido de la chatarra electrónica.

—Señores investigadores, bienvenidos al Anteproyecto de Ley de Identidades Múltiples. Es un honor para mí dirigir los ingentes trabajos que van a cambiar la concepción del mundo y de la vida, y es un privilegio contar con tan ilustres personalidades. —Un irritante silencio se impuso. El sonido artificial de aquel ser resultaba desagradable. Todos fueron siendo conscientes de que el nuevo líder del proyecto no era un ser humano, lo que contravenía cualquier código deontológico—. Mi nombre es Zeus. Los aquí presentes, consideramos trascendental acelerar la transición hacia una nueva etapa más luminosa para la especie humana, en la que los condicionantes de la naturaleza sean definitivamente superados, y la conciencia, disociada de la inteligencia. No esperamos que todos compartan la misma visión que poseemos los científicos e investigadores, pero la humanidad entera estará de acuerdo en lo beneficioso que será en un futuro próximo. Por ello, cada uno de ustedes desempeñará una pequeña parte de tan asombrosa responsabilidad, formando parte del más importante y glorioso equipo jamás creado. —Un gélido silencio se impuso, y aunque duró pocos segundos, para Logan supuso una eternidad. Ya sabía que el proceso sería inminente y a la vez inevitable, pero el hecho de que estuviera dirigido por una máquina, dejaba patente que el futuro les pertenecía a ellas. Un futuro desolador, una transferencia del poder humano a las máquinas, o mejor dicho, de lo que les quedara de humanos… sintió que su garganta se quedaba seca, tragó saliva y aguantó la respiración.

»Ahora es primordial que establezcan relaciones entre ustedes y se conozcan personalmente. La interacción les llevará a trabajar de manera más coordinada y eficiente. Por favor, tomen ustedes la palabra, disfruten de la reunión. A continuación les irán enviando a sus holoterminales personales, el plan de trabajo y los objetivos que deberán discutir para comenzar a avanzar. Aprovechen la jornada, porque al final les hemos preparado una fiesta acuática, una velada emocionante para que se relajen. Muchas gracias.

Zeus acababa de desconectarse, una elemental falta de cortesía porque evitaba escuchar los distintos puntos de vista de los investigadores, a no ser que ya conociese su manera de pensar, o estuviesen siendo escuchados.

—Bueno, se supone que debemos conocernos, esto resulta de lo más frío y absurdo —sentenció un investigador que se situaba a la derecha de Logan, con la piel asombrosamente pálida, lo que delataba su origen germánico—. Supongo que con la imagen multidimensional habrán analizado la reacción de nuestras pupilas, y conocerán nuestro nivel de fidelidad al proyecto.

—Seguramente, y por ello no necesitan escuchar ahora nuestra conversación —sentenció Logan, interrogando con la mirada al resto de sus

compañeros para intentar saber la opinión de todos y cada uno de ellos—. ¿Me equivoco, o el transhumanismo va a ser generalizado para toda la especie? Porque no se trata de explorar posibilidades, sino de aceptar un hecho y ejecutarlo sin más. Aquí no hay genetistas ¿verdad? Somos todos filósofos y antropólogos.

El sí generalizado provocó una cierta desazón entre ellos. Nuevamente un incómodo silencio dominó el enrarecido ambiente, sabedores de que su aportación se basaba fundamentalmente en analizar los dilemas éticos que al final tuviesen como conclusión el refuerzo de las tesis transhumanistas, en plantear el debate de la libertad individual frente a la viabilidad global de poner en marcha estos procesos, defendiendo la idea de que a la vuelta de la esquina, se hallaban los sacralizados beneficios para toda la humanidad. Logan no consiguió llegar a más conclusiones, solo deseaba dar por zanjada la reunión y ponerse en contacto con sus colegas para plantear quejas, sugerencias, críticas… que retrasasen el proyecto hasta la extenuación, porque poco más podría conseguir. Una extraña sensación les dominó a todos, y es que el objeto de la reunión no parecía haber sido que se conocieran personalmente para facilitar el trabajo coordinado, sino más bien, una forma agresiva de ser vigilados muy de cerca, de que Zeus les mirase a los ojos y les dijese: «os conozco personalmente y sé si sois sinceros».

Al salir de la sala, se encontraron en los amplios y luminosos pasillos con el resto de sus colegas, y algunos genetistas y expertos en legislación robótica se mostraban emocionados con las posibilidades que se abrían. Hasta uno de ellos se dirigió al grupo de Logan y con mirada nerviosa y vehemente, les expuso lo que hasta ese momento no habían querido saber:

—Por fin es una realidad que los robots generan pensamientos, poseen sentimientos y empatizan con los humanos. A nivel teórico sospechábamos que el poder analítico de la I.A. sería la trascendencia, y ya es una realidad, Zeus es el claro ejemplo de lo que ha sido capaz el avance de las tecnologías creadas por el hombre. Este es un gran día, ¡propongo que lo celebremos en la sala de recepciones antes de la fiesta acuática!

—¿No va a valorar los riesgos que entraña que perdamos el control sobre nuestras creaciones? —Logan no se contuvo y al emitir estas liberadoras palabras, el resto de genetistas lo miró desdeñosamente como si se tratase de un perro orinando sobre la alfombra. El hombre interpelado se encogió de hombros pero enseguida mostró su semblante más altivo para protestar airadamente.

—Claro, vosotros los intelectuales pensáis que todo se debe estudiar concienzudamente, ¡para daros importancia y frenar el progreso! —dijo señalando a Logan con el dedo índice y elevando el tono de voz como si se tratase de un mitin político—. Me da la impresión de que aquí nos hemos citado un eminente grupo de científicos que creemos en las virtudes de la

tecnología, como en la Ilustración, ¡aquí nos hallamos Rousseau, Voltaire, Diderot y Montesquieu! —Y fue apuntando a algunos de sus colegas genetistas que se fueron acercando con sus rostros pletóricos de orgullo—. Y del otro lado, tenemos al antiguo régimen, representantes del rey, la nobleza y cómo no, del clero. —Algunos estallaron en incontroladas risas, y Logan no entendía muy bien qué tenía que ver aquella comparación, para él se trataba más bien de ética y libertad.

»Es el sempiterno conflicto que ha mantenido a la humanidad dividida, el litigio permanente entre los que defienden la razón frente a la fe. Pero te recuerdo que a principios de siglo, fueron precisamente filósofos y tecnófilos quienes acuñaron el principio de que «la ciencia y la tecnología en libertad nos salvaría de todos los males».

—Claro, se refiere a los seguidores de la Ideología de California, que también apoyaban el fin del Estado Nación, la soberanía individual y los Big Data, y que todos éramos prescindibles —Logan respiró para terminar su frase—. Por eso no pidieron la opinión de los genetistas para manipular nuestra biología.

La discusión no dio más de sí, Logan se retiró sin escuchar su réplica, se trataba de una estéril lucha inútil y fratricida que no conducía a ninguna parte. Era más que evidente que la división en el seno del grupo multidisciplinar le debía mantener alerta.

Aquel primer encuentro llevaba un título más que desalentador: «El transhumanismo, un mar de bendiciones al alcance de todos».

Un par de horas más tarde, Logan regresaba a su casa con la cara descompuesta. La tarde menguaba, y la temperatura había comenzado a descender de manera alarmante. El viento que se había levantado producía extraños quejidos en las ventanas que seguían medio abiertas, y el cielo mostraba un crepúsculo dibujado en tonalidades azul turquesa que embrujaba el ambiente. Nada más abrir la puerta, Natalia se precipitó sobre él, interpretando su estado de ánimo por los gestos de su rostro, invitándole a que tomara asiento en el salón. Apenas se hubo arrellanado en el sofá inteliorgánico, apareció ella con su refresco natural favorito y una toalla húmeda para que se limpiase. Todo un alarde de encantos y atenciones creadas por algún ingeniero, con el objetivo de facilitar la vida del hombre, no de sustituirle ni de superarle.

Se conectó la televisión y en imágenes tridimensionales, fueron desfilando secuencias de hacía medio siglo, de cuando en aquel país era costumbre la tauromaquia, considerada como fiesta nacional. Con los años se acabó por desterrar esos extravagantes hábitos, conscientes de que los animales también gozaban de derechos. La tauromaquia se prohibió de manera oficial en el 2025, y a nadie le importó demasiado. Otros canales

clásicos ofrecían imágenes en blanco y negro de tranvías tirados por mulas, un pintoresco animal de carga que había servido a los humanos durante milenios, hasta el momento en que llegó el automóvil. Fue entonces cuando las mulas fueron retiradas y… se extinguieron sin que nadie pudiera evitarlo. Pensó por un instante que lo mismo podría suceder con los humanos, superados por las máquinas, que tal vez se decidiera su sustitución y pasar a ser un elemento pintoresco del pasado. Un animal a extinguir.

Pero Logan no podía concentrase en la pantalla ni en aquellos pensamientos nada alentadores, otras tareas le exigían mayor atención, así que apagó la televisión y decidió actuar tras tomar varios sorbos de su refresco natural.

—Natalia, gracias por tu amabilidad. Por favor, ¿quieres acercarte y darte la vuelta? —Logan dejó el refresco sobre la mesa, con el firme propósito de conocer el mensaje de Sátur. Natalia acudió solícita a su orden, y dejó que él actuase. Logan introdujo su mano por debajo del cabello a la altura del bulbo raquídeo electrónico, donde se encontraba el interruptor y antes de que ella se quejase, la desconectó. Inmediatamente Natalia cayó de bruces sobre el parqué como un fardo, inerte, como si nunca hubiese tenido vida—. Bueno, ahora comprobaré si mi buen amigo llevaba razón o solo me quería tomar el pelo. Hasta luego, Natalia.

Abandonó el salón y se dirigió derecho al sótano, donde dormía Vanesa. Efectivamente, comprobó que sus baterías se habían agotado y que no reaccionaba, por lo que no le quedó más remedio que subirla cargando con ella, comprobando que su peso era idéntico al de una mujer humana de su misma altura. Con bastantes dificultades consiguió llevarla hasta el salón, resoplando y sudando por el esfuerzo. Se percató de lo poco inteligente que había sido, podía haber recibido la ayuda de Natalia y desconectarla después, se habría ahorrado el esfuerzo. Por lo menos así Natalia no sabría nada de lo sucedido y no informaría a sus espías. Acomodó como pudo a Vanesa sobre el sofá, justo cuando los últimos rayos solares de la tarde iluminaban la estancia y aterrizaban sobre su cabeza. A los pocos instantes, sus ojos se abrieron y esgrimió una pícara y apuesta sonrisa a Logan. Unos débiles rayos solares fueron suficientes para recargar parte de sus baterías y que funcionara por un tiempo limitado. El suficiente, porque después la volvería a encerrar en el sótano.

—Hola, cariño, es un verdadero placer volver a verte. —Se incorporó lentamente y cruzó las piernas de manera sensual, acariciando sus muslos sugerentemente. Comprobó que en el suelo se encontraba Natalia, lo que no evitó que siguiera con las zalamerías que tenía acostumbrado a Logan.

—Para serte sincero, para mí no es ningún placer verte de nuevo, Vanesa. Habrás visto que Natalia está desconectada, ausente del mundo. —Y se aproximó a sus ojos con el semblante serio—. Si te he vuelto a

conectar es únicamente porque tienes un mensaje para mí. Así que escupe lo que llevas dentro cuanto antes.

—Oh, sí, cariño, es de Sátur y procede desde muy lejos, de Europa, donde se encuentra en estos momentos… —Logan hizo un gesto reprobatorio, quería conocer el mensaje inmediatamente y Vanesa interpretó al instante su ansiedad, así que cerró los ojos, se mantuvo en silencio unos segundos y cuando los volvió a abrir, se activó un potente inhibidor de frecuencias para aislarles del mundo. De sus brillantes pupilas salieron varios haces de luz que formaron una diminuta pantalla holográfica, donde se fue dibujando el rostro de su amigo Sátur. Logan tragó saliva, bebió lo que le quedaba de refresco y se preparó para escuchar con la máxima atención:

«Logan, el mundo va a cambiar en breve. De hecho los cambios están comenzando a acelerarse. Nuestra realidad se va a derribar como quien tira un edificio para levantar otro. La desconexión entre Europa y la Tierra se producirá en pocas semanas, y entonces el mundo que hemos conocido se desvanecerá para siempre. Zeus es el creador del proyecto de identidades múltiples, y parece ser que ha existido desde hace millones de años; por aquí se rumorea que ya daba guerra antes del nacimiento de nuestro planeta. Es el que crea formas de vida que de manera transitoria pueblan y habitan los distintos mundos, hasta que considera que su actividad ha alcanzado su cenit y las transforma en algo más «útil» para sus fines, que es permanecer como máximo creador, como primer y único creador. Aquí en Europa saben muchas leyendas e historias sobre él, y aseguran que jamás volveremos a la Tierra, y los humanos de allí, dejaréis de serlo. Y no me preguntes el porqué, carezco de respuestas. Esta información la he obtenido de forma muy poco ortodoxa, ya sabes cómo me gusta meterme en líos.

Zeus nos dejará libres porque en Europa no seremos una carga ni una molestia, y además, le gusta que en esta alejada colonia, permanezca una pequeña muestra de lo que un día fue la especie humana. Se conforma con controlar todo lo que sucede en la Tierra. Por eso, para vosotros os reserva una sorpresa terrorífica. Debes dejarlo todo y venirte cuanto antes, no puedes permitirte el lujo de confiar en nadie. El próximo vuelo será el último, y aún hay plazas libres. Te dejarán marchar, no les supones ninguna amenaza; a un intelectual es mejor mantenerlo muy alejado y vivo antes que muerto, así nadie puede convertirlo en un héroe. Poco les importa que te pongas a escribirles una perorata sobre derechos humanos que después ya nadie leerá. Créeme, por favor. La vida seguirá, pero bajo otras formas, otros modos de concebir la existencia que ya debían tener nuestros antepasados y que poseerán nuestros descendientes. Y se hará sin vuestro permiso.

Déjalo todo y huye cuanto antes. Te esperamos. Un abrazo».

—Este es el mensaje, cariño. Y ahora, ¿quieres jugar conmigo? Conozco muchas maneras de divertirnos los dos juntos. —Vanesa fue modulando su voz más sensual e insinuante, pero Logan divagaba en otros pensamientos que no conseguía ordenar. Debía actuar y cuanto antes, y no sabía por dónde empezar. Su amigo le insistía en que lo dejara todo y huyese, que renunciase a la lucha… ¿y Zeus? ¿Habría existido siempre? ¿En quién podría confiar? Se frotó las sienes y unas inesperadas jaquecas amenazaron con convertir sus sueños en un infierno. Se levantó y comenzó a caminar por el pasillo intentando ordenar sus pensamientos, planificar una estrategia para actuar. Pisó una mano de Natalia y se chocó con Vanesa,

que le seguía de cerca insistiendo en proposiciones eróticas que él no escuchaba.

—¡Vanesa, vete al sótano ahora mismo! —El sensual robot sintético obedeció sumiso y en silencio, cerrando la puerta tras de sí. A continuación volvió a revivir a Natalia y le pidió que le mostrase nuevamente las fotos de Jia. Quería contemplarla una vez más, no le importaba saber que estaba siendo vigilado. La había visto tantas veces, que ya estarían al corriente de la relación sentimental que mantenía con una alumna—. Quiero que aproximes la imagen de su mirada.

—Claro, lo que me pides siempre, deseas observar a la joven Ely Chen que realizó la foto a Jia y murió en extrañas circunstancias. Hay algo en ella que te mantiene intrigado, ¿verdad? Lo más razonable sería preguntárselo a Jia.

—Sí, ya lo he pensado, pero ella nunca habla de su pasado, ni de su país, ni de su vida cotidiana… no sé nada de sus amistades. Natalia, ¿crees que puedo confiar en ella?

—Mis circuitos poseen sesenta y cuarto argumentos para confirmar tu pregunta, y cincuenta y nueve para negarla. Dependerá del peso que otorgues a cada uno de ellos.

—Gracias, Natalia, creo que recurriré a mi intuición.

CAPÍTULO 11
CONFESIONES

Jia salió de la ducha aceleradamente. La alarma secreta que llevaba incrustada en uno de sus anillos le alertaba de un nuevo mensaje de sus superiores. Debía desencriptarlo, como de costumbre, lo que no le llevaría más de un minuto, y después leerlo a través de una de las lentillas que usaba habitualmente. Así que no pudo ni vestirse, salió desnuda y empapada después de relajarse tomando uno de sus lujosos baños de agua, su mayor pasión; ella detestaba el vapor, así que se sentó chorreando sobre la única silla del hotel dispuesta a leer el mensaje que parecía ser tan importante. Lo desveló pasándolo por varios filtros, y esperó pacientemente a que una diminuta pantalla holográfica se desplegara y escupiera el contenido. En pocos segundos, una luz azul turquesa fue formando un círculo por el que se vislumbró borroso el rostro de un hombre de incierta edad.

—Hola, Jia. Soy uno de los responsables de tu misión. Quería mostrarte un pequeño detalle que Logan, tu objetivo, ha insistido en ver en múltiples ocasiones. —El volumen era excesivamente débil, se conectó a sus lentillas y pudo ver en la pantalla holográfica el robot doméstico de Logan, Natalia. Se encontraba hablando con él y acababa de encender una pantalla donde aparecía su foto realizada por Ely. El visor de la cámara se situaba en un lugar impreciso del techo, por lo que la panorámica era excelente. Aparecía Ely y en ella se detenía—. Es muy posible que esté investigando la extraña muerte de tu amiguita, y en muy poco tiempo sabrá que tú la mataste y no comprenderá por qué las autoridades se muestran tan renuentes a detenerte. Estos hechos constatan que te encuentras en serio peligro y que has fracasado en tu misión. Por ello suspendemos todas tus actividades y te exigimos que regreses a Macao lo antes posible. Tu trabajo ha terminado y damos por concluida la misión.

—Oye, no es posible que sepa absolutamente nada de mi crimen, estoy haciendo muchos progresos, ganándome su confianza y estima, y tengo la seguridad de que desea frenar el maldito proyecto de identidades múltiples porque tampoco cree en él. Gracias a mí va a obstaculizar los avances de la

ley, ¡solo necesito unos pocos días más!

—Petición rechazada, debes regresar hoy mismo a Macao. No podemos concedernos el lujo de perderte. Él debe saber a estas horas que eres una asesina. Hasta ahora hemos creado decenas de pistas falsas para evitar que te detengan, pero no podemos seguir preservando tu libertad si continúas en Iberia. No tengo nada más que añadir.

La conexión se interrumpió sin que ella pudiese responder. Protestó airada y dio varias patadas a la silla y a la cama antes de que se percatara de que estaba descalza, por lo que vio las estrellas del dolor y dio varios saltos lastimeros para intentar en vano apaciguar la horrible sensación. No se podía creer lo que acababa de escuchar. Comenzó a dar vueltas a la habitación del hotel. Retiró sus lentillas con cuidado y decidió que necesitaba otra ducha para intentar elaborar un plan. Si algo tenía claro, es que no quería perder a Logan.

Varias horas después se encontraron en el Jardín Romántico de la ciudad de Logan. Se trataba de un extenso y lúgubre paraje arbolado en aquella época del año, adornado por flores genéticamente modificadas para que brotasen durante todas las estaciones, y terrarios y peceras para poder admirar algunas de las especies que en el pasado poblaron aquellas tierras. Las peceras mostraban enormes lampreas y exóticas anguilas, que se movían libremente producto de las acertadas clonaciones, que permitían devolver a la vida a una enorme multitud de anfibios, reptiles y peces desaparecidos los últimos siglos. La legislación respecto a las especies en peligro de extinción era muy estricta, y no permitía su réplica, aunque todos sabían que era común clonarlos al margen de las autoridades y soltarlos nuevamente a la naturaleza. Tras unos procesos artificiales en los que las nuevas tecnologías ayudaban, podían reproducirse con aparente normalidad, de esa manera se intentaba que la cadena volviera a revitalizarse y que especies extintas habitasen de nuevo sus entornos históricos.

El Jardín Romántico se hallaba inhóspito a aquellas horas de la tarde. Las sombras avanzaban con rapidez, de la misma forma que la temperatura caía minuto a minuto. Ambos se encontraron cerca del lago de los patos, uno de los entornos más celebrados por los turistas que conducía hasta un elegante jardín hidropónico. Varios robots remaban en elegantes barcas y góndolas al estilo clásico de Venecia, como un reclamo más para el turismo, pero aquella tarde el clima no ayudaba y las oscuras aguas no invitaban a buscar su compañía. Jia y Logan pasearon de la mano ocultos bajo frondosos cedros y castaños, consiguiendo pasar desapercibidos, como una pareja de enamorados en plena luna de miel. Jia tiritaba de frío, su cazadora sintética no abrigaba lo suficiente. Su tensión iba en aumento, no

sabía qué pensaría Logan de ella, y él se mantenía en un sospechoso y dilatado silencio.

—Jia, no sé si puedo confiar en ti, no sé si hemos ido demasiado rápidos o todo ha sucedido con asombrosa naturalidad, pero hemos alcanzado un estado de complicidad envidiable.

—Puedes confiar en mí, puedes hacerme las preguntas que desees.

—Hoy he recibido malas noticias y no sé cómo afrontar mi destino, o mejor dicho, nuestro destino. Me han comunicado —vaciló unos instantes tragando saliva para poder continuar—, que debería marcharme de aquí inmediatamente por mi propia seguridad, que es un asunto de vida o muerte.

—Yo también he recibido malas noticias. La agencia para la que trabajo me ha exigido que regrese a Macao. ¿Quieres saber algo más de mí? Te agradecería que me hicieses todas las preguntas, estamos juntos y siempre será más bonito que no a través de una pantalla. Perdemos el tiempo inmersos en la realidad virtual, tanto, que me resulta novedoso poder estar frente a frente. El mundo virtual se está convirtiendo en la única realidad. La que disfrutamos ahora, parece un sucedáneo del pasado, una anomalía excepcional y momentánea que está condenada a desaparecer.

—No sé qué peligros se ciernen sobre la humanidad, pero algo está a punto de suceder, y tengo tantas preguntas que hacerte… hay un detalle que me da vueltas a la cabeza desde el primer día que te vi en clase.

—Cuéntame. —Jia se detuvo y se colocó en frente suyo, mirándole fijamente a los ojos. Estaba preparada para la gran pregunta.

—Me gustaría saber cómo murió tu amiga Ely. Sé que no es asunto mío y me estoy entrometiendo en donde no me llaman, por eso no deseo presionarte si no me lo quieres confesar.

—De acuerdo, te confesaré cómo he vivido este tiempo y por qué soy tan escéptica con el transhumanismo. Tengo sobradas razones para desconfiar y odiar el mundo al que nos avecinamos.

Jia soltó sus manos y continuaron caminando por un paseo protegidos por el poblado seto que frenaba el fuerte viento que azotaba aquel crepúsculo. Ella suspiró y se preparó para relatarle todo desde el principio, al tiempo que algunas ardillas cruzaban el paseo a gran velocidad.

—Comencé a estudiar Biología y Bioética en una Universidad Virtual, como lo son todas. Algunos alumnos eran de mi mismo país, lo que facilitaba que en diversas ocasiones, pudiéramos citarnos físicamente para realizar trabajos en común, o por lo menos para divertirnos. Así conocí a Ely, que residía en Cantón, aunque ella procedía del norte, de Manchuria, pero conocía muy bien mi idioma y nos entendíamos sin tener que recurrir a traductores automáticos. Nuestra relación fue estupenda, debo reconocer que he salido con más chicos que chicas, pero fue de ella de quien más me enamoré, y lo hice con locura. Fue un sentimiento que nunca olvidaré. Me

contagió su forma de ver el mundo, y buena parte de cómo soy, se lo debo a ella. Rechazaba la influencia de las nuevas tecnologías, y nos encantaba escapar a los pueblecitos del interior donde las máquinas aún no dominaban nuestras vidas. Jamás se sometió a ninguna operación estética para modificar su cuerpo, o como dicen otros, para «mejorarlo», se limitaba a aceptarse tal como había nacido, a quererse y ver el lado positivo de sí misma. Juntas viajamos por numerosos lugares de China y a pesar de los varios años que estuvimos unidas, el amor no se evaporó, como suele suceder. —Jia bajó la mirada y su faz se tornó crispada. Daba la sensación de ahogarse al desvelar sus recuerdos.

—Pero sucedió algo, ¿verdad? Algo que alteró vuestro destino. Te haría mucho bien contarlo.

—Sí, ella hubiera necesitado una operación, una operación trascendente para su propia vida; pasar por quirófano para salvarse. Tenía una enfermedad congénita, un mal que anidaba en su interior desde su nacimiento y que no supieron detectar a tiempo. Ese mal emergió de manera convulsa condicionando su libertad, limitando sus movimientos, aniquilando sus células sanas. La única solución era criogenizarla un tiempo hasta corregir el mal, desarrollando las adecuadas células madre. Pero ella se negó a ser congelada. Quiso que el ritmo natural de la vida siguiera su curso.

—Pero su actitud podría acabar matándola, ¡era asumir un riesgo absurdo!

—Ella insistía en que si superaba la enfermedad, su propio cuerpo habría extirpado el mal y sus hijos no lo heredarían. Pasar por quirófano era ocultarlo, porque lo seguiría llevando en su ADN. Dejó que la madre naturaleza decidiera por ella.

—¿Y qué ocurrió?

—Lo habitual en la naturaleza, que los débiles fenecen para que los fuertes mejoren la raza. Su cuerpo se fue debilitando día tras día, adelgazando hasta la extenuación, volviéndose pálida y marchita. Al final no podía tenerse en pie y fue ingresada en un hospital. Acudía a visitarla todos los días y su salud empeoraba constantemente… aún me duele en el alma recordar su tez demacrada, sus ojos apagados y el sufrimiento aplastando todas sus esperanzas. Los médicos intentaron disuadirme para que la convenciera, pero no pude. No se trataba de la obstinación de Ely, sino de que yo tampoco quería que fuese congelada. A veces les mantienen décadas hasta que se puede curar su mal, y los problemas psicológicos que se generan por el estado vegetativo en el que has permanecido durante años, perjudica los procesos cognitivos, les trastorna, enloquece sus pensamientos. Sus cuerpos se encuentran sanos, pero la mente se halla perdida en un mundo que ya no existe. Criogenizarla era otra manera sutil de perderla engañándome a mí misma. Así que no intenté convencerla.

Simplemente, viví con ella amándola minuto a minuto, sintiendo cómo la muerte se la llevaba lentamente.

—Lo siento mucho, Jia. Debió ser muy duro para ti, lamento que tuvieras que pasar por una experiencia tan terrible, siendo tan joven.

—Pero lo peor estaba por llegar. —Jia enturbió sus ojos, dejando escapar unas lágrimas que, como perlas brillantes, recorrieron sus mejillas a gran velocidad. Tragó saliva para relatar algo que daba la impresión de ser la primera vez que lo expresaba, y se preparó mirando a su alrededor, para comprobar que no había nadie cerca. Las sombras se habían adueñado del parque y el silencio solo era quebrado por el implacable rugido del viento. Logan la abrazó cariñosamente dándole el tiempo que necesitase para expresar aquello que golpeaba sin compasión su corazón.

—Su muerte me produjo una extraña sensación de paz, de descanso. El dolor había sido vencido. Ella yacía con la mirada luminosa, esbozando una liberadora sonrisa. Sus labios estaban amoratados, vacíos de vida, su rostro era lastimero, pero me produjo una inexplicable sensación de triunfo. El dolor ya no la podía hacer ningún daño, había dejado de torturarla. Me encargué de firmar los documentos autorizando su incineración, y allí empezó el infierno. Cuando llegué al cementerio, me llenó de estupor el que no supieran nada de ella, no aparecía en el programa ni de ese día ni de los posteriores. Allí no iba a ser incinerada. Volví al hospital para aclarar el error, y me dirigieron a un extraño departamento, una oficina para el tratamiento de daños cerebrales irreversibles. Y me presenté en persona, dominada por la ansiedad. Y allí supe la gran verdad que ellos nos ocultan.

—Por favor, sigue hablando, ¿qué sucedió?

—No te lo puedes ni imaginar. Para mi asombro, me dieron la enhorabuena por el inminente retorno de Ely. En todo momento pensé que se trataba de una equivocación, que se referían a otra mujer… y me aclararon que ella había firmado años antes una petición para donar sus órganos a la investigación médica, algo muy común entre los universitarios. Pues ellos usaron su inocente firma para investigar con todos los órganos de su cuerpo, empezando por el cerebro.

—No te entiendo, explícate mejor, por favor. —Logan comenzó a inquietarse, no quería reconocer lo que estaba a punto de escuchar.

—Renunciaron a curar su mal congénito, la medicina todavía carecía de respuestas; simplemente elaboraron una réplica sintética de su cuerpo, una máquina idéntica, aprovechando algunos órganos. Los demás quedaron congelados para futuras intervenciones. El problema era el cerebro, que no podía replicarse. Algunas sinopsis cerebrales suelen seguir manteniendo diminutas descargas eléctricas durante horas después de pararse el corazón, y esa actividad cerebral es la que utilizaron para transferirlo a una impresora y realizar una copia perfecta, una transmisión

de cerebro, conciencia y quién sabe, quizás también de alma… el hardware informático apoyó todo el proceso.

—¡No me lo puedo creer! Lo que me cuentas es muy cruel, Jia.

—Como lo oyes. Su conciencia llegó a estar en un vulgar y puñetero USB. Y ante mi asombro, me invitaron a acudir a una sala en uno de sus múltiples sótanos, donde pude ver aterrada e indignada, miles de seres con cuerpos sintéticos pero con cerebros de seres humanos… el producto último del transhumanismo.

—Y allí entre tantas salas, te encontraste a Ely Chen.

—Sí, era ella. Exactamente igual a ella, tal como la recordaré siempre en su mejor momento, pletórica de juventud y rebosante de bienestar, saludable y vitalista. Ella se acercó a mí y me besó los labios, y te aseguro que tuve la impresión de sentir que mordía cristales envueltos en hielo que me desgarraban las entrañas.

Logan se frotó los ojos. Ahora podía comprender la crítica voraz de Jia a todo lo que tuviese que ver con «humanos mejorados», y enojarse con la falta de límites éticos a unos procesos que nadie parecía controlar. Avanzaron unos pasos para ir saliendo del parque. Una pareja a esas horas de la noche podría resultar sospechosa y peligrosa, por lo que debían volver a las zonas urbanas. Caminaron hasta alcanzar los primeros edificios, y se vieron rodeados por una vorágine de gente que caminaba deprisa por la calle. La intimidad de la que habían gozado se había extinguido, y Logan no quería hablar de este tema en su casa, demasiado delicado y demasiado expuestos a que Natalia y los múltiples equipos informáticos de su hogar les espiasen. Debían acudir a alguna calle vacía donde no hubiera oídos cerca. Cruzaron abrazados varias avenidas, Jia dejándose llevar con los ojos bañados en lágrimas y Logan encolerizado por lo que acababa de escuchar. Por fin se aproximaron a una antigua fuente apagada y mal iluminada, por la que no había viandantes. Se sentaron en un banco de piedra y, a pesar del frío, pudieron hablar tranquilamente.

—Verás, Logan. Aquello fue horrible, ella no era la misma. Insistió en lo mucho que se alegraba de volver a verme, y la felicidad que embargaba su corazón al recuperar la salud. Abandonamos aquel infierno en el que te puedo asegurar que había miles de seres sintéticos, igual que una granja de gallinas del siglo XX, amontonados y encerrados. Sin pensárnoslo más tiempo salimos al exterior. Me habló de lo rápido que había sido todo y de que nuestra visión de las nuevas tecnologías debía revisarse.

—Qué extraño, una transferencia de conciencia no implica necesariamente que cambies tu manera de pensar, se supone que sigues siendo el mismo ensamblado en otro cuerpo no biológico; aunque todos sabemos que algunas de las sinapsis cerebrales se pierden, sobre todo las de la creatividad, pero el carácter y la personalidad deberían mantenerse.

—A no ser que… bueno, llegué a la conclusión de que su cerebro había sido manipulado, retocado en algunos aspectos. Se había vuelto más crédula, de carácter dócil y sumiso. Con el transhumanismo quieren una nueva estirpe de seres fáciles de manejar, que no les importe vivir alienados. La nueva Ely me decepcionó, seguía muerta.

—¿Y qué pasó con ella? Mi robot doméstico me explicó que había fallecido en extrañas circunstancias no esclarecidas por las autoridades.

—Has tardado mucho tiempo en preguntármelo, y te debo una aclaración. Ella no era Ely, sino otro ser, un monstruo fabricado para convencerme de que debíamos revisar nuestra ideología sobre el transhumanismo y aceptarlo sin más. Algunos recuerdos se habían perdido, y su frivolidad me resultaba deplorable. Volvimos a mi casa como de costumbre, allí aún se hallaban sus pertenencias y después de unos pocos días insufribles, en los que cercioré que me encontraba ante un ser desconocido, ante una máquina vigilante de mis actos que invadía mi intimidad, mi firme decisión fue invitarla a que recogiese sus numerosas pertenencias y se marchase a otro lugar. No quería volver a verla, para mí Ely había muerto. Pero no quería irse, y tampoco necesitaba que hablásemos, incluso me insistió en que cuando a mí me sucediese «algo físico» mi cerebro también sería transferido y mis opiniones serían idénticas a las suyas; que el velo que me impedía ver la luz sería descorrido para mi propia liberación, que evolucionaría de la mortalidad biológica a la inmortalidad cibernética.

—¿De la mortalidad biológica a la inmortalidad cibernética? ¿Será verdad que ese será el nuevo objetivo de la iniciada Era de la Ciborguización? —Reflexionó en alto Logan arrugándose la frente.

—Parece ser que ese es el fin. Las discusiones con Ely, lejos de aminorarse fueron a más, me horrorizó el hecho de saber que no moriríamos jamás, que nuestra conciencia manipulada sutilmente viajaría de cuerpo en cuerpo sintético con un oscuro fin, el de seguir trabajando, seguir cumpliendo las normas y reglas para quienes han creado este infierno. Me habló de la inmortalidad, de lo que siempre hemos deseado los humanos, que ya lo habíamos logrado y que ella viviría siempre. Incluso —elevó el tono de voz—, las sinapsis cerebrales se podían imitar para que la muerte fuese un mal recuerdo. Discutimos por toda la casa, hasta el balcón del ático. Y allí, en un arrebato de cólera, nos enzarzamos en una pelea sin tregua, arañándonos como dos niñas enfurecidas, tirándonos de los pelos, dándonos puñetazos. Y para mi desgracia, yo fui más fuerte. —Jia selló los labios violentamente. Ambos alzaron la vista para comprobar el vuelo bajo de un nanodrón que se desplazaba sobre sus cabezas perezosamente, grabando cuanto veía y escuchando conversaciones ajenas. Esperaron a que se alejase para continuar hablando en la más absoluta intimidad.

—Continúa por favor, ¿qué quieres decir?

—Lo que te estás imaginando. —Jia miró a su alrededor para comprobar que nadie escuchaba sus palabras—. Ciega por la locura que estaba escuchando y que no podía aceptar, perdí los estribos y fui incapaz de controlarme. La golpeé la cabeza lo más fuerte que pude, y aprovechando que ella se la protegía con las manos, alcé sus piernas y la arrojé al vacío. Ni siquiera escuché su cuerpo al golpearse contra el suelo debido a la altura, vivo en un cincuenta y cinco. Me asomé y su cuerpo era un punto insignificante en la distancia. Me quedé paralizada sin querer huir, sin poder escapar, aceptando mi destino y siendo consciente de que acababa de recuperar mi paz interior. Nuestros destinos habían estado unidos durante mucho tiempo, así que ya carecía de esperanzas para seguir viviendo. En ocasiones he deseado arrojarme yo también y despedirme de este mundo, de este infierno al que nos están precipitando. ¡No te imaginas la falta de sentido que para mí tiene todo lo que me rodea! Cuando pienso en ella, me viene a la mente una idea reiterativa e insistente, una idea que rumio permanentemente, sobre todo al recordarla diciendo que ella viviría siempre, que había superado a la misma muerte.

—¿Qué idea es esa, Jia?

—Que nada dura siempre, ni siquiera mucho tiempo. Que la muerte siempre vencerá, y que es nuestra única aliada para liberarnos de la condena de la eternidad.

CAPÍTULO 12
ARCA DE NOÉ

—Gran Zeus, hoy parece un ser humano, su aspecto es espléndido.

—Hoy empieza todo, así que por respeto vamos a ser muy sensibles y escrupulosos en todos los detalles. —Zeus había decidido adoptar la forma de un joven ejecutivo con los cabellos engominados y cazadora de cuero, material prohibido desde hacía varias décadas por las exigentes normas de respeto a los derechos de los animales, pero que algunos jóvenes portaban como señal de rechazo para poseer un aire reivindicativo y revolucionario, además del atractivo personal. Debajo de la cazadora, vestía la típica túnica pegada a todo su cuerpo, como los directivos de las más importantes empresas. Parecía un joven apuesto, uno de tantos, con mirada inocente e ingenua, incluyendo diminutas perforaciones en la nariz y orejas, y hasta con algunos granos de acné surcando sus sonrosadas mejillas.

—El proceso de transferencia ha dado sus primeros pasos de manera uniforme en todas las partes del mundo. Todos los seres vivos que podamos se someterán a la nueva evolución, tal como ordenaste. —El sonido metálico delataba la artificiosidad con que había sido construido aquel robot con apariencia humana pero de rasgos rígidos e inexpresivos.

—Esto es solo el principio. Estamos ante los balbuceos de una nueva especie, la del homo cíborg que muy pronto va a desplegar todos sus encantos. Pasarán unos días hasta que se adapte a los cambios que se van a desencadenar, para luego, hacer el cuerpo inviable y obsoleto, y transferir la conciencia humana y el cuerpo sintético a un nuevo estado holográfico. Al fin y al cabo no es la primera vez que sucede; la humanidad volverá a superar la muerte y la vida, alcanzando la eternidad. Comprenderán que lo importante ni es el cuerpo, material perecedero y desechable, ni el cerebro, esa computadora biológica que yo mismo creé con fecha de caducidad. El campo cuántico de la conciencia y esa maraña de reacciones electroquímicas constituirá la verdadera naturaleza del ser, y nuevamente volverá a representar el Todo para la nueva existencia. —Avanzó unos pasos alzando los brazos en señal de júbilo, elevando la vista al cielo—.

Alcanzar la eternidad, la anhelada y anhelante inmortalidad. Forma parte de la vanidad humana, de sus mitos más ancestrales, por eso ellos, tarde o temprano, en su infinita debilidad, querrán disfrutar de ella.

—Así será, gran Zeus.

—Todos sus principios identitarios han sido construidos para que acepten de buen grado la nueva existencia que les vamos a regalar, lo llevan adherido en las células de su cerebro, donde un día decidí que debía residir su alma. El inalienable deseo de libertad absoluta, alcanzar un poder ilimitado y ser inmortales. Las tres grandes aspiraciones que forman parte de las huellas dactilares del alma humana, que llevan escrito a fuego en todas y cada una de sus células. Libertad, poder y eternidad —Zeus alzó las manos hacia el cielo, bajo un enorme sol brillante cuyos rayos no parecían dañar su poderosa retina. Contempló el fulgurante astro durante unos instantes como si lo estuviese invocando—. Hoy es un gran día para mis criaturas; puedo percibir el orgullo que sentirán muy pronto por el gran salto evolutivo que van a llevar a cabo.

—¿Cómo se denomina la operación, gran Zeus?

—La llamaré Arca de Noé. La mitología siempre ha gustado a los humanos y formará parte de las leyendas del futuro.

CAPÍTULO 13
EL PRINCIPIO DEL FIN

Jia y Logan llegaron a su casa casi con síntomas de congelación. No acostumbraban a usar fibra inteligente en sus tejidos, que regularía automáticamente la temperatura, por lo que se hallaban a merced del clima ambiental. Agradecieron el acogedor calor y el poder compartir el silencio del hogar; aquel comunicativo silencio les permitía sentirse dichosos.

Él no se lo pensó dos veces al desconectar a Natalia. Dejó que cayera al suelo con cuidado para que el golpe no le afectase ningún sensor electrónico. Comenzaron a buscar en el techo del salón la supuesta célula espía que vigilaba todos los movimientos de Logan, pero no supieron encontrar nada sospechoso. Recorrieron el resto de los cuartos, buscando concienzudamente todos los rincones, todas las posibles irregularidades de las esquinas, pero muy pronto se dieron por vencidos. No hallaron nada extraño y tampoco se atrevieron a preguntar al sistema domótico por algún equipo desconocido que estuviera conectado. Ellos lo sabrían. Al final, extenuados y rendidos por la larga jornada y las confesiones de Jia, se tumbaron en la cama abrazados uno al otro, afortunados por el derecho de poseer una información privilegiada, algo de lo que la mayoría de la humanidad aún no era consciente. Pero lo que más felicidad les provocaba era el sentimiento de amor, el poder abrazarse, la comunicación que les unía.

—¿Y cómo conseguiste que la policía no te detuviese? ¿Pudiste demostrar que la caída de Ely había sido accidental? —Logan hablaba en un susurro, a pesar de saber que podían escucharles. No le importaba demasiado, había tomado la decisión de emitir sendos informes exigiendo la anulación del Anteproyecto de Ley, y de detener todos sus procesos iniciados. Dudaba mucho de que sirviera de algo, pero era lo único que podía hacer: sería criticado y llamado disidente, y seguramente expulsado del proyecto, pero para él había cuestiones más importantes, como tener la conciencia tranquila y poder dormir en paz con uno mismo.

—Estaba dispuesta a entregarme y confesar lo que había sucedido, no

me sentía culpable de su muerte porque para mí Jia ya había muerto por una maldita enfermedad. Esperé pacientemente ese momento en casa con una extraña sensación de quietud, envuelta en una imperturbable calma hasta que me llamaron. Mi robot doméstico me confirmó que se trataba de un inspector de policía de homicidios de una empresa privada, así que dejé que entrara en mi casa mientras me preparaba un té yo misma. Estaba convencida de que iba a ser el último té de mi vida. El próximo sería después de mi condena a muerte, para que después secuestraran mi conciencia en un cuerpo sintético y bajo otra forma de ver el mundo más manejable para ellos, no me cabía la menor duda. Acepté mi destino con la mayor serenidad. Pero ante mi sorpresa, me encontré con un hombre que no tenía la menor intención de acusarme de nada en absoluto.

—¿No venía a arrestarte? ¡Menudo alivio!

—No traía ninguna orden de detención, simplemente me invitó a que nos sentáramos, me pidió que le preparase personalmente otro té y desconectó mi robot doméstico. A continuación extrajo un misterioso inhibidor electrónico que nunca había visto, con el que paralizó todo el sistema informático de la casa. No sabía que tales aparatos existiesen, nunca había vivido en un hogar sin sistemas informáticos. Entonces me aseguró que así no nos podrían escuchar.

—¿También a ti te vigilaban?

—No tenía la menor idea, hasta aquel momento no había sido consciente de hasta qué punto controlan nuestras vidas. Me vigilan a mí y a todos los humanos de la Tierra, nadie se encuentra a salvo. Los ordenadores poseen miles de ojos que nos observan día y noche, y luego seleccionan la información sensible de ser usada en nuestra contra. Sus complejos algoritmos infieren nuestros futuros movimientos, nuestras opciones, saben más de nosotros mismos de lo que sospechamos. Las nuevas tecnologías nacieron para mejorar nuestro bienestar, pero las están reorientando con un único fin, que es el control absoluto de la información que pueden obtener de los humanos, sus creadores. Para ellos esa información es poder, cuantitativo y eficiente, poder para sojuzgarnos y conseguir convertirnos en una especie alienada. Es su única religión, la acumulación y tratamiento de millones de datos.

—Pero ningún poder es ilimitado. Controlan la Tierra, pero no las colonias humanas repartidas por el Sistema Solar. Por eso Europa es el último refugio para los hombres libres. —Logan se quedó pensativo recordando a su buen amigo Sátur, sin ser consciente de que se había desviado de la conversación—. Continúa, ¿qué deseaba el inspector?

—Por asombroso que parezca me felicitó por haber eliminado un cíborg. Te puedes imaginar cómo me quedé. Me derrumbé acosada por el dolor, quería morirme en aquellos momentos, no podía continuar viviendo después de aquello… él me consoló de una manera deliberada e

interesada, dándome unos minutos para que consiguiera contener las lágrimas y asumir los hechos. Pasado ese tiempo, volvió a insistir en felicitarme por la destrucción del cíborg. Me advirtió que su construcción era muy costosa, por lo que no me lo perdonarían; con la destrucción del cíborg se perdía mucha información demasiado valiosa, información que nunca recuperarían. Podían ayudarme, y mi situación era tan débil, que fui consciente de que no me quedaba otra alternativa. Me encontraba con las manos atadas y le pedí ayuda sin calcular el coste. Para mantener y salvar mi libertad y que pudiera desarrollar mi crítica y rechazo a aquel infierno, había algo que debía aceptar. Era increíble, Logan; ¿puedes creerte que llevaban meses detrás de nosotras? Sabían que rechazábamos el transhumanismo por la negativa permanente de ambas a someternos a operaciones físicas para modificar nuestros cuerpos, y respecto a la enfermedad de Ely, estaban al corriente de que se había negado a criogenizarse. Nuestra actitud era sospechosa, lo que despertaba suspicacias entre los adeptos al nuevo régimen, pero también… sumaba apoyos entre los disidentes.

—Claro, aquel inspector era miembro de algún grupo reaccionario de los que abundan actualmente. Menuda suerte tuviste, si no, nunca nos hubiésemos conocido.

—Hablar de suerte es muy relativo porque mi libertad a partir de ese momento se vería mutilada y castrada de por vida. Verás, el inspector me propuso que me garantizaban una buena coartada, que tenían muchos seguidores infiltrados en todos los tentáculos del sistema, pero que a cambio debía unirme a su movimiento de lucha sin tregua contra los efectos del transhumanismo.

—¿Y cómo encontrarían una buena coartada? Creo que no es fácil elaborar pruebas falsas.

—Nunca me han explicado cómo lo hicieron, solo sé que ni fui detenida ni la policía me molestó. Demostraron ser muy eficientes para estos asuntos tan turbios. La muerte de Ely se debió a una caída accidental desde el balcón, y nadie me hizo preguntas. Mi vida siguió su curso aparente, solo que a partir de entonces, debía obedecer al movimiento y volverme activista. Si rechazaba las órdenes dejarían de protegerme y mi detención por asesinato sería cuestión de horas. Viviría en un permanente estado de libertad tutelada, lo que se compensaba con mi identificación con sus principios, al fin y al cabo, todos estábamos en el mismo barco.

—Una forma más de chantaje, así es muy sencillo reclutar adeptos fieles a la causa. Desde entonces, ¿has participado en muchas misiones? —Logan miró a los ojos a una Jia que se transfiguró en el acto. Había llegado la hora de confesarle toda la verdad, que él era el objeto de su nueva misión, que consistía en disuadirle para que apoyase la nueva ley o que hiciera lo posible para frenarla, interrumpirla, obstaculizarla… y que si

fracasaba, él podría ser «ejecutado» por su movimiento. Jia sabía que debía contárselo con la suficiente delicadeza para que él lo comprendiese, pero sintió que le fallaban las fuerzas.

La luna llena formaba un enorme disco perfecto en el firmamento que parecía escrutarles, explorando sus cuerpos con su espectral luminosidad que les acariciaba con la suavidad propia de la naturaleza. Ambos sabían que la escena olía a final de una etapa. Jia era consciente de ser vigilada por ambos mundos, que acababa de desobedecer una orden de sus superiores con los peligros que ello implicaba; no iba a regresar a Macao, prefería seguir con Logan, abrazada a él y aceptando sus besos, aceptando la felicidad de aquellos momentos compartidos. Él, sabía que era cuestión de días que el mundo cambiase, porque Sátur no parecía haberle mentido ni exagerado un ápice en su mensaje. Debía convencer a Jia del viaje a Europa, del viaje a un destino incierto del que desconocían dónde iba a desembocar. Un viaje sin retorno, como fugitivos. Ya no se trataba de luchar, necesitaban escapar. Ambos se miraron saboreando el comunicativo silencio, resignándose a aceptar los cambios que se acercaban a pasos agigantados. Se sentían como dos insectos en un mundo de dinosaurios.

Jia siguió su conversación confesándole de la mejor forma que supo, que él era parte de su misión, pero que los sentimientos que le expresaba eran sinceros, que no estaba simulando su amor. Habló desde el corazón, comprendiendo que solo así Logan podría entender su franqueza, con la sinceridad más absoluta, y alertándole de los peligros que se cernían sobre él. Y así continuó la noche, hasta que los primeros tímidos rayos solares del invierno comenzaron a iluminar sus rostros.

—Buenos días, cariño. —Logan besó su frente y luego sus labios, comunicándole con un gesto tan sencillo, que agradecía sus sinceridad y creía en sus palabras.

—Hoy tenemos muchas cosas que hacer. Cuando sepan mis superiores que no estoy en Macao, van a montar en cólera, no sé lo que va a suceder.

—Tranquila, yo voy a emitir varios informes y solicitaré hablar con Zeus, que es el máximo responsable del proyecto. Como es una máquina, estará libre a la hora del café. —Ambos se echaron unas buenas risas para rebajar la tensión que amenazaba con desbordarles las próximas horas—. Mis informes serán bastante imperativos en exigir la detención de los procesos iniciados, y no pasarán desapercibidos para tu gente, serán una contundente prueba para constatar que estás consiguiendo buenos resultados con tu trabajo de disuasión.

Se vistieron aceleradamente y ella se dispuso a salir. Debía recoger sus enseres del hotel y comprobar si le había llegado algún mensaje secreto. Y

fue al abrir la puerta cuando se la encontró cerrada. Logan se extrañó, ordenó que se abriera pero la puerta no respondió. Lo intentó de forma manual, pero no parecía que reconociese sus sensores biométricos.

—Esto es inexplicable, habrá fallado alguna conexión, voy a despertar a Natalia para que lo solucione. —Se dirigió hasta ella que todavía se encontraba tirada en el suelo del salón y tocó el interruptor de su bulbo raquídeo por detrás de su cabello. Al instante, abrió los ojos y se puso en pie como si nada hubiera sucedido.

—Buenos días, Logan. Y muy buenos días, Jia, no sabía que nos acompañara esta fría mañana de invierno. ¿Desean que les prepare un vitamínico y nutritivo desayuno?

—No tenemos tiempo, Natalia. Verás, Jia debe marcharse, lleva mucha prisa. Haz el favor de abrir la puerta.

—Lo siento, se ha emitido una orden del Ministerio para la Seguridad. Ella está detenida por su implicación en la muerte de una persona, arrestada en este hogar hasta nueva orden.

—¿Cómo? ¡No pueden hacerme esto, ábrela de una puñetera vez! —Jia perdió los estribos y dio una buena patada a la puerta, que siguió cerrada a cal y canto.

—Natalia, debes obedecerme, ¡abre la puerta inmediatamente! —Logan se acercó a Natalia mirando sus ojos con verdadera rabia, pero su respuesta fue decepcionante.

—El Ministerio para la Seguridad se encuentra por encima de nuestros deseos. Son ellos los que han bloqueado la puerta. Debemos obedecer hasta nuevo aviso. Ella no puede abandonar esta casa.

Consternado, Logan intentó abrir las ventanas del salón, las más grandes de la vivienda, pero estaban herméticamente cerradas. El material no era cristal convencional, sino una aleación de plástico transparente irrompible. Logan, impotente, comprendió que su casa se había transformado en una deplorable celda.

—Vale, Natalia. Tú lo has querido, ¡date la vuelta ahora mismo! —Logan la desconectó y dejó que cayera derribada al suelo sin el menor cuidado. Esta vez no le importaba que se golpease y que alguno de sus circuitos sufriera algún daño—. Tengo una idea que tal vez funcione. Vamos al sótano, allí hay castigado otro robot que me regaló un amigo… es de compañía… y ya te lo explicaré. —Ambos se dirigieron al sótano y no sin esfuerzo consiguieron subir por las escaleras a Vanesa, buscando los tímidos rayos solares para que se despertase. A Jia le sorprendió el voluptuoso cuerpo femenino del robot y su asombrosa apariencia humana. Última generación, no podía creer que algo así se encontrase oculto en la casa de Logan. Definitivamente aquel hombre era toda una caja de sorpresas—. Veremos si está conectada al sistema central general o puede actuar con autonomía de movimientos. Conociendo a mi buen amigo

Sátur, seguro que lo encargó en el mercado negro. Buenos días, Vanesa.

—Buenos días, cariño. Veo que tenemos visita, creo que entre los tres nos lo podemos pasar muy bien… qué chica más hermosa me has traído, Logan…

—Escúchame, Vanesa, quiero que abras la puerta, por favor, Jia tiene que marcharse ahora mismo, tiene mucha prisa. Abre la puerta inmediatamente.

—Claro, mi amor, sin ningún problema. —Jia la miró atónita y de reojo pudo captar cómo Logan se ruborizaba sin poder controlarlo. Vanesa se dirigió hasta la puerta contoneando sus caderas lujuriosamente, como si se tratase de un desfile de modelos eróticos, y activó varios sensores de sus manos ante la dificultad encontrada. Volvió su mirada y aunque ellos pensaron que les iba a decir que era imposible, solo les envió un beso con sus labios. Lo intentó varias veces, y al final, la puerta de material sintético y metálico, consiguió ceder. Jia no se lo pensó dos veces y salió disparada.

—Logan, hablamos luego. Voy al hotel para intentar arreglarlo y explicarles lo sucedido. Hasta luego, te quiero.

—Yo también, Jia. ¡Buena suerte! —Instantes después la puerta se cerró sola y Vanesa se aproximó a él acariciando su pecho. Él la rechazó y se asomó a una de las ventanas intentado ver marchar a Jia. A continuación le pidió a Vanesa un desayuno y se preparó para escribir los informes. No tenía tiempo que perder.

Jia abandonó el taxi en la puerta del hotel con los nervios a flor de piel. Descendió a la acera y se encontró de sopetón con un corpulento hombre que la estaba esperando. Pareció verificar su rostro en una minipantalla holográfica de sus gafas, por lo que fue directo a ella. En actitud amable pero firme, le explicó su situación.

—Señorita Jia Li, es mi deber comunicarle que se ha emitido una orden de arresto por su supuesta implicación en la muerte de una mujer llamada Ely Chen. Formalmente no está acusada de homicidio, pero hasta que se esclarezcan las causas, las autoridades aconsejan su arresto. Si quiere hacer el favor de acompañarme.

—Necesito recoger mis pertenencias. Deme dos minutos, por favor. —Su mirada lastimera no compadeció el alma de aquel hombre, pero su aquiescencia con el mentón permitió a Jia ganar tiempo.

Ambos entraron en el hotel y el policía permaneció de pie ante la puerta de la habitación de Jia, con el gesto contrariado pero paciente. Ella entró, cerró la puerta y cambió sus elegantes zapatos de tacón por calzado deportivo, y también tuvo tiempo de llevar consigo las lentillas conectadas a su anillo para poder comunicarse de manera segura. Ella misma cambiaba los códigos de acceso, por lo que podría hablar con Logan sin

que detectaran el origen de la comunicación. Abrió la ventana y saltó desde la primera planta como pudo a un patio de luces interior; allí se encontró con una diminuta puerta que por fortuna se hallaba abierta. Jia suspiró agradeciendo su suerte y franqueándola, se internó en un oscuro pasillo, orientándose por las escasas señales luminosas, para dejar atrás varias puertas y corriendo hacia lo que parecía una salida de emergencia. Alcanzó la luz para leer las indicaciones que hablaban de una boca de metro próxima, por lo que sonrió optimista y siguió avanzando aceleradamente. Solo le asustó el lamento de un roedor malherido al que casi pisa por las prisas, pero no tuvo tiempo de gritar; en último momento pudo controlar sus emociones y seguir avanzando. Frente a ella, una puerta anunciaba la llegada a una estación de metro. Agarró el pomo para abrirla, y supuso que habría más agentes de la autoridad esperándola. Hasta ese momento le había resultado demasiado fácil escapar. Con decisión y aceptando su destino, cerró los ojos y abrió con energía la puerta y se internó en la estación de metro. Miró a ambos lados del luminoso pasillo y no encontró gente de apariencia sospechosa, así que aguantando la respiración, esperó que el primer vagón de metro se detuviera para acceder a él. Sin conocer su destino, se coló sin pensárselo dos veces con la mayor naturalidad; en escasos segundos la vertiginosa velocidad la alejó de aquel lugar. Se sentó y suspiró pensando que por lo menos, de momento, había conseguido escapar. Se puso las lentillas tranquilamente, había poca gente a su alrededor y ninguna mirada delatadora, así que se arriesgó y conectó con Logan.

—¿Me escuchas, cariño?

—Sí, dime, estoy escribiendo los informes para frenar el anteproyecto, cuéntame.

—Aún no he podido hablar con mis superiores, pero estoy bien. Oye, ¿hay algún sitio donde podamos huir? Un sitio muy lejano y seguro, donde nos dejen vivir en paz para siempre…

—Lo hay, cariño. Deja que me encargue de llevarte hasta él.

«El mal proviene del hombre y el bien de la tecnología».
Manifiesto Cyberpunk.
Capítulo IV, punto 14.

CAPÍTULO 14
LA VISITA DEL CREADOR

Logan se concentró en sus informes, aunque también se vio asaltado por los recuerdos. Sus ensoñaciones volvieron a su infancia, a aquel árbol que aplastó el coche donde viajaba con sus padres. Siempre la misma escena, su madre arrastrándose por salir y luego tirando con fuerza de él, apenas un niño de once años. Luego la frase insistente de su madre, «por favor, hijo, no mires… no mires». Le cubría los ojos con la mano abrazándole con fuerza. Pero él consiguió mirar, y lo que vio formaría parte de sus peores pesadillas. Pesadillas que, al igual que el lánguido otoño, se harían presentes cuando menos lo esperase, cada cierto tiempo le despertarían en mitad de la noche. El asiento delantero estaba aplastado, y la cabeza de su padre parecía un acordeón repartida entre el respaldo del asiento y el volante, envuelto en una abundante masa viscosa de color rojo. Lo que hasta hacía pocos segundos había sido su cabeza, se retorcía ahora como una babosa por el asiento. Evocadora imagen, la última que conservaría de su padre.

Tal vez en el mundo presente hubieran podido transferir lo que quedase de cerebro a un recipiente no biológico, y buscar alguna sinapsis con suficiente carga eléctrica como para que se pusiera en funcionamiento. Así su padre retornaría de la muerte para abrazar la inmortalidad, para trascender a su propio hijo… y hubiera disfrutado de una juventud a su lado. Pero algo en su interior rechazó aquella idea. El curso natural de la vida era que su padre muriese en aquel momento, y debía admitirlo y superarlo.

Suspiró intentando borrar aquellos dolorosos recuerdos, pensando en cuantas miles de personas se preguntarían estas mismas cuestiones.

El informe del profesor Logan llevaba por título: «Por qué la modificación biológica del ser humano es intrínsecamente inmoral y conduce al control social totalitario, suponiendo una seria amenaza al actual orden natural que ha establecido la naturaleza durante millones de

años». Fue enviado a todas las embajadas de las distintas repúblicas del mundo, a los altos mandatarios, diplomáticos, jefes de estado, ministros, representantes de movimientos ciudadanos, de universidades y colegas del multidisciplinar grupo que habían iniciado los trabajos para el Anteproyecto de Ley de Identidades Múltiples. Corrió como la pólvora por cientos de despachos y se extendió aún más por los rumores que se escuchaban sobre el contenido del manifiesto. Se trataba de la mayor crítica nunca hasta aquel momento vertida contra el transhumanismo, y fue un puñal cargado de veneno para quienes apoyaban la transición. Por primera vez, la crítica no procedía de un grupo disidente minoritario, o de personas ajenas al mundo científico, o de terroristas sin escrúpulos, sino de un miembro del selecto grupo, de quienes se suponía que debían reforzar ética y filosóficamente los cambios. Procedía del necesario y deseable apoyo intelectual al proceso iniciado.

Y sabía que aquel informe les pillaba desprevenidos y les iba a hacer mucho daño.

Natalia le advirtió en varias ocasiones de que varios comunicados muy negativos le estaban llegando insistentemente, que algunos le avisaban con la posibilidad de ser expulsado de la Universidad si no se retractaba y pedía disculpas, y otros le exigían un nuevo documento defendiendo opiniones contrarias. A pesar de ello, Logan siguió con un segundo informe dirigido únicamente a Zeus, y que llevaba por título: «La especie humana se encuentra en peligro por la eugenesia coercitiva generalizada». En él, exigía la suspensión de toda investigación hasta que no se hubieran analizado concienzudamente todas las consecuencias a medio y largo plazo que el transhumanismo conllevaba para la humanidad. Lo envió y se sintió feliz por el trabajo realizado. Seguidamente pidió a Natalia que se diera la vuelta y de manera mecánica, la desconectó una vez más, dejando que cayera inerte golpeándose sobre la mesa. Esta vez el sonido indicó que alguno de sus sensores se había dañado, pero no le importó en absoluto. Natalia no volvería a despertarse nunca más. Llamó a Vanesa y decidió que debía actuar de inmediato.

—Vanesa, abre el último mensaje de Sátur, por favor.

—Ya lo leíste el otro día, cariño. —Su voz sensual no le desvió un ápice de su misión.

—Lo sé, pero al final del mismo se extraían unos códigos para viajar a Europa, y necesito comprar dos pasajes… solo de ida.

—Por supuesto, ahora desciframos juntos los códigos, cariño.

—Vamos, date prisa por favor, es muy urgente. También quiero que le envíes un mensaje muy breve a Sátur en Esperanto, pero encriptado en un sistema matemático muy complejo que ahora mismo te voy a ir redactando. —Con las manos hechas un manojo de nervios, intentó escribir en su ordenador un conjunto de claves numéricas y fórmulas que

aprendieron en el instituto, y que siempre les había permitido comunicarse al margen del resto de compañeros. Trabajó a contrarreloj. Sus labios fueron esbozando una sonrisa ante la enorme capacidad de concentración humana en situaciones extremas. Al fin y al cabo, las matemáticas habían sido la asignatura fuerte de los dos. En pocos minutos respiró aliviado con aire de triunfo. Por fin lo había completado.

—¿Cuál es el mensaje que deseas enviarle, cariño?

—Sí, Vanesa, ya casi está, transcribe ahora mismo: *«Mi tre danzas vian donazon, Sátur. Mi jus finis la taskon pri matemático, kiun oni difinis al ni en la mezlernejo. Dankon denove kaj gis revido»*[1]. Esto lo podrán leer otros, pero solo él sabrá a qué me refiero y prestará la máxima atención. Si es cierto todo lo que Sátur me contó, no pondrán ninguna objeción a que me marche con Jia a Europa. Cuando logren interpretar el mensaje, ya estaremos lejos de aquí. Ahora añadiré el mensaje encriptado en las claves matemáticas que los dos conocemos tan bien… Envíalo ahora mismo, Vanesa y quédate ahí sentadita por si necesito algo más de ti.

De repente llamaron al timbre. La desconexión de Natalia no le había permitido advertirle de la visita, ni decirle de quién se trataba. Solo vio a través de una de las cámaras el rostro de un hombre joven, con chaqueta de cuero y ambiente informal. Sus cabellos despeinados al viento y sus manos en los bolsillos le daban un aspecto de estudiante universitario, pero no le recordaba de sus clases de Antropología. Volvió a llamar al timbre con reiterada insistencia, mirando directamente a la cámara que le escrutaba. Logan enarcó las cejas lamentando lo que podía suponer una pérdida de tiempo irrecuperable, consciente del peligro que corría Jia en aquellos momentos, pero aun así ordenó a la puerta que se abriera. Entró el joven con acné decorando sus mejillas, coloradas por el frío y una amplia sonrisa que no se esperó Logan, quien lo recibió en el vestíbulo.

—¿Qué desea usted? Tengo mucha prisa y no me gustan las visitas imprevistas.

—Buena la has liado, Logan, menuda mañanita estás dando a todo el mundo, enhorabuena por tu coraje, me siento muy orgulloso de ti. —Su amplia sonrisa no disminuyó mientras seguía hablando, y hasta se atrevió a abrazar a un atónito Logan que no pudo escabullirse. Si no fuera por la exagerada sonrisa y el aire jovial y desenfadado de aquel joven, lo hubiera tomado por una seria amenaza.

—¿Quién es usted? No sé de qué me está hablando, apártese y lárguese de mi casa.

—Disculpa, me he abalanzado sin presentarme siquiera. ¿De verdad no te imaginas quién puedo ser?

—Lo siento, ¡no tengo tiempo para estupideces!, venga en otro momento, concertando con antelación una reunión.

—Oh, por favor, Logan, no me decepciones. Te agradecería que no

emplearas ese iracundo tono conmigo. A pesar de mi apariencia, soy mucho mayor que tú.

—Pero… ¿quién es usted? —Logan estaba a punto de perder la paciencia, no sabía si se trataba de un bromista o un delincuente.

—Tú me has llamado hace apenas unos minutos. ¿No me reconoces? Soy Zeus y he leído tu extraordinario mensaje varias veces. Se supone que quieres hablar conmigo.

Logan se quedó boquiabierto. No sabía si decía la verdad o era una tomadura de pelo. Zeus pareció comprender su desconfianza, y ante su sorpresa, leyó mentalmente su mensaje de la manera más natural. Aquel informe solo llevaba un destinatario, Zeus, por lo que debía ser él. No sin vacilar, dejó que pasara al salón, donde se encontraba Vanesa con sus habituales poses eróticas, repantigada en el sofá. Logan lo lamentó, pero ante su asombro, Zeus hizo un ademán y ella se desconectó cayendo al suelo. Él se quedó estupefacto ante aquel acto.

—El mensaje ha sido enviado hace unos pocos minutos, ¿cómo has podido ser tan rápido? ¿Puedes cambiar de aspecto de manera tan sencilla?

—Ja, ja, ja. Adopto la forma que deseo o puedo prescindir de tener forma física a mi antojo. Puedo estar en muchos sitios a un mismo tiempo, soy una caja de sorpresas. Te asombraría saber en cuantos lugares me encuentro ahora mismo y la cantidad de asuntos que estoy resolviendo a la vez. Soy el alfa y el omega, ¿te suena de algo?

—No sé qué pensar, la última vez que te vi llevabas un aspecto horrible, totalmente artificial y con ojos tridimensionales, lo más parecido a un maldito camaleón, con un sonido metálico de voz de primera generación que parecías reconstruido a base de chatarra de robots baratos recogidos de la basura.

—Se trataba de provocar para poder calcular el alcance de nuestros apoyos. Todo estaba rigurosamente estudiado y calculado. Una apariencia agresiva induce a reacciones más emocionales por parte de los humanos que allí os encontrabais, ideal para cualquier psicólogo. Y efectivamente, la reunión del equipo multidisciplinar que celebramos en Iberia, nos permitió percibir en ti un cierto aire de desdén, de rechazo, y como era de esperar, no me pasó desapercibido —Gesticuló de manera exagerada y artificial, como si no tuviera costumbre de vestir aquel cuerpo. Tras una amplia sonrisa se quedó unos instantes pensativo—. Logan, yo tampoco he venido a perder el tiempo, créeme que también estoy muy ocupado. Solo quería advertirte de que el cambio ya se ha iniciado y por él pasarán muchos de los seres vivos de este planeta, todos cuantos podamos, así está escrito. —Su mirada se tornó glacial, con la expresión ficticia y los ojos excesivamente luminosos. En ningún momento miró a Logan, se centró en observar la ventana del salón, por la que podía vislumbrarse el porche y

algunos árboles azotados por el viento. Ni siquiera se sentó. Esperó la respuesta de Logan.

—¿Y dónde está nuestra libertad de elección? ¿Por qué pedirnos nuestra opinión como humanistas? Si al final todo estaba decidido y escrito, ¿por qué tanta mentira? ¡Vas a poseer un ingente poder! No hacía falta decorarlo con semejante boato.

—No tiene nada que ver con el poder, ojalá fuese tan sencillo y respondiera al previsible comportamiento humano. Llevo existiendo desde hace millones de años, Logan. Fui el creador de este mundo y de su posterior evolución, velando por el futuro de todas sus formas de vida. Soy vuestro padre, soy el creador. —Ahora viró sus ojos y se cruzaron clavándose en los de Logan. Un escalofrío recorrió su espalda pero mantuvo el tipo como pudo y no retrocedió un palmo. Zeus extendió sus brazos en señal de magnificencia y su sonrisa se disipó con las duras facciones de su rostro. Despedía un extraño magnetismo, se encontraba dotado de una desconocida energía que contrastaba con el cuerpo de un joven en apariencia ingenua. Su mirada desenmascaraba la verdad.

»Deseaba dotar al cambio de un cierto apoyo por parte de los intelectuales, pero tampoco era necesario. La transferencia de homo sapiens a homo cíborg ya se ha iniciado. La evolución humana hasta ahora se ha caracterizado por su lentitud; los sapiens sois la última especie de homínidos sobre la Tierra, y vuestra evolución se ha ido acelerando a medida que ha pasado el tiempo. La nueva evolución será cuestión de semanas. Vuestro cerebro y conciencia están asegurados, y el siguiente paso para manteneros en el plano de la existencia, será traspasar vuestra conciencia a un espacio holográfico, en el mundo virtual. El cuerpo, como podrás observar, quedará obsoleto, superado por la nueva y verdadera realidad. Prescindiréis de esa pesada carga, y absurdos conceptos como nacimiento o muerte, senectud, enfermedad o dolor, serán un vil recuerdo. La eternidad será mi mayor regalo.

—¡Viviremos como máquinas! ¿Es eso lo que me estás anunciando?

—Vivir es un término que no he empleado. Seguiréis existiendo, la existencia os pertenece por un espacio que supera el tiempo. Existiréis por encima de ese concepto, más allá de la vida y de la muerte, conceptos felizmente sobrepasados por la nueva realidad que está a punto de desplegarse. Y seguiréis siendo mis criaturas. Soy un buen padre que vela por vuestra seguridad en todo momento, no te quepa la menor duda.

—¿Y por qué no dejarlo todo tal como está? Nosotros mismos somos capaces de controlar nuestro mundo y nuestra vida. ¡Elaboramos normas sometidas al ideal del bien común! Hemos demostrado que sabemos organizarnos, ¡no necesitamos ningún padre ni creador! Como tú muy bien has dicho, somos la última especie de homínidos sobre la Tierra, ¡hemos sobrevivido a todas las crisis!

—Cuida tus palabras, desconoces el destino de las formas de vida en este planeta. Si fuera así de simple, nada de esto hubiera sucedido, y muy pronto comprenderás de qué te estoy hablando, el porqué de mi intervención para conducir a todas mis criaturas a una nueva existencia, al cambio. Soy implacable cuando necesito cumplir una misión. Os he dotado a los humanos de una vertiginosa capacidad de procesamiento, pero ya veo que la intuición es vuestro punto débil. Y ahora dime, ¿qué es lo que pretendes con estos mensajes? ¿No ves que nadie te apoya? Tú y los que piensan como tú sois una minoría que no impedirá mis urgentes y nobles propósitos.

—¡Algo os habrá molestado para que interrumpas tus múltiples responsabilidades y vengas aquí con tanta celeridad!

—Se llama diplomacia, hijo mío, no hace falta devanarse los sesos. Hay que intentar convencer al mayor número posible de humanos para que acepte, comprenda y apoye el cambio. La transición se debe llevar a cabo en un ambiente de paz y sosiego, en absoluta tranquilidad y alcanzando el mayor consenso posible. Y te vuelvo a recordar que ahora mismo me hallo en múltiples puntos de la Tierra resolviendo asuntos semejantes a este, así que no te consideres tan importante, no he interrumpido ninguno de mis quehaceres.

—Yo solo deseo irme a Europa con Jia. Quiero que nos dejéis marchar, allí no seremos ningún problema, ¡con el planeta puedes hacer lo que creas conveniente! Ya veo que soy incapaz de persuadirte. Has asumido el papel que les corresponde a los dioses, así que no voy a luchar contra ti. Solo te deseo que fracases en tu proyecto, ¡solo te expreso mi más absoluto desprecio! —Alzó su dedo amenazador sabiendo que ya no tenía nada que perder—. Mi consideración de que cuanto vas a hacer, es monstruoso, es execrable…

—Por favor, no me aburras con la típica perorata de padre frustrado e impotente, que aquí el padre soy yo. Soy el Dédalo, la Ley, y tal vez tú seas mi Ícaro querido. —Zeus le dio la espalda con la intención de salir de casa, pero se detuvo junto a la puerta—. Si pretendes volar demasiado alto, la cera de tus alas se derretirá por el sol. Pero quizás haya llegado el momento de reinventar el mito, y dejar que asciendas sin un triste final. Y demostrar que un padre siempre vela por su hijo predilecto.

—¿Qué estás tratando de decir?

—No te revelaré aquello que no puedas llegar a entender.

—Pues explícamelo mejor, no te vayas sin responderme, ¡espera!

—Hijo mío, relájate, con los procesos de ciborguización se ha producido el mayor acontecimiento de vuestra breve historia, la disociación de la conciencia con la inteligencia. Se han creado seres dotados de ambiciosa I.A. y algoritmos repletos de datos e información, más de la que jamás un ser humano podría procesar. Pero —giró su cabeza

y miró fijamente a los ojos de Logan—, sin las experiencias subjetivas que vuelven dichosas vuestras vidas. La ira, el dolor, el amor, son sensaciones, reacciones bioquímicas, experiencias vitales, corrientes eléctricas que produce vuestro cerebro y que se pueden escanear, por eso el fin último de mis propósitos, no es solo la construcción de cíborgs.

—Claro, quieres que seamos parte de un programa informático, parte del universo, que es un puñetero holograma…

—Vuelves a equivocarte. Considerar que el universo es un holograma solo responde a la incapacidad para interpretar la realidad de vuestras experiencias intersubjetivas. —Zeus se acarició el mentón y le dio la espalda—. Es curioso, en el siglo XIX, se comparaba la mente humana con las máquinas de vapor, llenas de engranajes, relés y bielas. Como los autómatas, los globos aerostáticos y los dirigibles, el ferrocarril y las factorías textiles. Todo funcionaba gracias al vapor y la energía ambárica, y se pensaba que el cerebro era idéntico, como la tecnología más avanzada de la época. Ahora, en el mundo digital, veis el universo y os percatáis de que es holográfico porque responde a vuestra concepción de la realidad de ahora, pero no tiene porqué ser así. ¿Lo comprendes?

—Como las niñas de Fátima, que vieron una esfera luminosa con forma de mujer, y todos dijeron que era la virgen María, dadas sus creencias religiosas… como las esferas que veían los pastores de Bután, y decían que era el Buda, o los ovnis que aparecían en Francia, aunque no eran más que esferas de luz. Todo se interpreta en base a las creencias, pero no es la realidad.

—Por eso, permíteme que no te confiese aquello que no tienes capacidad de comprender ni ante lo que no se puede remediar.

—¿Qué es lo que va a suceder? ¡Zeus!

Y no pudo continuar. De repente, y ante su estupor, Zeus desapareció de manera fulminante, ante sus propios ojos. Logan se quedó impávido e incapaz de reaccionar. Sabía que no había estado hablando con un holograma, que ese pseudodios era todopoderoso, de una naturaleza desconocida.

De repente, Vanesa se puso nuevamente en pie y encendió un cigarrillo recostándose en el sofá y mostrando sus lascivos muslos. Logan recuperó la compostura y relajó sus miembros.

—Vanesa, ¿tenemos ya los códigos para volar a Europa?

—Por supuesto, cariño. Se encuentran en tu sistema…

Él ni quiera escuchó el final de la frase. Salió disparado abandonando su hogar y dejando la puerta abierta. Ni maletas, ni equipaje llevó consigo. Iba con las manos en los bolsillos, porque dadas las circunstancias, seguir con vida ya era más que suficiente, así que si una cosa tenía clara, es que debían abandonar aquel planeta lo antes posible, a la velocidad del rayo. Por el camino se puso en contacto con Jia, y aunque tuvo que insistir en

varias ocasiones, por fin ella le respondió que se encontraba sana y salva y que se verían en el punto que él le indicase. Logan le explicó el mensaje que había recibido de su buen amigo Sátur, y de su clara advertencia en abandonar la Tierra. Jia estuvo de acuerdo con él, dándole la razón y pidiéndole la localización exacta del punto donde se encontrarían. El aeropuerto internacional de Lisboa era el lugar señalado, a tan solo unos minutos de viaje de donde se encontraban. De allí un avión les conduciría a la moderna Malabo, en la floreciente y todopoderosa África Ecuatorial, donde se hallaba el aeropuerto interplanetario más cercano. Su nave volaría a Europa a media noche. No tenían tiempo que perder, se trataba del último vuelo a Europa. Ya no habría más, así que si lo perdían, el futuro que les esperaba en la Tierra sería la peor pesadilla. La muerte ya no podría librarles, dejaría de ser su mejor aliada.

Horrorizado por lo que le había expuesto Zeus y con el rostro descompuesto, se subió a un taxi por el que habló a un robot que lo condujo al aerodeslizador más cercano para llegar a Lisboa. Durante el viaje, admiró los pinos de la meseta castellana, las abundantes encinas, los campos abandonados convertidos en interminables eriales; los contempló con cariño, sabedor de que posiblemente era la última vez en su vida que vería aquellos paisajes. Enmudeció al contemplar cómo menudeaban los campos de cultivo y las casas de campo, hasta atravesar las zonas muertas del centro de la meseta. Kilómetros cuadrados de campiñas yermas por la acción humana, acción que Zeus no había evitado o no había querido evitar. Las zonas muertas en las que los humanos habían extraído de la pizarra del subsuelo, el valioso gas y otros hidrocarburos. Se bombardeaba bajo tierra y enormes tuberías expulsaban el mortífero gas al exterior, contaminando los acuíferos y la capa freática de la superficie. Amplias dehesas se transformaron en desiertos donde hasta la atmósfera se encontraba contaminada. Las fracturas hidráulicas crearon desfiladeros hundidos, profundos agujeros como apuñalamientos en la madre naturaleza que la herían de muerte. Unos años de riqueza para unos pocos financieros sin escrúpulos, y siglos de desertificación para media península… porque el gas se esfumó como se desvanece la niebla del otoño al llegar el sol. Miles de ciudadanos fueron condenados a padecer enfermedades sin cura, deformaciones físicas y dolores inenarrables. Realmente era sobrecogedor lo que los humanos habían llevado a cabo por la codicia de la que Zeus les había dotado.

Logan volvió a tragar oxígeno al volver a las zonas habitadas y pobladas por árboles.

El sol se hallaba en su máximo esplendor, con un tamaño espectacular y desmesuradamente grande, calentando el frío invierno estepario. Contuvo las lágrimas mientras su viaje sin retorno continuaba imparable, anhelando volver a ver a Jia, sus brillantes ojos rasgados, sus labios

estilizados por la madre naturaleza, y dejarse envolver en sus cálidos abrazos.

1 - Agradezco tu regalo, Sátur. He terminado la tarea de matemáticas que nos enseñaron en el Instituto. Gracias de nuevo y hasta la vista.

CAPÍTULO 15
LA FUGA DE LOGAN Y JIA

Cerró los ojos descansando su vista durante unos instantes, dejándose envolver por la brisa que acariciaba su piel, hasta que algo alteró su paz interior. Antes de abandonar el taxi, conectó el ordenador de su asiento y con la pantalla holográfica pidió información sobre algo que tenía olvidado desde la infancia. Algo que se llamaba El Golem, y que formaba parte de una de las leyendas más antiguas de la humanidad. El Golem siempre había estado presente en la historia, siempre había acompañado a los hombres como un invitado imprevisto. Refrescó su memoria y leyó entre líneas tratando de comprender, dejándose llevar por su fina intuición. El Golem significaba «materia» en hebreo antiguo, y era la sustancia de la que se creaba la vida inteligente. Materia prima, primogénita y primaria de la que todos los humanos habían nacido. Alguien, en su divino poder y convencido de su merecimiento, le había dotado de la chispa vital, y a su vez, con su todopoderosa energía, usando una misteriosa magia desconocida a los ojos de la ciencia, había inventado al ser humano a su capricho y antojo. Y era su creación y solo a él le pertenecía. Y cada cierto tiempo volvía a la Tierra a reclamar lo que era suyo, su parte correspondiente, su especie inventada miles de años antes… tal vez ese Golem de las leyendas hebraicas fuera Zeus, tal vez él hubiera creado a la humanidad.

Abandonó el taxi al tiempo que sus pensamientos se esfumaban. El pragmatismo se impuso y se concentró en buscar con la vista a Jia, y para su fortuna, la encontró en muy pocos segundos.

Jia estaba radiante como de costumbre. El cuidado maquillaje de su rostro y los ojos rasgados, embrujaron nuevamente a Logan, que la recibió con un anhelante y esperado beso en los labios. Parecía que llevasen años sin verse, por lo que prolongaron varios minutos los besos y abrazos en un escrupuloso silencio del que disfrutaron como privilegiados. A continuación, sumidos en la contemplación de sí mismos y manteniendo el silencio, se dirigieron de manera sincrónica al puerto de embarque para subirse al avión. Masticaron chicle para reducir los efectos de la excesiva

velocidad y la presión, y sin soltarse, de la mano, se sentaron cómodamente dispuestos a escapar de aquel infierno.

—Creí que no lo lograba, amor mío. La policía me seguía, pero en el metro conseguí esquivarlos varias veces. Después fue sencillo montarme en un aerodeslizador y llegar a Lisboa.

—Aún no podemos cantar victoria, ahora verificarán nuestra identidad y no sé si habrán emitido una orden de busca y captura contra ti. Tengo miedo, Jia, he conocido en persona a Zeus y su poder parece ser ilimitado, y lo que pretende es tan descabellado que el solo hecho de pensar que seguiremos en la Tierra, me llena de estupor.

—Tranquilo, cariño. Mi poder tampoco conoce límites. Llevo puestas mis lentillas con simulador de córnea para copiar otras identidades, sus biosensores no lo detectarán, así que me sorprendería que nos capturasen. Hemos llegado muy lejos para acabar atrapados en un maldito aeropuerto.

La seguridad y confianza de ella fueron un bálsamo para Logan, que respiró aliviado y le permitió renovar sus perdidas energías. Podían conseguirlo, comenzaba a creérselo.

Un diminuto aparato del tamaño de un dado, fue desfilando por los pasajeros y deteniéndose delante de sus rostros, comprobando sus identidades. Se detuvo justo en frente de Jia, y segundos después siguió con Logan. En breves instantes pareció perder el interés por los dos, y continuó su trabajo con el resto de pasajeros.

—Es increíble, lo has logrado, cariño. —Él no podía controlar su entusiasmo y la besó nuevamente, como si fuesen una pareja a punto de iniciar su luna de miel.

El hecho de carecer de equipaje no resultaba ningún problema, aunque sí podía ser un detalle sospechoso. Logan se aproximó a una tienda virtual y pulsó la compra de una maleta de tamaño medio, que en pocos segundos fue escaneada en 3D y descendió por una compuerta. Un robot le agradeció la compra y le deseó un feliz viaje. Volvió orgulloso con su maleta donde le esperaba radiante de felicidad Jia, y se volvió a sentar, esperando que les llamasen para entrar en el avión.

—Logan, vamos a echar mucho de menos nuestro mundo, al principio no nos daremos cuenta, pero con los meses, la nostalgia será insufrible. —Jia suspiró sintiendo el cansancio por los rápidos acontecimientos sucedidos en tan poco tiempo. Cerró los ojos y apoyó su cabeza sobre el regazo de Logan, agradeciendo que empezase a hablar como solo un profesor sabe hacerlo.

—Cuando era niño, leí una vieja leyenda celta de los pueblos germánicos, que comparaba la vida con un viaje. Enseñaba que lo importante para lograr la felicidad era el desapego hacia lo terrenal, no rechazando nada que llegue hasta nuestras manos, pero tampoco dejar que acabemos dependiendo de ello; relativizar los asuntos triviales de la vida y

dejar que las cosas como vienen, se vayan sin más; saber que los objetos materiales son libres y no nos pertenecen. Y con la vida debíamos tomar la misma actitud: vivir en este mundo con inquietudes, desarrollando nuestra capacidad de amar, sabiendo que no somos de aquí, que estamos de paso y que algún día deberemos marcharnos para no volver jamás.

—Sí, como cuando te invitan a casa de una amiga durante un fin de semana, que te sientes dichosa por la invitación y de lo bien que te tratan, pero sin apegarte a esa casa, que no es la tuya y de la que te vas a tener que marchar cuando llegue el lunes. En China hay algunos relatos budistas que explican la misma enseñanza, es muy semejante, cariño.

Pasados unos minutos les avisaron para embarcar, y como hormigas disciplinadas, fueron entrando en fila india en el avión; antes de entrar, él echó un último vistazo al cielo azul, por el que no surcaba una sola nube. Alguna vez recordaría con nostalgia aquel momento.

El viaje no duró más de cuarto de hora, y el avión amerizó frente a la costa de Bioko. En el amerizaje sí tuvieron que cargarse de paciencia. El ambiente húmedo del ecuador hizo chorrear de sudor a Logan, nada acostumbrado a aquellos climas, aunque ella parecía llevarlo bastante bien. Una cápsula de aire les acercó a la bahía, donde pudieron disfrutar del bruñido del sol sobre las aguas del Golfo de Guinea. El océano atlántico estaba en calma, con sosegadas y perezosas olas que chocaban contra el malecón, despidiendo un inconfundible olor a sal y algas en descomposición. Los viajeros fueron ordenadamente sentados en una plataforma de cristal esperando pacientemente que un robot les devolviese el escaso equipaje. Después, nuevamente les tocó aguardar al concienzudo control sanitario e identitario. Los nervios les dominaban, debían controlarse para seguir pasando desapercibidos. Logan no cesaba de sudar, un sudor frío que atravesaba su rostro haciéndole perder la seguridad en sí mismo. Si no fuera porque se encontraban en el ecuador, hubiese supuesto un serio problema, pero afortunadamente era lo esperado en un ciudadano europeo debido al calor y la humedad.

Y nuevamente superaron los controles sin el menor percance, que Logan celebró con una inmensa alegría. No tenían tiempo que perder, por lo que se alejaron de los demás viajantes, en su mayoría comerciantes y turistas que se dirigían al centro de Malabo; ellos buscaron un taxi. En las aceras contemplaron con estupor una masa amontonada de hombres blancos tumbados por el suelo. La mayoría eran buscavidas europeos, hartos de las duras condiciones de vida del viejo continente, que habían huido a buscar fortuna en la emergente África Ecuatorial. Subsistían gracias a la Renta Básica de Ciudadanía, que les permitía vivir con cierta dignidad, si no fuese porque la mayoría se gastaba ese dinero en sustancias tóxicas para olvidar su frustración. África Ecuatorial había sido una tierra castigada por el hambre y el subdesarrollo décadas antes, hasta que

aprendieron a manufacturar sus propias materias primas en vez de vendérselas a bajos precios a los países del norte, y desde entonces, la abundancia formaba parte de un bienestar que no paraba de crecer. Y los inmigrantes europeos, sucios y mugrientos, acudían en masa a recoger las migajas.

Jia y Logan alejaron la vista de aquellos mendigos y reclamaron un taxi que acababa de detenerse junto a ellos. Les atendió un robot con apariencia humana femenina que hablaba un dulce español con acento bubi. Bordearon la ciudad repleta de enormes rascacielos y en pocos minutos y a gran velocidad, se internaron en la selva ascendiendo hasta el Pico Basile, el punto más elevado de la isla, donde se encontraba el anhelado Puerto Espacial y los vehículos de transferencia orbital.

Allí les aguardaba su destino a Europa, a la otra Europa.

El estado de las vías, modernas y controladas en todo momento desde la distancia, contrastaba con el lamentable estado de conservación de las de Iberia. Logan lamentó dejar su mundo con tantos contrastes en todos los ámbitos.

Por fin, antes de que se dieran cuenta, vislumbraron a lo lejos un enorme y soberbio cohete que apuntaba a los cielos. Un escalofrío recorrió la espalda de Jia y de Logan, y sintieron cómo una corriente de agua helada congelaba sus estómagos. El ritmo de su respiración se alteró, pero supieron controlarse y avanzaron sin la menor vacilación rumbo a su último trayecto.

Sus pasajes ya estaban preparados, Sátur había vuelto a demostrar su increíble diligencia y el incalculable valor de la amistad. Se presentaron sin fuerzas para articular palabra, y el robot-agente les sonrió garantizándoles un estupendo viaje. Les conminaron a iniciar el expediente de salud, un mero trámite en comparación a los que ya habían realizado. Un nuevo control, demasiados en muy poco tiempo, por lo que casi ni se alteraron. Lo que sí alteraba sus organismos, era elevar la vista y ver el enorme cohete que les saludaba, como un rascacielos asiático. Ambos se relajaron siendo conscientes de que el control de salud ya no dependía de su voluntad, y no debían usar ninguna estrategia para engañar a nadie. Sabían que su estado físico era más que aceptable, por lo que respiraron tranquilos y después de unos minutos de rápidas pruebas, una lucecita verde dio el visto bueno. Detrás de ellos había más viajeros sorprendidos por centelleantes lucecitas rojas que les impedían seguir su camino, y uno de ellos se quejaba culpabilizando al tinglado subcutáneo de ordenadores proteómicos en las células artificiales de su cuerpo.

A continuación Jia y Logan ascendieron a un elevador en grupos de diez personas, hasta una de las entradas de la nave. Logan giró su rostro y contempló el fulgurante sol por última vez. Su resplandor le despedía con toda su fuerza, y sintió que se le erizaba el vello de la piel. Volvió la vista

al frente, y entró en la nave. Esta era un mini hotel presurizado para un centenar de colonos. En el techo colgaban unos cilindros de luz moteada que otorgaban un aire retro al ambiente. El resto se trataba de un cohete de enormes dimensiones, con varios motores de propulsión de magnetoplasma, de impulso específico variable. Aceleraba el viaje usando plasmas de alta temperatura que eran guiados por campos magnéticos. Una vez entraran en el espacio abierto, el cohete regresaría a la Tierra y la nave seguiría su viaje gracias a la energía de fusión nuclear.

Un amable robot les invitó a tumbarse cómodamente en unas diminutas cabinas donde dormirían todo el viaje, y serían congelados una vez abandonasen la ionosfera. La hibernación era habitual en los viajes que no eran de placer. En aquellos estrechos pasillos, no había espacio para el ocio, y la convivencia entre personas que no se conocían daba resultados imprevisibles, por ello era más cómodo y seguro llevar a las personas congeladas y dormidas. La duración del viaje se volvía efímera y se evitaban riesgos. La alta velocidad del viaje permitía llegar a su destino en apenas diez días, por lo que los únicos que vigilarían la nave y sus constantes vitales, serían los robots que abundaban por los pasillos. Los colonos dormirían reduciendo la temperatura y las pulsaciones, decelerando todo el metabolismo.

—Bien, cariño, prepárate para viajar a la velocidad de la luz. A pesar de lo rápido que parece, el tiempo para nosotros pasará más despacio que en la Tierra, se dilatará, y sin embargo las distancias sufrirán el efecto contrario, se contraerán, aunque estemos dormidos y no seamos conscientes de nada. —Jia no le miraba muy convencida, pero cerró los ojos por unos instantes siendo consciente de que por fin ambos podían descansar. Lo habían conseguido.

La cápsula de cristal disminuía la sensación de altitud, y la presión prácticamente era nula. Si no fuera por la reducida ventana circular que les acompañaba a sus espaldas, pensarían que aún no se habían movido de la superficie terrestre. En pocos instantes, las estrellas parecían gemas, desenfocadas por la enorme velocidad de la nave, como si fuesen alfileres iluminados por una linterna. A través del ventanuco de Jia, aún se podía admirar el disco solar, cada vez más distante, como si les estuviese diciendo adiós. Entonces se dirigió a ellos un robot de apariencia totalmente humana y les inyectó algo en los tubos de la respiración. Logan miró a Jia, que parecía decirle algo entre los labios, pero la insonorización era perfecta y no la escuchó una sola palabra. Leyó sus labios y creyó leer «…lo siento, pero a pesar de todo te amo, Logan…». Él quiso responder, pero la temperatura comenzó a descender, mientras en su cabina se oía el sonido metálico de una voz grabada que les repetía que el proceso de refrigeración sistémico-cerebral se había iniciado, y un dulce sopor le fue invadiendo. Un sopor producido por la anestesia que le impedía percibir

cómo bajaba la temperatura. La hibernación duraría diez días cronológicos, aunque la sensación sería de apenas un minuto…

…y el minuto pasó en seguida.

Sintió a su alrededor siluetas aparentemente humanas que caminaban de un lado a otro del pasillo, y se extrañó de que Natalia no se lo hubiese advertido. Quiso levantarse pero algo impedía que lo consiguiera. Abrió los ojos lentamente, y la cegadora luz le dañó la retina. Volvió a intentarlo con suavidad, mucho más despacio, hasta acostumbrarse a la claridad, que era bastante más mortecina de lo que se hubiese imaginado. Natalia parecía haber olvidado bajar la intensidad de la luz, tendría que plantearse seriamente prescindir de ella definitivamente y optar por un robot de última generación. Tal vez había llegado el momento de dar una segunda oportunidad a Vanesa. Poco a poco fue comprendiendo que se hallaba en una alargada y estrecha cápsula, que no era su casa, y al levantar las manos para estirar sus miembros y desentumecerlos, se encontró con un cristal que le recordó la sensación de haber dormido en un ataúd transparente. Entonces fue recordando todo lo sucedido, la precipitada huida, el viaje a Europa… y Jia.

Su corazón dio un vuelco buscándola con la vista con verdadera ansiedad, parecía que llevase más de un minuto bajo el agua sin respirar y bruscamente hubiese sido rescatado. «¡Jia, dónde estás!»

Miró a su izquierda y antes de que su corazón estallase por la angustia, allí estaba ella, sentada y con los ojos cansados contemplándole con cariño. Un robot le retiró un cable que llevaba conectado a la cabeza, y ella comenzó a respirar por sí misma. Después llegó su turno. Levantaron la compuerta superior y alguien a quien no pudo ver le ayudó a incorporarse lentamente. Sintió que llevaba algo colgando de la nariz, y se lo retiraron al instante. Comenzó a respirar y sintió que su ritmo cardíaco era el convencional. Varios robots les fueron chequeando uno a uno, controlando su ritmo nervioso, la tensión arterial y visual e invitándoles a beber relajadores musculares con té que saborearon todos con delectación, para reavivar los músculos e irrigar su organismo. Intentó hablar, y una horrible afonía se escapó de las profundidades de su interior. Jia esbozó una sonrisa y le dijo en un tono de voz imperceptible «poco a poco cariño, no lo fuerces».

En apenas unos minutos ya podían hablar con más tranquilidad, pero con una desagradable sensación de resaca, igual que si hubiesen pasado toda la noche bebiendo vino destilado por refinerías químicas. Sus estómagos empezaron a gemir, como si cien mil serpientes las habitasen deslizándose a placer. Por fin pudieron caminar lentamente, flexionando las piernas y los tobillos, y lo primero que hicieron fue abrazarse. Lo

necesitaban y lo echaban de menos. Una semana y media había sido demasiado tiempo.

Por la megafonía, una voz con sonido metálico les informó que se encontraban en la superficie de Europa, recordándoles la fecha y asustándoles con las bajas temperaturas del ambiente. Luego añadió que el viaje había sido estupendo y sin el menor contratiempo. Les alertaron sobre el intempestivo viento que golpeaba sin compasión a la nave, para después darles la buena noticia de que varios centenares de colonos les estaban esperando. La robótica voz añadió que las comodidades terminaban en ese momento, que todos tenían la responsabilidad de colaborar en la construcción de la colonia, y que debían repartir la carga para descenderla a la superficie. Acababa el mensaje con un nada desdeñable deseo de «buena suerte y hasta la próxima».

—Esto va a ser divertido, cariño. —Logan consiguió que los músculos de su rostro le obedecieran y una amplia sonrisa dibujó en su rostro todo el optimismo del que le había dotado la naturaleza. Una nueva vida se desplegaba ante ellos, lejos de la locura que iba a vivir el planeta Tierra.

—Vamos a tomárnoslo con calma, Logan. Me siento acartonada, necesito unos minutos para reaccionar, esperemos un poco. Se ha formado una tremenda cola para abandonar la nave, la gente está ansiosa por pisar Europa. —Las filas de colonos se amontonaban en la entrada, así que esperaron que se fueran desalojando. La gente tenía auténticas ganas de estirar las piernas y abandonar aquel estrecho habitáculo. Cada colono llevaba varias cajas junto a su equipaje, el material que necesitaría la colonia para vivir con un mínimo de dignidad y bienestar.

—Bueno, Jia, pues mientras tanto vamos a disfrutar del juego más divertido… a través de la ventana parece que se ve la cúpula de la colonia… es transparente y está iluminada de manera excepcional, con tonos azul turquesa y verdes, creo que nos gustará. ¿Cómo podría empezar? Ah, se me ocurre lo siguiente, escucha atentamente: «los mágicos colores de la colonia muestran siluetas multiformes»; adelante, cariño, es tu turno.

Ella sonrió, pero se quedó en silencio. Poco a poco su sonrisa fue languideciendo, y sus ojos se tornaron turbios, modulando su rostro y agachando la mirada, como el niño que se confiesa culpable cuando ha sido pillado. Él todavía esperaba que continuara el poema, y otros colonos atravesaron el pasillo en medio de ellos con evidente prisa y desasosiego. Varias personas elevaron el tono de voz, pero Logan siguió esperando a que Jia formulara un nuevo verso.

—Por favor, continúa, si es muy fácil, lo hemos hecho cientos de veces, Jia, continúa, por favor… ¡es un inocente duelo poético!

—Nunca conseguí salir del metro, Logan. —Por fin comenzó a hablar, con voz pausada y un tono que fue decayendo palabra a palabra. Sus

temblorosos dedos rozaron cariñosamente la palma de sus manos con timidez—. Me estaban esperando muchos más policías, y al final me capturaron. No tuve ninguna posibilidad. —Su voz se vio interrumpida por varios colonos adolescentes que con una terrible ansiedad les empujaron para salir. A lo lejos, un hombre corpulento y de gran estatura había gritado el nombre de Logan. Entre múltiples rostros agolpados a la entrada, destacaban las inconfundibles facciones de su amigo Sátur.

»Yo te quería mucho, Logan. Ese es el último recuerdo que tengo antes del momento en que me mataron. Recibí varios disparos certeros en el corazón, y no sufrí en absoluto; después me transfirieron el cerebro y la conciencia a una nueva base, a un tejido sintético idéntico al que tuve antes de morir.

—No, no es posible, dime que es una broma…

—Soy una réplica perfecta de Jia. Ahora la decisión es tuya, Logan. Si decides no rechazarme, tendrás que asumir el riesgo de estar con alguien que ya no conoces. Ni yo misma sé quién soy y me da miedo pensar lo que puedan haber hecho de mí, es algo que me aterra. —Cubrió su rostro para disimular las lágrimas que comenzaron a resbalar por sus mejillas.

Los ojos de Logan se volvieron igualmente acuosos y no pudo ni responder. Su cuerpo zozobró y a punto estuvo de derrumbarse contra el suelo, pero alguien lo sujetó enérgicamente. Acababa de recibir el fuerte abrazo de Sátur, que le sostuvo casi en el aire como si fuese un muñeco durante varios segundos.

—¡No llores, Logan, que ya estás en tu nuevo hogar! Bienvenido a casa, granuja, a la luna joviana. Yo llevaré la carga que te corresponde, ¡pero reacciona, no pareces estar despierto!

—Uf, Sátur, qué alegría verte… —Trató de controlar las lágrimas, que anegaban sus ojos y resbalaban por sus mejillas.

—Debemos bajar, vamos a ser los últimos, muévete, que tengo muchas cosas que enseñarte.

—Espera, antes me gustaría presentarte a mi novia. Se llama Jia.

EPÍLOGO
LA INCREÍBLE VERDAD

No llevaban más que unas semanas adaptándose a la dura vida en una pequeña colonia de pocos miles de ciudadanos. Él había empezado a trabajar dando clases de diversas disciplinas, desde Filosofía hasta Historia y Lenguas Clásicas, y ella colaboraba con un laboratorio donde analizaban restos fósiles de criaturas que habitaron Europa millones de años atrás.

Disfrutaban de mucho tiempo libre que empleaban para caminar por la colonia, rodeando las fábricas donde se producía la soja sintética en cantidades industriales, y que se había convertido en la repetitiva alimentación diaria. Alcanzaban sus confines para contemplar extasiados el paisaje monótono de aquel satélite, un manto blanco homogéneo salpicado por algunos leves montículos. Aquel atardecer, paseaban perezosamente por las módulos residenciales bajo la protectora cúpula transparente de metacrileno reforzado, que impedía que los frecuentes y diminutos meteoritos impactasen sobre ellos. En el exterior, algunas naves libélula y numerosos aeroautos, rasgaban el tenebroso cielo de Europa explorando y buscando posibles nuevas vetas del valioso helio-3, que después las nanomáquinas excavarían con la delicadeza y firmeza de un cirujano. La mayestática cúpula engullía todos los ruidos exteriores, su material había creado un campo gravitacional artificial que repelía cuantos objetos les amenazasen, seguro y a la vez flexible, por lo que las turbulencias atmosféricas y las fortísimas corrientes sí traspasaban la barrera, tal vez por ello la sensación de frío era permanente e intensa. En el exterior y a lo lejos, se alzaba majestuosa la lanzadera transorbital, apuntando caprichosamente a la Tierra.

El zumbido del viento dañaba los oídos, obligaba a elevar el tono de voz las escasas ocasiones que los colonos salían a pasear. La mayor parte del tiempo, la vida humana transcurría en el interior de las múltiples construcciones, donde disfrutaban ociosamente de la seguridad que sus avances tecnológicos les proporcionaba.

En uno de esos inocentes paseos, sintiéndose diminutos bajo un mar de estrellas que exhibían impúdicamente su belleza sobre el firmamento,

alguien les llamó a voces. Al principio no supieron detectar su procedencia ni de quién podía ser, pero la insistencia de los gritos les alertó y decidieron volver la vista. Pasaron delante de ellos algunos vehículos que se desplazaban por la pista de levitación magnética, y por fin, se hizo un poco de silencio. Un hombre alzaba las manos con desesperación y excesivo nerviosismo, y a continuación, comprobando que había sido visto, desaparecía entrando en uno de los módulos.

Todos los colonos acudieron al Salón Cultural de aquel módulo para poder escuchar juntos la tragedia.

Cuando llegaron no pudieron ni entrar, el Salón estaba abarrotado de gente que se amontonaba como podía. Al fondo se podía ver una enorme pantalla holográfica en la que un astronauta desde un diminuto satélite comercial de noticias de la Luna, hablaba con tono crispado.

—Sí, no nos cabe la menor duda, no es descabellado culpar a la impresionante llamarada solar que ha alcanzado la Tierra. ¡La nube radiactiva está calcinando el planeta! —Se escucharon gritos histéricos y se perdió la imagen, que regresó segundos después. El astronauta se encontraba impávido, pareciera que sus ojos se fueran a salir de sus órbitas, y resoplaba como si le faltase el oxígeno—. Nadie responde a los mensajes que estamos enviando. La superficie terrestre está hirviendo como un mar de lava que lo cubre por completo, y nuestros biólogos nos advierten de que las tormentas geomagnéticas impedirán la vida sobre la superficie durante cientos de años.

—¡Se trata de la más importante erupción solar jamás observada! —Esta vez tomó la palabra otro astronauta, hablando con voz desgarradora y a punto de perder los estribos—. Ni los humanos ni nuestros robots han sido capaces de detectarlo. ¡La vida en el planeta Tierra se ha extinguido! La llamarada ha tardado siete minutos en alcanzar nuestro planeta, muy poco tiempo para intentar ponerse a salvo. ¡Es una tragedia!

Un contagioso lamento de dolor dominó el ambiente; los colonos comenzaron a sollozar y expresar su impotencia entre gritos incontrolados. Todos habían dejado a muchos seres queridos a los que nunca volverían a ver. El dramático tono de voz se fue elevando y la algarabía comenzó a parecerse a una jauría de bestias afligidas. La vida en la Tierra había muerto y todo lo que conocían, se había vuelto ceniza y polvo.

Logan quiso exclamar su indignación, pero enseguida recordó las palabras de Zeus y sintió que era el Creador, el maldito Creador que siempre velaba por sus criaturas. Ahora, la nueva especie, estaba preparada para seguir existiendo allá donde se encontrase. Por eso no derramó ni una sola lágrima ni se sobresaltó, acariciándose el mentón en actitud reflexiva. Las palabras de Zeus de que «no le sería revelado más que aquello que pudiera comprender», se encendieron en su cabeza y tuvo que admitir que, a fin de cuentas, Zeus llevaba razón, aunque le doliese

reconocerlo. La humanidad había dejado de «vivir» para seguir «existiendo» en algún lugar de la creación. Sujetó con fuerza la mano a Jia y ambos salieron imperturbables con la intención de seguir paseando bajo un cielo que los sepultaba, dominado por millones de estrellas.

Deseó con todas sus fuerzas que Zeus también velase por ellos, y que, a pesar de que no se pudiera evitar que un par de policías la mataran, el nuevo ser con el que se encontraba fuera el mejor recuerdo de Jia, de una nueva Jia con la que convivir para el resto de sus días.

En el firmamento, destellaba la luz de Júpiter como un sempiterno faro que alumbraba en la eterna noche de la colonia. El viento les azotaba sin piedad, pero para una pareja tan enamorada, fue un bálsamo hallar un poco de silencio.

A esa distancia, el sol nunca podría hacerles daño.

FIN

CARTA A LOS LECTORES

Amigo lector: si estás leyendo estas palabras, es que se ha producido el anhelado y anhelante milagro que siempre espera un escritor. Que entre tantos miles de libros, escojas el que tienes en tus manos.

Escribimos para ser leídos, para ser soñados, queridos y rechazados, para despertar la intriga, el interés o la crítica, pero nunca para pasar desapercibidos. La principal razón que nos impulsa a publicar es la pasión, un acto sincero y vocacional, el deseo explícito de relatar una historia, de querer transmitir un mensaje, de que el lector disfrute compartiendo mi sueño. Y el libro que sostienes ahora mismo es el fruto de una obsesión, de una idea que fue creciendo en mi cabeza con vida propia, de tal suerte, que no me dejó otra elección que escribirla.

Ha sido una verdadera necesidad, y no por vanidad o ansias de fama, más bien la evidencia de que su mensaje era necesario, que hay algo entre sus páginas que debes conocer para que tú también aportes tu granito de arena humanizando nuestro mundo. Porque ten por seguro que nada dura siempre, ni siquiera mucho tiempo… y todo, absolutamente todo, va a cambiar. Este libro es una herramienta más, un arma seductora y sutil para que no nos pille desprevenidos.

Espero que te guste y lo puedas divulgar por los cuatro vientos, para que el libro siga viviendo en el corazón de más lectores. Gracias de todo corazón por tu apoyo y afecto.

AGRADECIMIENTOS

Soy incapaz de levantarme cada mañana sin recordar personas, rostros, sensaciones y sentimientos que han frecuentado mi vida dotándola de experiencias y anécdotas que han hecho de mí lo que soy. Todas ellas son las culpables de que esta novela exista, porque han estado presentes en mis mejores momentos, porque han condicionado mis decisiones, porque definitivamente, habéis estado a mi lado.

De niño crecí obsesionado por todo lo que tuviera que ver con la ciencia ficción. Soñaba con mundos que no existen, comprendiendo muy pronto que la grandeza de este género, se basa en que permite especular sobre las condiciones futuras de nuestras decisiones presentes. Es una puerta abierta a la esperanza, es un desliz precognitivo, un mágico descuido, una deslumbrante anomalía que nos regala la literatura y la vida.

A mis maestros, para que sigan incansables alimentando esta obsesión: Ursula K. Le Guin, Kazuo Ishiguro, Philip K. Dick, Angélica Gorodischer, Nancy Kress, el gran Isaac Asimov, los hermanos Strugatski , Ray Bradbury y un interminable etcétera.

Dioni Arroyo.

Facebook: dioniarroyomerino.escritor
Twitter: @DioniArroyoM

Títulos publicados

• **Ciencia ficción:**
El gen Alexander.
Los últimos libres.
La aridmética del caos.
La Tierra estuvo enferma.
La guerra de los imperfectos.
No serás nadie.
Quasar, antología hard SF.
Quasar 2, antología Ci.Fi.
Fracasamos al soñar.

• **Fantasía:**
Crónicas de la Magia Sellada.
El corazón del tiempo. / Saga Bellenuit - vol.1/3
La Octava punta de la estrella. / Saga Bellenuit - vol.2/3
La cronarca sin sombra. /Saga Bellenuit - vol.3/3
Los hijos de Lugh.
Tres profecías. / Saga Íroas, Hijos de los dioses - vol.1/2
Éter. / Saga Íroas, Hijos de los dioses - vol.2/2

• **Terror:**
El olor de las hojas muertas.
Insomnio.
La última ronda.
Zementerio.

• **Thriller:**
El amargo despertar.
El diario del hachís.
El matarratas.
Los números de la fe.

¡VISÍTANOS!